





# VIAJE AL POSCOMUNISMO

Relato **ANA TERESA TORRES** / Fotografías y documentación **YOLANDA PANTIN**



**Editorial Eclipse**

EDITORIAL ECLEPSIDRA

Carmen Verde Arocha, directora fundadora

Luis Gerardo Mármol, director asociado

VIAJE AL POSCOMUNISMO primera edición, 2020

© Ana Teresa Torres: Relato

©Yolanda Pantin: Fotografías y documentación

© Editorial Eclipsidra, Asociación Civil

©Fotografía de la portada: Yolanda Pantin

*Intervención urbana*, junio 2009, Bucarest

Coordinación y producción editorial: Carmen Verde Arocha / Rafael Gonzalez García

Asistencia a la producción editorial: Beira Lisboa

Corrección: Beira Lisboa

Diseño: Elena Roosen

Calibración de imágenes: Editorial Exlibris

Impresión: Talleres de Gráfica Lauki C.A.

Editorial Eclipsidra

RIF: J-30098908-9

✉ [editorialeclipsidra@gmail.com](mailto:editorialeclipsidra@gmail.com)

 Editorial Eclipsidra

 @Eclipsidra5

 @editorial\_eclipsidra\_

 0412.999.34.48 / 0424.205.41.00

Sin la autorización de Editorial Eclipsidra queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones que establecen las leyes. Igualmente, queda prohibida la distribución de ejemplares mediante alquiler.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: M12019000464

ISBN: 978-980-6480-86-5

Impreso en Caracas, 2020





## INTRODUCCIÓN AL VIAJE

El título de este libro proviene de un artículo de Yolanda Pantin\*, en el que relataba sus impresiones de diecisiete días a través de Polonia, Lituania y Rusia. ¿Qué había ocurrido en los años de socialismo real? ¿Qué habían dejado los comunistas en su largo reinado? Entonces el pasado de aquellos países parecía ser nuestro futuro, el de Venezuela, quiere decirse. Es imprescindible que nos declaremos investigadoras del poscomunismo, dijimos, y con esa misión hicimos seis viajes entre 2002 y 2012.

Lo primero que puede decirse es que el paisaje geográfico de esos países es poco interesante, incluso aburrido, hasta cierto punto pobre y falto de gracia. Con excepción de los montes Cárpatos, el lago Baikal y los ríos de Siberia, el escenario natural carece de atractivo. Igual para la gastronomía. Salvo las ciudades y algunas aldeas el recorrido es monótono; gris, aunque haya sol; plano, aunque de vez en cuando algún relieve aparezca en el perfil del horizonte. Nada para el pintoresquismo que podemos esperar de la Europa mediterránea. Estas son inmensas estepas y bosques que agradecemos no recorrer en invierno, o desiertos que en verano alcanzan los cincuenta grados. Los idiomas son paredes macizas, no solo al oído sino a la vista, puesto que ni siquiera podemos deletrear los caracteres del alfabeto cirílico en sus variantes. Una vivencia de analfabetismo que nos deja en blanco frente al nombre de una calle. Exceptuando unas pocas palabras que logramos intuir del rumano

\* Yolanda Pantin, «Viaje al poscomunismo». Papel Literario, *El Nacional*, sábado 14 de septiembre de 2002, pp. 2-3.

escrito, la opacidad es total. Vemos personas, algunas muy bellas, y es únicamente su exterior lo que apreciamos. Si nos comunicamos en una lengua occidental –los europeos centrales y orientales son particularmente hábiles para los idiomas, aunque la mayoría de la población no ha accedido a su aprendizaje–, la opacidad cede levemente. Pero es solo un intercambio de información, el alma permanece oculta. Quizá sea el efecto de haber vivido en silencio por décadas, de la costumbre de susurrar alrededor de la mesa de la cocina, como describe en su imponente investigación *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin* el historiador Orlando Figes. Pero el susurro no solo oculta, también revela:

La lengua rusa tiene dos palabras para «susurrante»: una para definir a alguien que susurra por miedo a ser oído (*shepchushchii*), y otra para definir a la persona que informa a espaldas de la gente a las autoridades (*sheptun*). La distinción se origina en la época de Stalin, cuando toda la sociedad soviética estaba constituida por «susurrantes» de una u otra clase\*.

Dice Figes que «el libro se centra en la manera en que el estalinismo penetró en la mente y en las emociones de la gente, en la manera en que condicionó todos sus valores y relaciones»\*\*. Lo que pasa en nosotros es solo nuestro, parecen decir, y eso aunque por azar se haya producido un brillo de lo que llamaríamos intimidad. Han dominado el hábito de ocultar los pensamientos, y al mismo tiempo son los creadores de una maravillosa expresión literaria. El silencio en este caso no es la

\* Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Edhasa, 2009, p. 35.

\*\* *Ibidem*.

reserva en la expresión emocional de los anglosajones (los rusos, por ejemplo, son muy emotivos), sino un muro que se eleva en la palabra, una pared infranqueable aun en medio de una animada conversación. Los autores más viejos, escritores acostumbrados al *samizdat*<sup>1</sup> y a la censura, a crear dentro de sí mismos o a disfrazar el sentido de lo escrito; los más jóvenes, educados en recordar. Una ética de la creación que nada tiene que ver con la expectativa de *best seller* que acompaña al escritor occidental.

Me corrijo. Ellos son también occidentales, son el este del oeste. El mundo misterioso tras el «telón de acero» que excitaba mi curiosidad adolescente, un inmenso territorio plagado de nombres de ciudades desconocidas, apreciable en los mapas pero vedado a la experiencia. Un mundo que los del oeste del oeste tardamos mucho tiempo en conocer. Nosotras, al menos. Salvo los clásicos rusos, Kafka y algunos premios Nobel, ¿qué escribían los checos, los polacos, los eslovacos, los albanos, los húngaros, los serbios? Una inmensa biblioteca que apenas hemos ido intentando explorar, junto a la también extraordinaria producción cinematográfica.

«El que viaja suele sentir la necesidad de escribir el viaje», dice *En la ciudad líquida* Marta Rebón\*, viajera y traductora. Y así parece. Lo que sigue a continuación son las impresiones de dos venezolanas que querían conocer el poscomunismo, y que finalmente solo podían verlo desde Venezuela. La reconstrucción de esos viajes, de algunos de los cuales hace ya mucho tiempo, no hubiera sido posible sin la afición, casi obsesión, de Yolanda por fotografiarlo todo, y su calculada minuciosidad en guardar la documentación: memorabilia: tiques de metro, entradas de museos, tarjetas, mapas de bolsillo, folletos, y una gran cantidad de pequeñas cosas. Más que

<sup>1</sup> Copia y distribución clandestina de literatura prohibida.

\* Marta Rebón, *En la ciudad líquida. Derivas, interiores y exilios*. Caballo de Troya, 2017, p. 6.

la escritura de un viaje, estas páginas son la lectura posterior de unos viajes alguna vez emprendidos. El recuerdo de una película que vimos tiempo atrás en la que muchas imágenes pueden haberse mezclado y confundido con las originales. Sea como fuere, esta es la crónica del poscomunismo según

Ana Teresa Torres y Yolanda Pantin

**PRIMER VIAJE**

8-16 AGOSTO 2002



Palacio de la Cultura  
y de la Ciencia. Varsovia

Varsovia - Cracovia (Polonia)

Vilnius (Lituania)

Riga (Letonia)

Helsinki (Finlandia)

San Petersburgo (Rusia)

Volamos desde Amsterdam en la línea polaca LOT y nos hospedamos en el hotel Bristol de Varsovia. Diseñado en estilo neorrenacentista y algunos tonos *art nouveau* por notables arquitectos polacos y vieneses, el hotel fue inaugurado en 1901. Polonia fue ocupada por Prusia, Rusia y Austria durante más de un siglo hasta que la revolución Rusa, el colapso del Imperio austrohúngaro y la derrota de Alemania, abrieron la oportunidad de lograr la independencia. En 1919 el compositor, pianista y político Jan Paderewski (1860-1941), primer ministro de un primer gobierno independiente, sostuvo allí la primera reunión de su gabinete. En 1939 los nazis tomaron el hotel como cuartel general del jefe del distrito de Varsovia y el edificio sobrevivió a los bombardeos; en 1948 bajo el régimen comunista fue nacionalizado y posteriormente donado a la Universidad de Varsovia para ser utilizado como biblioteca, lo que nunca ocurrió. Finalmente en 1993 fue reabierto como hotel privado.

El Bristol resultó una entrada muy conveniente para un viaje en el que todo lo importante pareciera estar en el pasado, un pasado traumático del que permanentemente se escuchan frases como «destruido durante la guerra», «reconstruido después de la guerra», «durante el régimen nazi», «durante el régimen comunista», «durante la ocupación alemana», «después de la ocupación rusa». De aquí en adelante siempre escucharemos hablar de invasiones, ocupaciones, traslados,

destrucciones. En Europa occidental, 1945 es una fecha lejana, aquí las heridas son visibles a la vuelta de la esquina. Esta historia es necesario tenerla presente, aunque no podamos recordarla, salvo los principales sucesos, y menos entenderla plenamente. ¿Qué quiere decir ocupación, por ejemplo, o reconstrucción de una ciudad bombardeada? Nunca lo hemos vivido en esos términos, solo aproximaciones de la revolución venezolana en la que agentes extranjeros han tomado las decisiones claves, o destrucciones masivas mediante el deterioro planificado y la indolencia. En esta Europa las ciudades y los territorios mueven sus fronteras y alteran sus nombres con frecuencia, lo que era de un país pasa a ser de otro, y a veces de un tercero. Asimismo los habitantes. La diversidad es una marca de estas regiones en sus historias nacionales, lenguas, religiones, costumbres. Aunque la sovietización intentara, como lo hace todo imperio, unificar y uniformar, no lo logró. La larga historia anterior prevalece sobre un régimen de apenas setenta años. Por eso la insistencia en la antigüedad de sus ciudades no es banal, permite hacer una elipsis de los años totalitarios y volver a retomar el paso.

La misma tarde de la llegada nos esperaba Robert, nuestro guía, para comenzar a explorar el centro histórico. Para el visitante todo está allí, incólume, desde quién sabe qué siglo, pero no es así. El interés de Varsovia es su relato. Podría decirse, si no fuese una exageración, que ningún resto en ella es auténtico, ninguna iglesia, ningún palacio, ninguna calle. Después de la sublevación del 1 de agosto de 1944 —la rebelión civil contra la Alemania nazi comandada por el gobierno constitucional en el exilio—, la respuesta no se hizo esperar y la destrucción de la ciudad y de sus habitantes, que ya había comenzado en 1943 con el aplastamiento del gueto, alcanzó el 85%

de los edificios. Los que no habían sido víctimas de los bombardeos lo fueron de los ingenieros que en enero de 1945 llegaron para ejecutar una demolición controlada, casa por casa, siguiendo las órdenes de Hitler de convertir a Varsovia en un lago. En resumen, cayeron diez mil edificios, 923 monumentos históricos (incluyendo la columna Zygmunt y parte del castillo real), 25 iglesias, 14 bibliotecas (incluyendo la Biblioteca Nacional), 145 dependencias educativas (incluyendo la Universidad de Varsovia). La población, de 1.300.000 habitantes antes de comenzar la guerra, quedó reducida a unas 12.000 personas.

La primera sorpresa es que el centro histórico de Varsovia (Stare Miasto), el barrio más antiguo de la ciudad que se extiende a lo largo del río Vístula, es una gigantesca obra de reconstrucción iniciada después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué se reconstruyó?, le preguntamos a Robert. Todo, absolutamente todo, porque todo fue destruido. ¿Quién lo reconstruyó? La gente, dice Robert. Entonces recuerda a sus padres que los fines de semana se unían a los trabajos voluntarios; lo hicieron con sus propias manos, dice con orgullo y no es para menos. En 1980 el centro histórico de Varsovia fue declarado patrimonio de la humanidad por la Unesco, como «ejemplo único de reconstrucción total del conjunto de un patrimonio arquitectónico histórico de los siglos XIII al XX» (es decir, desde la fundación de la ciudad). Añade un detalle interesante, aunque puede ser consultado en cualquier guía turística, pero expresado de nuevo con una inocultable admiración. Las obras de reestructuración se hicieron siguiendo los dibujos del pintor italiano Bernardo Bellotto, llamado Canaletto el joven. Sus vistas de la ciudad son tan exactas como fotografías y con ellas los polacos volvieron a colocar cada piedra en su lugar.

En estos países sin amigos ni conocidos, sin posibilidades de comunicación con la mayor parte de la gente, es importante distinguir si el guía está dispuesto a ir más allá de las explicaciones pautadas; no todos lo están y no con todos los turistas. Los guías también identifican qué viajeros quieren saber algo de la vida cotidiana de la gente y no solamente de los palacios y castillos. Robert nos habla de su padre, que con su jubilación no puede pagar las medicinas que necesita y ya no cuenta con la atención médica que proporcionaba el Estado socialista. Es necesario sobornar a un médico para que lo opere. No dice más de eso, no podemos saber cuáles es su ideología política, ni qué piensa de los cambios ocurridos en su país a partir de 1989, pero es muy obvia la nota de resentimiento en sus palabras. Su padre, el obrero que después de la fábrica acudía a los trabajos de reconstrucción, es ahora un anciano desprotegido.

Al día siguiente, después de una agotadora visita al palacio Wilanów, una de las pocas edificaciones sobrevivientes de la guerra, salimos hacia la ciudad nueva (Nowe Miasto) —nueva porque fue construida apenas en el siglo xv— en busca de los memoriales de los héroes de la sublevación del gueto judío y del levantamiento de Varsovia. Algo, sin embargo, vale la pena mencionar de las visitas de palacios y museos, las vigilantes de sala. Son mujeres mayores, con miradas escrutadoras, poco amistosas, que siguen nuestros pasos a través de las salas y pasillos. Son muchas, obviamente más de las necesarias, y pareciera que su ocupación es una suerte de tributo que el Estado debe proporcionar a estas fieles comunistas que quedaron desempleadas y sin lugar en una nueva sociedad. La mirada desconfiada ya la habíamos percibido en un paseo que dimos por nuestra cuenta en un parque cercano

al hotel en el que se levanta la tumba del soldado desconocido, un monumento flanqueado por una guardia permanente en el único vestigio del palacio Sajón destruido en 1944. Los jardines son hermosos y muy frecuentados, y mientras los recorriamos nos llamaron la atención unas señoras sentadas en un banco, que seguían con la mirada a unas jóvenes hindúes, vestidas a su usanza tradicional. Así nos mirarán a nosotras, comentó Yolanda. Es muy obvio ser extranjero en países sin historia de inmigraciones. Y el extranjero no es confiable. Conversar con extranjeros podía ser muy peligroso en los tiempos pasados.

Robert se indigna hablando de la ignorancia de los jóvenes. Pregúntenle a cualquiera de ellos —dice exaltado— por el memorial de la sublevación, y contestarán algo como ¿qué pasó entonces?, no lo conozco, ¿para qué lo hicieron? Su dolor es comprensible, la indiferencia de los jóvenes también. Todo se olvida, y no solo en Venezuela, pero la presencia de la Segunda Guerra Mundial es imborrable en esta Europa. Para algunos países —Polonia en particular— el recuerdo predominante gira en torno a la invasión alemana; más al este sigue presente pero se impone la invasión rusa y el dominio soviético. He aquí una diferencia importante —pienso ahora— con las dictaduras y tiranías latinoamericanas. En la historia de los países poscomunistas la figura del invasor, el ocupante extranjero, es central. La lucha y la resistencia surgen de la defensa de la nación ante la dominación de otros países y sus colaboradores locales; es la continuidad de las seculares guerras europeas por el dominio de territorios. En América Latina, y desde luego en Venezuela, las dictaduras sufridas son nacionales, peor aún, nacionalistas. Somos ocupados por nuestros propios tiranos y nuestros propios ejércitos.

Volvamos a la visita. El levantamiento de Varsovia fue representado en un grupo escultórico del artista Wincenty Kuczma en 1989 para conmemorar la rebelión armada de la población. Está situado en la plaza Krasinskiach, detrás de la sede de los tribunales. Las esculturas representan a los soldados que defienden una barricada y a otros ciudadanos que descienden por unas alcantarillas, ya que estas fueron utilizadas como vía de comunicación entre los combatientes. Cerca del monumento puede verse una de las entradas de las alcantarillas. El monumento a los héroes del gueto es obra del escultor Nathan Rapoport (1911-1987), realizada en 1948 en un estilo que recuerda el expresionismo figurativo, muy usado en el arte soviético, lo que no sería raro puesto que Rapoport huyó de Polonia al comienzo de la guerra y vivió esos años en Rusia. Las figuras contorsionadas de ancianos y jóvenes rodean dramáticamente la representación de Mordechai Anielewicz (1919-1943), líder del levantamiento. En el lado oriental del monumento puede verse un alto relieve que muestra una procesión de ancianos, hombres, mujeres y niños, en su descenso a los infiernos. Las figuras en movimiento son particularmente trágicas puesto que sabemos que caminan hacia su muerte.

El recorrido a pie desde el memorial del levantamiento de Varsovia hasta el monumento a los héroes del gueto toma unos diez minutos. No recuerdo bien si lo finalizamos en la Umschlagplatz (lugar desde donde partían los trenes a los campos), situada a unos ocho minutos o en alguna calle desde la que pudieran verse restos del muro del gueto, lo que sería un trayecto de unos cuarenta y cinco minutos. Lo que sí recuerdo fue el efecto que me produjo escuchar a Robert diciendo «este es el final del gueto». Lo dijo frente a unas escaleras que parecían indicar imaginariamente el camino de

los deportados, muy cerca podían verse una vías, no sé si de tren o de metro, y la imagen inevitablemente cerraba de modo siniestro la visita. No es extraño que el imaginario cinematográfico esté presente en estas visiones y memorias. Ese mismo año 2002 se estrenó *El pianista* de Roman Polanski, uno de los mejores filmes sobre el gueto de Varsovia, junto con *Korczak* (1990) de Andrzej Wajda (1926-2016). Parte del rodaje de *El pianista* tuvo lugar en el barrio de Praga-Pólnoc, al otro lado del Vístula, que lamentablemente no conocimos.

La visita de la tarde del día siguiente terminaba temprano y le dijimos a Robert que queríamos usar el transporte público y pasear por nuestra cuenta. Nos compró los boletos para ahorrarnos lo que consideró sería un diálogo difícil en la boletería y así hicimos un largo trayecto en autobús. No recuerdo las calles que recorrimos, calles como cualesquiera otras en una ciudad europea, gente presurosa yendo a sus tareas, bien vestidas pero sin el *fashion* que puede verse en las capitales occidentales, edificios construidos durante el período comunista. Todavía no existían los modernos desarrollos urbanos de hoy. Estamos en 2002, a doce años de que Lech Walesa ocupara la presidencia de la República de Polonia, despojada del apelido *popular*, de modo que la ciudad era prácticamente la misma que había sido construida y reconstruida durante la era soviética. Probablemente esto es lo que ha desmerecido su fama de atracción turística, considerarla una capital aburrida y monótona de edificios estalinistas. En ese prejuicio se instala la mirada despectiva al Palacio de la Cultura y de la Ciencia, que por esa razón no estaba incluido en las visitas programadas, y en general es descrito en términos peyorativos en la mayoría de las guías de viajes. Para mí, en desacuerdo con Yolanda, la joya de la ciudad en

muchos sentidos. Como símbolo estalinista por excelencia (inicialmente se llamaba Palacio Iósif Stalin), después de la desestalinización se manifestaron proposiciones de derribo, pero prevaleció la idea de conservar un símbolo de Varsovia y del patrimonio nacional polaco. Inspirado en la Universidad de Moscú fue construido de 1952 a 1955, lo que es sorprendentemente rápido para las dimensiones del edificio consagrado como «regalo de la nación soviética a la nación polaca». Situado enfrente de la estación Central, sigue siendo el edificio más alto del país y alberga instituciones, oficinas, museos, cines, teatros, salas de conciertos. Aquel día se anunciaba la presencia de una gloria del rock: Patty Smith.

De lejos, si se mira descuidadamente, podría recordar al Empire State de Nueva York (Yolanda también en desacuerdo). De cerca, por su gran tamaño, se distinguen con detalle las estatuas construidas en piedra y anidadas en hornacinas, que representan la felicidad del pueblo comunista: obreros, campesinos, pescadores, soldados, estudiantes. Hombres y mujeres rozagantes de salud y de belleza miran desde la altura y parecen decir «pasen adelante y conozcan la felicidad que les espera». Aquí sí estuvimos de acuerdo en que el estilo de las estatuas es muy similar a la estética nazi. *Mens sana in corpore sano*. Inolvidable la belleza del joven estudiante que, frente a la bandera roja movida por el viento, mira al porvenir desde sus órbitas vacías y bajo el brazo sostiene un libro en el que puede leerse, «Marx, Engels, Lenin».

Esta alegoría del triunfo socialista es la que encontramos en las impresiones de un visitante francés, André Gide (1869-1951), orador en los funerales del escritor ruso Máximo Gorki (1868-1936), y recogidas en *Regreso de la URSS*\*. Allí el escritor recrea imágenes que lo deslumbran por su alegría y sencillez; casas de obreros,

\* André Gide. *Regreso de la URSS. Seguido de Retoques a mi Regreso de la URSS*. Traductora: Carmen Claudín. Alianza Editorial, 2017.

campamentos de niños, escuelas rurales, parques de cultura en los que siente un «fervor alegre»\* de juegos, danzas, deportes, salas de lectura, cines, bibliotecas, teatros, piscinas. Cuerpos perfectos de jóvenes atléticos, mujeres, niños, ancianos, todos dando muestras de gran felicidad. Pero poco a poco el lector advierte que el recuento va perdiendo entusiasmo. El narrador comienza a ver largas colas para obtener cualquier cosa, objetos de mala calidad porque el Estado, al no tener competidores, no se preocupa por mejorar los productos. Empieza a pensar en Francia, en el gusto y afán de los franceses por ofrecer las mejores selecciones, en la diversidad de pensamiento de sus compatriotas que ahora compara con seres uniformados y conformistas. Duda de la productividad de los *koljós*<sup>1</sup>, de la educación sin crítica, de la absoluta ignorancia de lo que ocurre en Occidente, de la ingenua convicción de los rusos en cuanto a que lo que sucede en la URSS es lo mejor del mundo, de sus opiniones conformadas por *Pravda*<sup>2</sup>, según las cuales en Francia los obreros son desdichados, a los niños les pegan en las escuelas y ni siquiera hay metro en París (por cierto, en marzo de 2019, cuando se produjo una caída total del sistema eléctrico nacional, el fiscal general Tarek William Saab dijo en un programa de televisión que los servicios de electricidad, agua y telefonía son tan caros en otros países que la gente vive sin ellos. La diferencia con *Pravda*, que se le escapa a Saab, es que aquellos soviéticos no tenían otra información que la de los medios oficiales y, aquí, en la Venezuela actual, todavía hay internet y muchos venezolanos han podido viajar o tienen familiares emigrados o exiliados; es de todos modos una muestra, aunque ridícula, de la permanente desinformación que estos regímenes ponen en práctica).

¿Qué más observa este creyente a punto de perder la fe? La omnipresencia de

\* *Ibidem*, p. 23.

1 Las granjas colectivas.

2 Literalmente «verdad».

Nombre del periódico oficial del Partido Comunista de 1918 a 1991. En 1997 fue relanzado por el Partido Comunista de la Federación Rusa.

Stalin, quizá; no hay casa, por más humilde y sórdida, que no haya reemplazado el ícono por su imagen, no hay discurso que no lo alabe. Detalles, mínimas situaciones que el escritor no quiere dejar pasar. Cuando atraviesan Georgia y se detienen en el pueblo donde nació Stalin, siente el impulso de enviarle un telegrama. Comete un error, se dirige a él con la fórmula «usted». No es suficiente escribir «usted» —le dicen—, debe añadir algo como, «jefe de los trabajadores», o «padre de los pueblos»\*. Ya ha comprobado que se producen «retoques» en las traducciones de sus discursos y declara que no reconocerá como suyos los textos que aparezcan en ruso. Pero hay más. Observa la total supresión de la oposición y de la religión (no es creyente pero reconoce el derecho de los demás a serlo). La conformación de nuevas clases sociales, el aburguesamiento de la burocracia, el sometimiento del artista como alguien que debe «estar en línea»\*\* , la consideración de la belleza como un valor burgués. Piensa en «la inapreciable libertad de pensamiento que gozamos todavía en Francia» y concluye: «Sí: dictadura, por supuesto, pero la de un hombre y no ya la de los proletarios unidos, de los Sóviets». Más duramente todavía afirma: «Dudo que en ningún otro país, aun cuando fuera la Alemania de Hitler, el espíritu es menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado». Finalmente concluye que la URSS es un «abominable fracaso»\*\*\*.

Sin embargo, este Palacio de la Cultura, ícono de un régimen no solo fracasado sino policial, y por ende criminal, es el primer palacio del país concebido para la gente común y no para príncipes y aristócratas. Y sigue allí en pie, ahora ofreciendo conciertos para unos jóvenes que durante mucho tiempo anhelaron usar bluyines y escuchar rock. Si miramos nuestra ciudad desde el Palacio de la Cultura de Varso-

\* *Ibidem*, 56.

\*\* *Ibidem*, p. 63.

\*\*\* *Ibidem*, p. 59.

via, y no podemos dejar de hacerlo, no encontraremos una sola huella construida por la revolución bolivariana en veinte años. Encontraremos, sí, los vestigios de la destrucción de lo construido durante un siglo.

Muy cerca del Palacio de la Cultura se halla el antiguo barrio judío, hoy Mirów. Tengo al frente las imágenes de los edificios recubiertos de ladrillos que permanecen cerrados, al mismo tiempo que parecieran habitados, y quizá lo están, al menos así lo sugiere la presencia de algunas antenas de televisión digital. Navegando en busca de imágenes, encontré varias fotografías de la calle Prozna, y sobre las ventanas tapiadas aparecen las proyecciones de los rostros de sus antiguos habitantes. Yolanda asegura que no vimos esas imágenes y seguramente está en lo cierto; probablemente mi confusión se debe a haberlas visto en la intervención con imágenes en movimiento de algunos edificios de Berlín en 1996, cuando viajé por primera vez a Alemania con motivo del simposio de literatura venezolana en Eichstätt. Entonces, a seis años de la reunificación, las heridas no habían cerrado. Mi traductora de Frankfurt —que nunca tradujo nada y que además creía hablar español cuando en realidad lograba articular un catalán degradado— me contó que su madre, antigua nazi como tantos, no estaba contenta con la asimilación de los *ossis* (habitantes de la RDA), ni con que esos comunistas pobres vinieran a desmejorar sus pensiones. Pero como pude saber en un segundo viaje en 1997, con motivo de otro congreso, tampoco todos los *ossis* estaban muy contentos por unirse a los *wessis* (habitantes de la RFA). Berlín atravesaba en aquellos años una gigantesca reconstrucción, la Potsdamer Platz era una inmensa cavidad que en poco tiempo dio lugar a una nueva y desafiante ciudad. El problema para los antiguos habitantes

de la Alemania comunista era que sus viviendas adjudicadas por el Estado a precios muy bajos, habían pasado a valer enormes cantidades de dinero, y ahora los edificios eran comprados por los constructores para ser renovados totalmente y vendidos a nuevos precios. En suma, no podían pagar los alquileres de sus antiguos apartamentos, y menos adquirirlos, no les quedaba otro remedio que abandonar los barrios en los que habían vivido por décadas.

El tercero y último día en Varsovia fue romántico. Visitamos el parque Lazienki, un inmenso complejo de lagos y palacios en el que es punto de admiración la estatua de Chopin en estilo modernista, y para continuar con el músico en la tarde visitamos su casa natal en Zelazowa Wola y asistimos a un concierto. La casa está perfectamente conservada, rodeada de un bosquecillo. Al día siguiente muy temprano salimos en tren hacia Cracovia. Nos fuimos sabiendo que no habíamos terminado de ver Varsovia, sobre todo porque no existían entonces el Museo de la Sublevación, inaugurado en 2004, ni el edificio cuya arquitectura parece ser la más impresionante de la ciudad, el Museo de la Historia de los Judíos Polacos, proyectado por el arquitecto finlandés Rainer Mahlamäki, que abrió en 2013.

El viaje a Cracovia dura unas cuatro horas. Es monótono, ya lo dije, el paisaje no ofrece nada, pero en el vagón estoy sentada al lado de dos chicas jóvenes con las que entablo conversación. Hablan muy bien inglés. ¿Qué planes tienen para su futuro? Irnos, contestan ambas sin lugar a dudas. ¿A dónde? Alemania. Les pregunto si no les atrae Estados Unidos. No, está muy lejos. Estas jóvenes han dejado atrás el odio que puede percibirse hacia los alemanes en algunos contextos. Piensan, y supongo que con razón, que Alemania es el país europeo que ofrece las mejores posibilida-

des (conocí a una bióloga egresada de la Universidad de Varsovia que en Madrid limpiaba apartamentos). No me quedo con esta respuesta y hago una breve síntesis de los avances democráticos, la libertad y todo eso, que Polonia disfruta ahora. Me contestan con respeto, pero lo que me quieren decir es que yo no sé bien cómo son las cosas. Trabajar doce horas al día en un restaurante por un sueldo miserable para sostener a los jubilados hasta que ellas también lo sean y reciban ciento cincuenta dólares de pensión, no es pagar mi futuro sino la deuda del pasado, añade una de ellas. La respuesta me sorprende, pero la comprendo. El comentario de estas chicas me trae el de Robert, un hombre culto y triste, harto de llevar norteamericanos a visitar palacios. Tiene más o menos mi edad así que vivió el estalinismo puro y duro. Ahora llegó la libertad, pero me parece que se siente estafado por la historia. Para él su padre quedó abandonado en la república liberal; para mis compañeras de tren, sostener a los ancianos no puede ser un proyecto de vida. Hace ya muchos años de este diálogo, ignoro si las circunstancias han cambiado para mejor y para todos. También, recuerdo ahora, una de ellas comentó que su madre había desempeñado un alto cargo en un instituto de investigación, era médica o bióloga, y había ocultado su fe católica ante el Partido para no entorpecer sus ascensos.

Llegamos a Cracovia, una de las tres ciudades arte de Europa centro oriental junto con Leópolis (Lviv) y Praga. Aunque no alcanzamos a recorrerla toda ni visitar todas las iglesias y edificios notables, nos fuimos de Cracovia suficientemente satisfechas. Por cierto, es una de las poquísimas ciudades polacas que no sufrió los bombardeos. Nuestra guía es una católica ferviente que constantemente habla de la anunciada visita de Juan Pablo II a la ciudad de la que fue arzobispo. Tendría lugar

en pocos días, ya podían verse algunas señales de los preparativos, y ella temía que su estado de salud le impidiera venir. Lamentaba que ya nosotras no estaríamos en Cracovia para ese momento. Nosotras, desde luego, no. La multitud de turistas se vería sobrepasada por miles de fieles, y entre eso y las medidas de seguridad, sería imposible dar un paso. Por cierto, esta mujer era una antigermánica tan apasionada en su odio como en su amor por Karol Wojtila y su fervor por la historia de los reyes polacos. Robert nos había dicho que tanto la iglesia católica como el partido Solidaridad se oponían al proyecto de integración europea porque les parecía una amenaza a la nacionalidad. El tema de lo nacional es una constante en Europa.

De las maravillas que alberga la ciudad la mayor sorpresa fue *La dama del armirño* de Leonardo, uno de esos cuadros célebres vistos en reproducciones, pero que ignorábamos estuviera allí, en una pequeña sala del castillo de Wawel, construido en el siglo XIV y durante muchos años símbolo de Polonia, el lugar históricamente más importante del país. Después de un periplo por Alemania *La dama* había regresado a la propiedad de sus legítimos dueños, la familia Czartoryski (que posteriormente la vendió con toda su colección al Estado polaco). De la visita nos quedó la idea de que el cuadro había sido sustraído por los nazis, como ocurrió con tantas otras obras de arte —muchas de ellas rescatadas por las tropas aliadas como puede verse en el filme *The monuments men* (George Clooney, 2014)—, pero el relato se completa con *Calle Este-Oeste* de Philippe Sands\*. Uno de los protagonistas del libro es Hans Frank, gobernador general de los territorios polacos ocupados, que vivió durante un tiempo en Cracovia, alojado en Wawel. Amante del arte y de la música como muchos nazis (o así los hemos visto en el cine) deci-

\* Philippe Sands,  
*Calle Este-Oeste*.  
Traductor: Francisco Mena.  
Anagrama, 2017.

dió hacer un catálogo de las obras artísticas del castillo y protegerlas trasladando a sus habitaciones privadas el cuadro de Leonardo del que, según su hijo Niklas, admiraba particularmente el peinado de la dama con la raya al medio. Cuando huyó de Cracovia, ante la inminencia de la derrota, siguió «protegiendo» a *La dama* y la llevó a su casa privada en Baviera, de donde las tropas aliadas la rescataron. Sentenciado a muerte por el tribunal de Núremberg por sus crímenes contra la humanidad, insistió en su inocencia, así como en que había sido protector de las obras de arte de Polonia.

La historia de Hans Frank nos lleva directamente a la siguiente visita: Auschwitz-Birkenau. La distancia entre Cracovia y Auschwitz (*Oświęcim* en polaco) es de setenta kilómetros y el trayecto toma unas dos horas. Lydia permaneció en silencio hasta que llegamos al lindero del pueblo. Un pueblo cualquiera, donde todavía utilizan una tecnología caduca en la producción de carbón; hace poco tiempo, nos dice, unos mineros murieron en una explosión. Vemos las casas del pueblo, vecinos en las puertas, niños, escuelas, comercios, iglesias, campesinos sembrando y animales que pastan. Una vez en el sitio nos detuvimos en una suerte de estacionamiento para vehículos privados y autobuses de turismo, no demasiados aquel día. El campo es un complejo que comprende Auschwitz I, conocido simplemente como Auschwitz, en cuya entrada se lee el infamante letrero, «el trabajo os hará libres»; Birkenau, que corresponde a Auschwitz II; y Monowitz (Auschwitz III), que no visitamos, en el que estuvo prisionero Primo Levi. Lydia es parca en sus explicaciones y tiene razón, ya está todo dicho. Se limita a señalar lo que estamos viendo, barracas, vías de tren, casetas de vigilancia, exhibiciones de los objetos per-

sonales de las víctimas, celdas detrás de una luz apagada, amarillenta. Caminamos en silencio. Lo que vemos es lo que *es*. No hay interpretación posible. Nuestra guía de Birkenau se llama Sonia, una muchacha que enseña con mucho respeto el campo. Sorprende su extensión, pareciera varias veces más grande que Auschwitz, y al parecer el territorio previsto era aún mayor. Todos los judíos de Europa debían morir allí. A diferencia de Auschwitz que conserva las barracas y algunos edificios para el funcionariado del campo, Birkenau es una inmensa extensión vacía. Apenas si se distinguen, en perfecta simetría, los restos de las vías de tren y algunas construcciones. Creo recordar que se conserva (o se reconstruyó) una barraca para la exhibición. Al final de la visita Sonia hace un comentario sorprendente. Los campesinos de la zona están solicitando que les devuelvan sus terrenos que permanecen dentro del memorial porque los necesitan para sembrar patatas. Me recuerda los rostros de asombrada indiferencia que responden a las preguntas de Claude Lanzmann (1925-2018) en su documental *Shoah* (1985).

Regresamos a la ciudad y le pedimos al chofer que nos dejara en Kasimierz, un barrio que fue una ciudad judía autónoma, después incorporada a Cracovia, y el núcleo más numeroso de judíos de toda Europa; allí Spielberg rodó *La lista de Schindler* (1993). El barrio conserva un aire judío, aunque más por razones turísticas que otra cosa. En la calle Szeroka y sus alrededores se extienden pequeños negocios, cafés, restaurantes, y viene siendo como el lugar bohemio de la ciudad. Teníamos pensado merendar en el café Ariel, uno de los más famosos, pero desistimos. Subiendo una calle empinada, en dirección no sé si al cementerio o a la antigua sinagoga, puede leerse en un muro una pequeña placa que dice algo como

«cuando pases por aquí recuerda que estás caminando sobre tumbas»; o «no pises aquí, hay personas enterradas». En efecto, la calle se empedró sobre una parte de un viejo cementerio. Desistimos de la merienda y volvimos al hotel.

Al día siguiente muy temprano viajábamos por avión a Vilnius. Después de instalarnos en el hotel teníamos un tiempo libre hasta la visita programada y salimos a caminar por los alrededores. A pocos minutos se encuentra la Puerta de la Aurora, y en la parte alta de la puerta hay una imagen de la virgen protectora de Lituania y símbolo de unión. El monumento es sitio de peregrinaje y reúne a fieles católicos y ortodoxos. Al remontar la calle que conduce a la puerta vimos a una mujer tirada en el suelo y hablando sola. Pensamos que había sufrido un accidente o era una persona trastornada pero no era así; se había prosternado para rezarle a la virgen madre de misericordia de Aušros Vartai. Fue el primer encuentro con la religiosidad ortodoxa. De vuelta nos detuvimos en el local de un artesano de madera y Yolanda compró un zorrillo alargado que parecía un cocodrilo. Nos entendíamos con las manos y el hombre escribió el precio en un papel. En aquel momento, para nuestra moneda, era una cantidad mínima. Prometimos volver, sabiendo que no lo haríamos.

Luda, nuestra guía, era una mujer extrovertida y optimista; junto con su esposo prestaba servicios turísticos a las agencias de viaje durante el verano, ella guiaba las visitas y él proporcionaba el transporte; durante el invierno era traductora para empresas rusas. No tenía empacho en exhibir su currículum, es decir, la vida de una niña nacida en una república soviética. Fue pionerita en la escuela primaria, perteneció al *Komsomol*<sup>3</sup> en la adolescencia, y miembro del Partido Comunista en la juventud, única manera de estudiar y trabajar en tareas que no fuesen manuales (aunque

3 Organización juvenil del Partido Comunista.

obedece a la misma política de control de la población, es en todo caso un recorrido más ilustrado que el plan Chamba Mayor o el plan Chamba Juvenil de la revolución venezolana<sup>4</sup>). Luda era una mujer educada, hablaba tres idiomas (lituano, ruso e inglés) y se convirtió en una emprendedora en la medida en que las circunstancias lo fueron permitiendo. Miramos hacia el futuro, no es fácil pero será posible, añadió.

Tenía la esperanza puesta en que pronto Lituania pasaría a formar parte de la Unión Europea (aunque temía que la energía de origen nuclear fuese un impedimento), y estaba segura de que el progreso que ya podía percibirse, a pocos años de haberse independizado de la URSS, se haría aun mayor, lo que el tiempo parece haber confirmado. En aquel momento el país tenía un 20% de desempleo y proliferaba la economía informal, lo que nosotros llamamos buhoneros, muy visibles en las orillas de las carreteras. Luda nos muestra con mucho orgullo los centros comerciales, los hipermercados en los que ahora se puede comprar de todo, y aunque reconocemos en su entusiasmo la admiración de nuestras ciudades de provincia cuando se instalaba un Sambil, lo cierto es que hoy comprendemos muy bien su alegría. Hablaba también mucho de su hija que estudiaba en Dinamarca (los bálticos miran hacia los nórdicos y no hacia los eslavos) y del triunfo que había significado poder obtener para ella una tarjeta de crédito en ese país (dio muchos pormenores de los trámites efectuados). Estos detalles que pueden parecer nimios ya no lo son para nosotros. Abastecimiento, visas, trabajo en otros países, cuentas en otras monedas, desplazamientos, son ahora problemas diarios para los venezolanos.

Continuamos visitando iglesias y el castillo del héroe lituano, Gediminas, cuya historia es demasiado complicada o me interesaba poco, y recorriendo lo que

<sup>4</sup> Chamba Mayor es un plan de empleo para personas de tercera edad y Chamba Juvenil es un plan de empleo para jóvenes. En general, chamba alude a un trabajo precario y de corto plazo.

Yolanda calificó de insulso barroco nórdico. Pero aun así es una ciudad agradable, hasta cierto punto amable, no tiene la severidad de Varsovia. El asunto que se presentó es que no podíamos continuar el viaje desde Lituania, que desde ahora sería por carretera. Ingresamos sin dificultades al país porque en el aeropuerto bastó con mostrar el pasaporte, pero por las fronteras de tierra no seríamos admitidas en Letonia ni en Estonia. Necesitábamos una visa. El caso es que no habíamos tomado esa precaución, probablemente porque los venezolanos tenemos ingreso libre en los países europeos y sacamos la errónea conclusión de que esa condición incluía los países bálticos. Pero no era así. Lituania, Letonia y Estonia fueron repúblicas soviéticas y los patrones de control no habían cambiado demasiado. La gerente de la agencia de viajes que nos acompañaba, Jackie, se puso en acción y demostró su eficiencia. Logró que en el consulado de Letonia nos recibieran al día siguiente y en menos de una hora nos estamparon el pasaporte y pudimos continuar. Nuestros compañeros de viaje aplaudieron cuando subimos de nuevo al autobús y les agradecemos su paciencia. No tuvimos tanta suerte en Estonia, luego veremos.

Del consulado de Letonia nos pusimos en camino hacia el castillo de Trakai, situado a unos cuarenta kilómetros de la ciudad, en el trayecto vimos por primera vez algunas *dachas*<sup>5</sup> abandonadas en medio de estepas y bosques de pinos. El castillo es una fortaleza medieval construida por los duques de Lituania en una isla en medio de un lago; por supuesto, es un punto imperdible para la visita turística. Pero nosotros, después de tomar las fotos de rigor, empezamos a darle vueltas a que, desde que supimos que viajaríamos a Lituania, queríamos llevarle a Blanca Strepponi un recuerdo de Grodno. Su abuela había emigrado a Argentina a principios del siglo xx

5 Casa de campo de dimensiones muy variables, usualmente de familias urbanas para uso estacional.

desde ese lugar que entonces pertenecía a Lituania. Efectivamente fue un emplazamiento en la región de Rutenia del Imperio austrohúngaro, con un fuerte componente judío a juzgar por el hecho de que la ciudad albergaba 45 sinagogas y los judíos poseían gran parte de las fábricas y los comercios (Blanca siempre ha insistido en que su familia era muy pobre, es probable que vivieran en un *shtetl*<sup>6</sup> cercano). Grodno no estaba demasiado lejos de donde nos encontrábamos, a unas dos horas, pero ahora pertenecía a Bielorrusia (del mismo modo que Domachevo, la aldea donde nació el padre de mi amigo Dov Lustgarten, ya no pertenece a Polonia), y eso nos enfrentaba a otro problema de visado, porque por entonces Venezuela no había desarrollado la amistad con Lukashenko que nos concedería el extraño privilegio de no requerir visa para ingresar a Bielorrusia. De modo que Yolanda le llevó a Blanca algún recuerdo de otra parte y dimos por perdida la visita a Grodno. Quedará como esos destinos imposibles que permanecen como misterios del imaginario.

Visita extraordinaria fue la del Museo de las Víctimas del Genocidio, conocido como Museo de la KGB (antes NKVD), por haber sido la sede de sus oficinas durante la ocupación soviética, y también durante algún tiempo de la ocupación nazi. El edificio situado en el centro de la ciudad es una mole neoclásica sin mayor interés; fue construido a fines del siglo XIX y sirvió de sede a la corte de Lituania durante el dominio del Imperio zarista. Fue fundado como museo en 1992. Las paredes exteriores han sido recubiertas por placas conmemorativas de las personas que allí fueron asesinadas o deportadas. El interior contiene una importante colección de documentos, fotografías, objetos, uniformes, utensilios, así como imágenes y carteles informativos acerca de la guerrilla partisana que durante diez años (1943-

<sup>6</sup> Pequeña aldea judía de Europa central y oriental antes del Holocausto.

1953) fue la resistencia más importante contra la ocupación soviética. En los sótanos, donde se llevaban a cabo las torturas y asesinatos, pueden verse las cámaras acolchadas para ahogar los gritos y el sonido de los disparos. Al igual que en los campos de concentración, éste y otros museos demuestran el valor de recoger y conservar la memoria material de la historia. Si estos edificios y sus contenidos desaparecieran, en poco tiempo lo ocurrido sería borrado.

En *Memorias urbanas en diálogo: Berlín y Buenos Aires*, leo\*:

Pero lo importante cuando se preservan los lugares de los hechos y se los erige en lugares de la memoria es no destruir la materialidad histórica, aun cuando hoy todavía no esté claro si se encontrarán las preguntas para las que esa materialidad tiene las respuestas y cuándo. De manera que conservar los lugares es la condición básica para cualquier otra estrategia futura que deberá ser negociada en el sentido de un compromiso racional.

Esto me hace pensar dolorosamente qué ocurrirá con la topografía del terror, con los «lugares de la memoria» en los que han ocurrido tantos atropellos y crímenes en Venezuela. Quizás haya algunos espacios a los que puede dárseles la condición de lugar de la memoria; calles donde se cometieron asesinatos; centros de tortura y detención, pero ¿cómo localizar la topografía de los crímenes de la OLP y las FAES<sup>7</sup> en los barrios populares, por ejemplo?, ¿en las carreteras?, ¿en pequeños pueblos?

Sigo leyendo:

\* Gaby Dolff Bonekämper, «Topografías del recuerdo y colectivos de memoria». En: *Memorias urbanas en diálogo: Berlín y Buenos Aires*. VV.AA. Heinrich Böll Stiftung Cono sur y Buenoslibros, 2010, pp. 27-37.

7 Operación de Liberación del Pueblo y Fuerzas especiales de la policía nacional bolivariana son cuerpos armados que actúan impunemente al servicio del régimen.

*Lugares de acontecimientos.* Lo que hay que recordar ha sucedido allí, o por lo menos está muy vinculado con el lugar de algún otro modo. Es decir, los lugares no están elegidos arbitrariamente y tampoco se los puede des-elegir. Tienen un vínculo que es topográfico, pero también histórico y social y de ellos parten vínculos sociales\*.

Pienso en el Helicoide<sup>8</sup> como el lugar ideal para consagrar un museo de la memoria histórica de estos años. Pero no será así. Cuando ocurrió el deslave que ocasionó la destrucción del estado Vargas en diciembre de 1999, la propuesta consoladora del gobierno de Chávez fue construir allí un nuevo Cancún, lo que desde luego no pasó de una cínica promesa, pero tampoco se construyó siquiera un lugar de memoria para tantas víctimas. Apenas quedó una piedra sostenida por unas cuerdas como monumento conmemorativo en Macuto.

Al día siguiente salimos para Letonia y la primera visita en el trayecto fue Rundale, un palacio barroco algo menos insulso, que ha sido destruido y reconstruido múltiples veces; interesante acotar que el Sóviet Supremo de la república socialista decidió la restauración de los daños sufridos durante la Segunda Guerra Mundial. Del palacio solo recuerdo la presencia de las celadoras de sala, muy similares a las que habíamos visto en Varsovia. Probablemente soy injusta en mi comentario pero en general los palacios y castillos tienden a aburrirme, salvo excepciones. Finalmente llegamos a Riga y en el hotel nos esperaba nuestra guía. Tatiana estaba dispuesta a hablar de sí misma y de la vida ordinaria de la gente, pero no era muy hábil para distinguir a qué viajeros esto les interesaba y a cuáles

• Gaby Dolff-Bonekämper, *Ibidem*.

<sup>8</sup> Edificio de Caracas proyectado como centro comercial y luego abandonado y utilizado como centro de detención de los servicios de inteligencia desde 1985.

no, y de alguna manera se le insinuó que ella estaba allí para mostrar las bellezas de la ciudad sin agobiarnos con sus propias dificultades. Es necesario entonces alejarnos un poco del grupo y caminar con ella para escucharla. Por ejemplo, cuenta que su madre sufre una amenaza de desocupación porque el gobierno cumple con exactitud la política de devolución a los antiguos propietarios. ¿*Homeless* en Riga? Tatiana debe tener unos cincuenta años y se aprecia la huella de un rostro bello en la juventud, ahora esa belleza está surcada por un rictus amargo cuando sonrío al hablar de las circunstancias de las que se siente orgullosa. La primera es que su hijo, después de varias vicisitudes de emigrante, vive en Nueva York y lava automóviles hasta que pueda ejercer su profesión de chef. Confía en poder ir a visitarlo más adelante. La segunda que su familia siempre fue opositora. Fue educada en una república soviética, así que aprendió muy bien el valor del silencio, pero con un gran orgullo íntimo de que la soviétización era algo de puertas para afuera. Ellos, en casa, no eran comunistas. Y la tercera, que nunca vivieron en los apartamentos comunales, los *komunalki*<sup>9</sup>. Escuchamos entre sus palabras latir el resentimiento que se mantiene cuando se ha humillado tanto, se ha ofendido tanto, se ha asesinado a tantos.

Hay una cuarta circunstancia de la que Tatiana se siente orgullosa: Riga, otra ciudad devastada, otra ciudad reconstruida. Yolanda dice ver dos ciudades, una para los residentes y otra para los turistas, de pequeños palacios y falsos empedrados en la que brillan las cúpulas y las fachadas color pastel. No tengo un recuerdo preciso, pero sí de las calles deterioradas, los portales derruidos, el polvo —es pleno verano—, el humo contaminante de autobuses vencidos que se esperan indefinidamente. Nos

9 Apartamentos en los que conviven varias familias. Existían en la Rusia zarista y fueron una frecuente solución a la falta de viviendas durante la época soviética. Todavía persisten en algunas ciudades.

aventuramos por nuestra cuenta por una larga calle en la que vamos viendo cómo desaparecen los signos de lo que Yolanda llama la ciudad de los turistas y aparecen ruinosos locales comerciales y edificios dilapidados. Avanzamos un buen trecho hasta que empezamos a observar que hay menos gente, más descampados y esquinas solitarias, en fin, esa sensación de peligro que los venezolanos conocemos mejor que nadie. Queremos ser prudentes y damos la vuelta para regresar a la ciudad de los turistas. El centro tiene varios anillos de bulevares y jardines, paseamos por uno cuyo nombre no recuerdo, ni creo haber sabido, pero es hermoso y muy concurrido por familias, novios, ancianos; sin embargo es obvio que el turismo turbio prospera. ¡Las muchachas de Riga, prostituirse por nada cuando son tan bellas!

Al día siguiente Tatiana nos deparaba una sorpresa. Riga es uno de los lugares de Europa con mayor número de edificios modernistas, tema en el que ella es especialista como licenciada en arte. A fines del siglo XIX fue una importante ciudad del Imperio ruso y en los primeros años del siglo XX se construyeron tantos que un tercio de los edificios de viviendas particulares del centro de la ciudad son muestras de esa arquitectura. Ignorantes de esto recorrimos con asombro varias calles que muestran una extraordinaria colección de edificios *art nouveau*; quizás los más famosos sean los construidos por el ingeniero Mikhail Eisenstein, padre del cineasta Sergei Eisenstein (1898-1948), este último nacido en Riga.

Por la tarde estaba programada una visita a los espacios interiores del Teatro de la Ópera que decidimos sustituir por el Museo de la Ocupación (1940-1991). El propósito es similar al Museo de las Víctimas del Genocidio de Vilnius, pero varios detalles los diferencian; interpretarlos requiere un conocimiento de la historia de

estos países que desde luego no tenemos. Comenzando por el nombre. En el primer caso se dice expresamente, *víctimas*; en el segundo, *ocupación*. Se desprenden matices entre crímenes e invasiones. Otro asunto diferencial es la locación. El de Vilnius es un edificio histórico tomado por la KGB; el de Riga es una construcción soviética erigida en 1971 por la conmemoración del centenario de Lenin. Y en tercer lugar, el despliegue expositivo. Si bien ambos museos tienen fines didácticos, en el de Vilnius el acento está puesto en la crueldad de los victimarios y en el de Riga en las ocupaciones militares, que son bastante similares en ambos países. El caso es que ninguno de los países bálticos fue verdaderamente independiente hasta 1991. Durante siglos fueron dominados por otros (Polonia, Suecia, Alemania) hasta que en el siglo XVIII pasaron a ser parte del Imperio ruso. Después de la revolución bolchevique en 1918 se independizaron hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando fueron ocupados por los soviéticos, luego por los nazis, y de nuevo por los soviéticos, que en 1945 los anexionan a la URSS y los declaran repúblicas socialistas soviéticas. Por qué la ocupación rusa zarista es diferente a la ocupación rusa soviética no es fácil de entender para el neófito, pero solo la segunda es el objeto de estudio de la exposición. En cualquier caso el museo tiene una importante colección de filmes, fotos, objetos, y datos acumulados para la información del visitante y son parte de la vocación de que el pasado no quede borrado.

Los días son largos en el verano boreal y nos sobra tiempo para acercarnos a la orilla del Daugava que perfila la ciudad y desemboca en el golfo de Riga. Cruzado por varios puentes el más elegante es el Vanšu, un puente atirantado frente al cual tomamos unas fotos. De diciembre a abril está helado, pero en los meses de verano

hay un servicio de lanchas que hace el recorrido de un tramo del río. Una hora, un dólar. No lo dudamos. Los pasajeros son en su mayoría locales, novios que desafían el viento, una madre con una niña a la que no deja de fotografiar con una vieja cámara automática, provincianos que han venido de visita a la capital (es sábado) y no esconden su asombro por las vistas, y en la proa dos muchachas vestidas a la «moda» (según los criterios poscomunistas de la moda) ríen como si quisieran alcanzar el mar que desde la lancha no se puede ver. La embarcación da la vuelta y desde la orilla unos niños que han encendido un fuego nos dicen adiós.

Cuando regresamos al hotel Jackie nos dio la noticia de que no había sido posible conseguírnos la visa para Estonia. En compensación la agencia nos canjeaba los días en Tallin por unos días en Helsinki, a donde de todos modos teníamos que ir para volar desde allí a San Petersburgo, el final del viaje. Aun así, Jackie insiste, es posible que allí podamos lograrlo, alguien de la agencia nos acompañará al consulado de Estonia. Aterrizamos después de un cortísimo vuelo y el viaje a Tallin pierde importancia. Al día siguiente efectivamente nos llevan al consulado y recorremos una boscosa zona residencial mientras Marjuka nos habla de la ciudad. Están preocupados por las inundaciones que se han producido en Praga y Dresde, el calor parece ser una de las causas, y en Finlandia la temperatura está alcanzando los veinticuatro grados y no debería pasar de diez y nueve o veinte. También comenta que han tenido que deportar a muchos emigrantes rumanos y «trashuman-tes»; también reciben bálticos, pero esos no les preocupan sino la gente de mucha «movilidad» (no quería decir gitanos, suponemos). Después de un buen rato de espera, el empleado de la oficina de visas nos dice que para concedérnosla, además



del costo de los servicios consulares, debemos comprar un seguro, y agrega que todo el proceso tardará un mes. Un seguro para 48 horas, a un precio absurdamente caro. Corrupción o burocracia, da lo mismo, conocemos ambos problemas. Desistimos y decidimos disfrutar de Finlandia.

Probablemente ya no sea así puesto que algunos países poscomunistas, especialmente los bálticos, han alcanzado cifras excelentes económicas y de desarrollo humano desde su incorporación a la UE en 2004, pero en 2002 era inevitable sentir la diferencia con los países de economía de mercado. Algo en el modo de vestir, en las tiendas, en las calles, en las viviendas, que es difícil definir. Lo cierto es que una vez en Helsinki se siente un mundo diferente. El idioma es igualmente impenetrable pero la mayoría de la gente, y no necesariamente relacionada con turismo, habla inglés. La ciudad es amable y tiene lugares interesantes de arquitectura y diseño. En un cine con el curioso nombre de Andorra, situado en una zona bastante oscura, pudimos ver *El hombre sin pasado* (2002) de Aki Kaurismäki, que había ganado recientemente el premio de la crítica en Cannes, y era el propietario de la sala, pero lo que parecía como un regalo de iniciación para nuestra exploración fue la muestra titulada «Realismo socialista. La gran utopía. Arte de la Unión Soviética de 1930 a 1960», expuesta en el Valkoinen Sali, la sala del Museo de la Ciudad donde tienen lugar las exposiciones de verano. La colección contenía sesenta piezas (todavía me arrepiento de no haber adquirido el catálogo) de cuadros de pintores célebres (Alexander Deineka, Aristarkh Lentulov, Martiros Saryan, Ilya Mashkov, Pyotr Konchalovsky y Kuzmá Petrov-Vodkin); dibujos, carteles, afiches y objetos varios de cristal y porcelana, provenientes del Museo Estatal Central de Historia

Contemporánea de Rusia. Las obras pictóricas y gráficas eran la representación visual de lo que André Gide describió en su mencionado libro *Regreso de la URSS*, y que tantos sinsabores le trajo. Una suerte de paraíso proletario, de campos benévolo cultivados por hermosos y saludables campesinos; fábricas productivas en las que trabajan alegremente prósperos obreros; ciudadanos satisfechos que se desplazan en el metro, y sobre todo Stalin como padre bondadoso que sonrío a los niños.

Un comentario sobre el realismo socialista. El propósito de esta corriente artística era inicialmente expandir la conciencia, dar a conocer los problemas sociales, y abrir la expresión artística y literaria a las clases proletarias y campesinas para que fuesen representadas y no ignoradas como en épocas anteriores. El muralismo mexicano es heredero de este planteamiento. «La vanguardia artística y la vanguardia política a veces han soñado con una aventura en común con vistas a la misma liberación... La alianza de las dos vanguardias surgió de un malentendido y de circunstancias excepcionales» —dice Raymond Aron citado por Tzvetan Todorov\*. Varios de los artistas representados en esta muestra que vimos en Helsinki formaron parte del grupo vanguardista La Sota de Diamantes, fundado en Moscú en 1909 y activo hasta 1917, al que también pertenecieron Malévich y Natalia Goncharova, y después Lentulov, Mashkov y Konchalovsky. La vanguardia rusa, que fue un ideal humanístico, terminó por convertirse en arte doblegado, en manifestación a favor de un régimen político y de una dominación ideológica. Voluntaria o involuntariamente los artistas fueron plegándose al estalinismo obligados a expresar sus creaciones en el estilo del realismo socialista, es decir la descripción de las luchas y conquistas del proletariado; de lo contrario les esperaba la deportación y la muer-

• Tzvetan Todorov, *El triunfo del artista*. Galaxia Gutenberg, 2017, p. 6.

te, y en el menor de los casos la censura y la desaparición de la memoria nacional. Muy ejemplar de esta tragedia es el filme *Afterimage* (2016), estrenado pocos meses antes de la muerte de su director Andrzej Wajda. Es un homenaje al artista polaco de origen bielorruso Wladyslaw Strzeminski (1893-1952), quien después de haber sido el artista de su país más reconocido internacionalmente, y maestro de nuevas generaciones, murió en la miseria porque su negativa a doblegarse ante el estalinismo impuesto en Polonia, a partir de 1948, le valió la expulsión del sindicato de artistas, y sin el carnet del sindicato no se podían adquirir alimentos ni medicinas.

El sistema de artistas y escritores sindicalizados se copió en Cuba con bastante éxito, no así en Venezuela. Nuestro futuro, visto desde el pasado soviético, no concluyó de la misma manera en este terreno. Artistas y escritores doblegados seguramente los ha habido (aunque se me vienen a la mente varios nombres no me gustan las listas). Doblegados diría que en muchos casos por su propia ideología y su propio resentimiento, no por la represión, y desde luego por las dádivas de un gobierno más populista que ninguno. Encarcelados y torturados, no sé de nadie. Silenciados o exiliados algunos. Caso muy distinto es el de los periodistas que han sufrido todo lo anterior. Lo que distingue la revolución venezolana no son las grandes obras y museos al servicio del régimen ni los proyectos culturales a los que era necesario sumarse sino, por el contrario, la destrucción y deterioro de lo existente, y una estética degradada que invadió las instituciones culturales, progresivamente abandonadas de recursos y desmanteladas en la absoluta ignorancia de la tradición de las manifestaciones artísticas y literarias, y finalmente concluye en la diáspora de buena parte de los actores culturales.

Volvamos al viaje. El avión sobrevuela en una hora el golfo de Finlandia y aterrizamos en San Petersburgo (antes Leningrado y antes Petrogrado) a media tarde. La primera impresión fue de caos. Los pasajeros de los distintos vuelos se agolpaban en unas enormes escaleras antes de llegar a las taquillas de inmigración. En eso pasamos un buen rato. Teníamos en regla los visados que habíamos obtenido en la embajada de la Federación Rusa en Caracas —no estaban estampados en el pasaporte sino en un papelito que todavía decía СССР (siglas en ruso de URSS)—, pero aun así sentíamos cierta inquietud de que algún detalle no fuera como es debido. Una inquietud innecesaria, el agente de inmigración hablaba algo de inglés y nuestros pasaportes estaban en regla. Afuera nos esperaban Olga y Dimitri, la guía y el conductor.

Olga era una joven rozando los treinta, guía experimentada pero con poca alegría y gusto por su trabajo. Sus razones tendría. Nos informó que nos llevaría directamente al hotel y que en el camino podíamos ver de lejos la catedral Smolny y el Instituto Smolny, antigua escuela para las jóvenes de la nobleza que después sirvió para muchos otros fines. También nos señaló la isla Vasielievsky, pero francamente demasiado lejana para que la vista pudiera alcanzarla. El trayecto del aeropuerto al centro es largo, más de una hora, no tanto por la distancia sino por el tráfico de una ciudad de cinco millones de habitantes. Recorrerla a pie es imposible; es la grandiosidad de las proporciones de San Petersburgo, el majestuoso trazado de la ciudad, quien responde de lo que los rusos habían sido (o quizá siguen siendo). En algún momento Olga, muy parca en alusiones personales, comentó que por la disolución de la URSS «perdimos muchos países». Una visión imperial sin duda. Pero es que

habíamos llegado al corazón del Imperio. Aquí nada de odios y resentimientos, ni víctimas ni genocidios. Aquí una historia de triunfos. El relato cambiaba.

Una vez en el hotel Olga se ocupó de que todo estuviera en orden con los trámites de la recepción y se despidió hasta el día siguiente. Quedaba un buen rato de luz así que salimos y paseamos por la Perspectiva Nevsky. Iba a agregar que es la más impresionante de la ciudad, pero me corrijo. San Petersburgo impresiona continuamente, y una perspectiva va dando lugar a otra. Probablemente fue la calle del arquitecto de origen italiano Karl Rossi (1775-1849) la que más nos asombró por la proporción de los volúmenes en sus edificios de colores pasteles, muy típicos rusos. La cantidad de museos, parques, plazas, monumentos, palacios y lugares visitables excede las posibilidades de cualquier viajero. Nos limitamos a algunas de las joyas más renombradas que, además, compiten con la multitud de turistas durante el verano, lo que obliga a largas colas para el acceso. Estuvimos, por supuesto, en Tsárkoye Seló (en ruso, villa de los zares, por ser la ciudad donde veraneaba la familia imperial). Hoy lleva el nombre de Aleksandr Pushkin (1799-1837) en homenaje al gran poeta nacional que vivió allí de 1811 a 1817. También fue el lugar de infancia de la poeta Anna Ajmátova (1889-1966). Cuando nos acercábamos al palacio de Catalina I una melodía nos resultó familiar. Una pequeña banda interpretaba la versión rusa de *Gloria al bravo pueblo*. Es usual, nos dijo Olga, y hay que darles una propina. Así lo hicimos. También visitamos el palacio Yusupov, donde tuvo lugar el asesinato de Rasputín. Si se quiere ver una muestra del lujo oriental ruso, este es el lugar; aparte de que la atmósfera literaria que envuelve la sala donde ocurrió el envenenamiento es extraordinaria. A la salida, Olga nos indicó un café cercano,

que adjetivó como literario (ya para ese momento sabía que éramos escritoras) y allí nos tomamos un té.

San Petersburgo no es solo una ciudad histórica, el poscomunismo ruso despliega un mundo híbrido en el que frente a las fachadas de los edificios decimonónicos se despliegan las vitrinas de las tiendas más caras, los automóviles y limusinas más lujosos, los restaurantes de precios más extravagantes, para una élite con guardaespaldas que en Venezuela llamaríamos *boliburguesía* y en Rusia se conoce como *oligarquía*. Ese mundo híbrido es fácilmente reconocible para quien viene de Venezuela. En la Perspectiva Nevsky nos llamaron la atención unos muchachos sentados en la acera rodeados de gatos, a quienes los pasantes dejaban unas monedas. Olga nos tradujo el letrero escrito a mano sobre un cartón: «Somos unos gatitos huérfanos, danos algo de comer». Esto nos llevó a indagar algo más sobre la vida ordinaria. Una casa vieja, dice Olga, significa miseria. Son los más pobres los que viven en los céntricos y elegantes edificios decimonónicos que bordean el Neva, grandes apartamentos que fueron viviendas comunales que todavía para 2002 eran frecuentes. Espacios compartidos y cedidos por el Estado para una inmensa población sin techo propio. Le pedimos a nuestra guía salirnos un poco de la rutina de visitas históricas para ver barrios residenciales. Lamentablemente no recuerdo los nombres pero atravesamos zonas donde se han asentado los nuevos ricos (nunca mejor dicho) y zonas en las que siguen en pie las *kruschovkas*, las viviendas unifamiliares en edificios de media altura construidas durante la era de Nikita Khrushchev entre mediados de los años cincuenta y sesenta. Muy satanizadas por la crítica occidental no se distinguen demasiado de lo que en Estados Unidos llaman *housing projects*, y

en Venezuela «superbloques». Es decir, soluciones habitacionales que parecen haber sido construidas con bastante mejor calidad que los edificios de la Gran Misión Vivienda<sup>10</sup> porque están en pie hace más de sesenta años. Nuestras conversaciones durante estos recorridos dieron lugar a que Olga se interesara por el extraño país del que proveníamos y quiso saber en qué tipo de viviendas residíamos. Por alguna razón mencionamos el condominio, y este concepto le resultó incomprensible. No podía entender que los propietarios de un apartamento tuviesen que pagar gastos comunes. Y nosotras tampoco podíamos entender su desconcierto. Sin duda lo que más le causó asombro fue saber que en Venezuela siempre es verano (asombro y envidia, creo). No recuerdo por qué mencionamos los Lada, aquellos automóviles rusos que se veían en Caracas en los años noventa, y esto la dejó más sorprendida todavía. Los Lada, tan escasos en Rusia, tan inalcanzables, habían llegado a Suramérica y con precios relativamente ventajosos. No sé qué diría Olga hoy, pero con seguridad Venezuela debe ser un país más conocido con relación al año de aquel viaje.

Hicimos un breve trayecto en el metro, que si bien no es tan impresionante como el de Moscú, tampoco es cualquier cosa. Mueve más de 750 millones de personas al año y cuenta con un gran número de estaciones que son museos bajo tierra. Nos hubiéramos sentido inseguras de montarnos solas, los trenes viajan a alta velocidad, se detienen en el andén por instantes y los nombres de las estaciones están escritos en alfabeto cirílico. Toma su tiempo buscar la equivalencia en alfabeto latino. A la salida nos esperaba Dimitri y pasamos en automóvil frente a la plaza Moskovskaya en la que puede verse una enorme estatua de Lenin, como siempre con la levita y señalando hacia el porvenir (veríamos muchos más lenines

<sup>10</sup> Creada en 2011 para adjudicar viviendas sin título de propiedad y en uso por dos generaciones.

en el futuro). Hice una tonta comparación con las ciudades que habíamos visitado previamente, seguida de un comentario imprudente, «¿por qué aquí se conserva la efígie que había sido borrada en otros países socialistas?». «Porque es nuestra historia», contestó orgullosa Olga. Creo que fue en ese mismo recorrido cuando pasamos frente a la imponente plaza de la Victoria en la que destaca el colosal obelisco con las fechas de la Gran Guerra Patriótica, 1941-1945, y el conjunto escultórico de los héroes defensores de Leningrado que representa obreros y soldados y algunas figuras femeninas. Así como en los países que visitamos antes el tema recurrente es la invasión y el genocidio, en la URSS es la Gran Guerra Patriótica. Para los soviéticos la guerra ocurrió entre 1941 y 1945, es decir, a partir de la invasión nazi en la operación Barbarroja que Hitler desencadenó para apoderarse del frente oriental. La guerra no fue «mundial», como se denomina en Europa, sino germano-soviética, y patriótica porque lucharon en defensa del Estado soviético.

En la visita a la catedral de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, tumba de los Romanov, Yolanda preguntó por la reacción de la gente cuando en 1998 se efectuó el traslado de los restos del último zar y su familia. A nadie le importó, dijo Olga, la gente tiene demasiados problemas como para pensar en los zares. Cierto. Preguntamos qué problemas y Olga se extendió con prudencia: los servicios médicos no eran muy buenos, el creciente alcoholismo hacía estragos en los jóvenes. Nos recomendó que si queríamos beber o comprar vodka tuviéramos cuidado en dónde lo hacíamos porque con frecuencia era adulterada. No sé cuáles serían sus propios problemas ni de que tuviera planes de emigrar, aunque comentó que hablar inglés abría puertas. Sí recuerdo un breve momento personal que compartió con noso-

tras. Antes, cuando era niña, asistía a clases de danza en el *komsomol*; y también la mención de su abuela que sobrevivió al sitio de Leningrado. No sé si lo dijo pero entendimos el subtexto, somos gente resistente, acostumbrados a la dureza y al frío. Y hemos sido buenos comunistas.

El río Nevá y sus canales se congelan por varios meses en invierno de modo que la circulación de barcos se detiene y los muchos puentes levadizos no se abren. Cuando se descongelan, entre cierta hora de la noche y de la mañana, no es posible acceder a algunas zonas de la ciudad que quedan aisladas mientras el puente se levanta para permitir el tráfico de las embarcaciones. Una tarde hicimos un paseo a solas por el Fontanka, uno de los canales más famosos. Los pasajeros eran sin excepción rusos y la guía hablaba por un micrófono para describir lo que íbamos viendo. Sentados en bancos de madera en una barcaza descubierta, reían y sobre todo tomaban cerveza Corona. De pronto logré reconocer una palabra, *Ajmátova*, y recordé haber leído en alguna parte que su antigua vivienda, una *kommunalka* frente al Fontanka, se conservaba como museo. Comenzó entonces un diálogo de locos. Me dirigí a la mujer del micrófono diciendo *Ajmátova* y señalando los edificios, en la pretensión de que me contestara en cuál de ellos estaba el museo. Ella repetía afirmando con la cabeza, *Ajmátova*, y los señalaba también. Todos se reían. Estaban muy contentos de que yo dijera aquel nombre, *Ajmátova*, *Ajmátova*, pero pensaban que eso era lo que yo quería expresar, que conocía el nombre. Después de varios cruces de la palabra *Ajmátova* desistí y tampoco encontré dónde había leído lo de la vivienda museo, así que me quedé con la seguridad de que habíamos pasado frente a ella pero nunca la conoceríamos.

Quizá fue esa misma tarde cuando descubrimos que detrás del hotel estaba la plaza de las Artes, en la que puede verse un esbelto monumento al poeta Aleksandr Pushkin. Alrededor se sitúan la sede de la Filarmónica y el teatro Músorgski de ópera y ballet. Probablemente olvido alguno, pero sin duda recuerdo el Museo Estatal Ruso, alojado en lo que fue el palacio del príncipe Mijaíl, también obra del arquitecto Rossi; contiene la más impresionante colección de arte ruso que pueda suponerse, desde los íconos medievales hasta Malévich. En la contemplación del cuadro *La carga de la caballería roja*, Yolanda se detuvo un largo rato sin saber que ese cuadro desencadenaría su libro *21 caballos*\*. No tumban las estatuas de Lenin, pero tampoco los palacios de los duques y emperadores. Hay un sentido de la historia. En el parque frente a la estatua de Pushkin unos recién casados rodeados de familiares y amigos se tomaban fotos. Es una costumbre que vimos muchas veces, los novios buscan un emplazamiento emblemático para perpetuar el recuerdo de la boda.

El último día fuimos a Pavlosk para visitar el palacio de Pablo I. De vuelta almorzamos en el restaurante Podvorye, un típico lugar para turistas con comida y música tradicional, cosacos y *Kalinka* incluidos, abarrotado de visitantes locales, entre ellos un enorme grupo de turistas portugueses que bebían y cantaban a todo dar. Por cierto, el menú incluía un plato llamado Vladimir Putin. Se hizo tarde y de allí debíamos seguir directamente al aeropuerto. Cuando llegamos, Olga nos dijo que solo podía acompañarnos hasta la puerta de control de pasajeros y que tomáramos en cuenta que seguramente habría mucha gente. Nos despedimos y entramos en una sala en la que había algo más que «muchas gente», cientos de per-

\* Yolanda Pantin, *21 caballos*.  
La Cámara Escrita, 2011, p. 26.

sonas se apretaban unas contra otras. Frente a la puerta un soldado iba llamando a los viajeros, miraba el pasaporte y los dejaba pasar a la siguiente sala. Vimos la hora con preocupación. Al ritmo que se sucedían las cosas perderíamos el avión a Amsterdam y en consecuencia la conexión a Caracas. Yolanda, le dije, nosotras somos venezolanas. Sabemos lo que es colearse. Ya lo habíamos puesto en práctica en el Hermitage. Parte de los servicios de Olga era darnos una señal, concertada con alguien, para que avanzáramos impunes sobre la multitud de personas que esperan entrar en uno de los museos más famosos del mundo y peor apreciados también. Una vez adentro los visitantes están obligados a avanzar sin casi detenerse a ver las obras, y está completamente prohibido retroceder a la sala anterior, sin contar con la cacofonía de múltiples voces simultáneas en seis o siete idiomas diferentes de los guías. Así que en el aeropuerto, sin decir más nada, nos movimos en dirección al soldado sin respetar turnos, que tampoco es que los hubiera, y a empujones y ruidamente logramos atravesar la puerta. Algunos nos miraban con sorpresa y otros se quejaban pero estábamos decididas a subirnos a aquel avión. Y lo logramos. Una vez del otro lado del soldado entramos en una sala de espera normal y todo transcurrió como es usual en los aeropuertos.

**SEGUNDO VIAJE**

27 DE MARZO - 13 DE ABRIL 2005



Drăcula. Sighișoara, Rumania

Pe această casă a trăit  
canta și prin 1431-1435  
domnitorii Țării Moldovei  
**VLAD DRACUL**  
fiul lui  
Măcelarișul Ștefan

1st Floor. 1st Stage.  
**RESTAURANT**  
**Casa Vlad - Dracul**  
☆☆☆  
Terasa interioară

  
Pachet bar

Tokaj (Hungria)  
Maramures - Suceava  
Sighișoara - Sibiu (Rumania)  
Eger - Budapest (Hungria)  
Viena (Austria)  
Praga (República Checa)

El primer cruce del ex «telón de acero» nos había dejado sedientas y comenzamos a planear un segundo viaje. Teníamos dos amigas, Yamelis, que trabajaba en Viena, y Verónica, que habían insistido en que pasáramos unos días allí. Una gran oportunidad. Inicé entonces el proceso de convencer a Verónica de que los monasterios pintados de Bucovina valían la pena del viaje a Rumania (que por sí mismo no la entusiasmaba demasiado) y tuve éxito. Con la ayuda de sus colegas rumanos, Yamelis montó el circuito, ajustamos fechas, y después de unos días en Viena salimos en automóvil en dirección a Hungría.

Nuestro primer destino era Tokaj, cerca de la frontera rumana, y después de unas seis horas de viaje a través de llanuras y pueblos desolados, pero con buenas carreteras y autopistas, llegamos allí. Lo más urgente era buscar dónde pasar la noche, y costó trabajo porque en Tokaj solo hablaban húngaro. Finalmente logramos identificar algunas casas que alquilaban habitaciones y por señas nos entendimos con una de las dueñas y conseguimos alojamiento. Acto seguido salimos en busca de un bar donde probar los famosos vinos Tokaj y eso sí fue fácil encontrarlo. Elegimos Rakoczi Pince, una bodega de cata muy famosa frente a la estatua de Baco, ícono de la ciudad. A nuestras amigas no les gusta pararse en ruta y saltábamos el almuerzo. Yolanda y yo decidimos que en vez de quejarnos era mejor aprovechar

las paradas para poner gasolina y comprar unos sándwiches de cajita y jugos. Por la noche todas teníamos hambre y encontramos un restaurante de gastronomía local, bastante solitario, que nos gustó mucho; aquel lugar me parecía el que frecuentaba el joven Törless en el film de Schlöndorff (1966). Luego paseamos por las calles medievales y tomamos fotos. Se nos hizo tarde y al día siguiente nos esperaban trescientos kilómetros hasta los Maramures, la región septentrional de Rumania.

Cruzamos la frontera por Satu Mare sin ningún problema. Hoy en día, con los cierres de frontera que ha impuesto el gobierno de Orbán, es posible que se hubiera complicado, pero en aquel momento lo único que ocurrió fue el cambio de paisaje. Dejamos las llanuras húngaras para escalar montañas nevadas y entramos en un escenario que parecía un documental de los años cuarenta. Comenzaba a verse la pobreza. Las carreteras casi sin asfaltar ni tráfico de automóviles (no vimos ni uno), cruzadas por carretas tiradas por caballos (modo básico de transporte de la zona) y cargadas de heno, y arriba de los montones de heno dos o tres hombres sentados, y quizás algún niño, usando sus tradicionales gorros de lana de oveja. En las orillas de la carretera las mujeres con sus pañoletas nos miraban o simplemente seguían su camino. Sin embargo descubrimos algo excepcional que nos hizo detenernos varias veces para registrarlo. En muchas de las puertas de las casas los campesinos habían realizado un trabajo artesanal de decoración, a veces con motivos religiosos, otras simples dibujos geométricos sobre la madera, y también motivos vegetales que parecían representar los únicos momentos de belleza o de alegría en aquel entorno sombrío. Seguramente en los meses de verano la luz lo deja ver de otra manera, pero a fines de marzo el invierno no había terminado de

irse y el barro de las lluvias y de la nieve derretida bajo unas nubes grises eran los tonos predominantes.

Los colegas rumanos de Yamelis le habían advertido que la zona de los Maramures era una región pobre y de poco turismo (quizás hoy haya cambiado), de modo que sería difícil que consiguiéramos una pensión decente, y desde luego imposible pensar en un hotel. Recomendaron, y con mucho acierto, que nos alojáramos en posadas rurales, que ofrecen habitaciones con la cena y el desayuno incluidos, ya que en la zona no había tampoco restaurantes ni ventas de comida. Pasamos la noche en la casa de un matrimonio jubilado, ambos profesores de secundaria, y según Verónica ambos comunistas. Era ella quien conversaba, ya que hablaban alemán como segunda lengua. Yamelis, agotada de manejar tantas horas, no tenía ganas de hablar, y Yolanda y yo nos limitamos a sonreír y disfrutar de la cena que nuestros anfitriones dispusieron con mucha generosidad, pero que no podría describir porque la gastronomía de estos países me parece muy difícil de particularizar y siempre tengo la impresión de que no sé lo que me estoy comiendo o que estoy comiendo siempre lo mismo. La casa estaba en excelentes condiciones, y como ya los hijos no vivían con ellos disponían de dos amplias habitaciones en la planta alta para alquiler. El pueblo se llama Vişeu de Jos, dimos muchas vueltas hasta encontrarlo en medio de cualquier carretera.

Cuando nos aproximábamos a la zona se descubrió que Yamelis tenía una agenda oculta, como es frecuente que le suceda a quien lleva el volante. Le habían hablado de un monasterio de monjas ortodoxas muy famoso que no debíamos dejar de visitar. Es el monasterio de Barsana, Patrimonio de la Humanidad de la Unesco,

pero en aquel momento no sabíamos ni el nombre, así que el GPS no era de ayuda, en el improbable caso de que aquellas carreteras estuvieran digitalizadas. Simplemente buscábamos un monasterio por caminos sin señalizaciones, sin tráfico ni de vehículos ni de peatones, siguiendo una ruta que giraba sobre sí misma. En las poblaciones algunas viviendas estaban parcialmente construidas con cemento y ladrillos pero una vez adentrándonos en los tortuosos caminos interiores todas las casas estaban hechas de madera. Vimos muchas carretas que transportaban troncos, una de las pocas riquezas de la zona, los bosques amenazados por la tala. Atravesamos caseríos surcados por riachuelos engordados por el deshielo, y las casas arracimadas en sus orillas me hicieron recordar los *Shtetl*. Me parecía que así debieron ser. Seguíamos dando vueltas con la sensación de que marchábamos en círculo y comencé a impacientarme y a sugerir que desistiéramos; seguramente habría otros monasterios en el camino, pero Yamelis no estaba dispuesta a ceder, y de pronto, allí estaba, imponente, el monasterio de Barsana. En realidad un conjunto monástico compuesto por una iglesia principal construida en el siglo XVIII y varios *gazebo*s emplazados en una extensión bastante grande, asfaltada y adornada con pequeños jardines. De vez en cuando cruzan los senderos las monjas que se dirigen a sus tareas sin alzar la vista ni hablar con los visitantes. Nos detuvimos un buen rato mirando a una joven monja rezar frente a los íconos de una de las capillas. Lo más característico de su construcción es que ha sido realizada toda en madera, sin clavos ni uso de herramientas eléctricas. Valió la pena el empeño de la búsqueda.

Al día siguiente salimos muy temprano porque nos esperaba una jornada larga hasta la región de Bucovina en busca de los llamados monasterios pintados. No

eran más de doscientos kilómetros desde donde nos hospedábamos, pero el mal estado de las carreteras no permitía superar los cuarenta o cincuenta kilómetros por hora, y a veces menos. Los monasterios son en general pequeños, más bien parecen capillas, y lo que los convierte en huellas únicas de los siglos XVI y XVII es que están íntegramente cubiertos por frescos exteriores que relatan pasajes bíblicos en el estilo bizantino. Componen una ruta de unos doce monasterios de los que visitamos tres o cuatro; el más llamativo sin duda es el de Voroneţ. Los cuidan las monjas ortodoxas, y aunque sobrevivieron a la política antirreligiosa soviética nada pueden contra la erosión que va haciendo desaparecer las pinturas exteriores lenta pero inexorablemente. En el recorrido se veía muy poca gente, de nuevo carreteras solitarias cruzadas por carretas y pastores de ovejas, hasta que llegamos al de Dragomirna. Es un complejo grande, con varias capillas y un museo, y atrae más turismo; en rigor no pertenece a los pintados porque fue edificado posteriormente como fortaleza frente a las invasiones otomanas y está construido en piedra. En este monasterio viven más de sesenta monjas, además de las novicias, que como en el resto de las comunidades se dedican a la agricultura y cuidado de los monasterios. Aquí se produjo un suceso inolvidable.

Yolanda con más frecuencia de la deseable acostumbra a tomar fotos del paisaje humano, y solo a veces pide permiso. De pronto un grupo de novicias pasó frente a nosotras y ella levantó la cámara para fotografiarlas. Lo cierto es que una de las monjas la vio y agitando amenazadoramente las manos prorrumpió en insultos. Qué decía, no lo sabemos, pero estoy segura de que eran maldiciones; dimos por terminada la visita a toda prisa. Años después el director rumano Cristian Mungiu

filmó *Más allá de las colinas* (2012) basada en un hecho real ocurrido ese mismo año 2005; una novicia acusada de posesión murió a causa de la crueldad del ritual exorcista al que fue sometida por el pope y las monjas de la comunidad de Tanacu, no muy lejos de los monasterios pintados. Así que visto en retrospectiva no me sorprendería que aquella cámara escondida de Yolanda fuese para la monja de Dragomirna un instrumento diabólico. Por cierto, no debe confundirse el filme de Mungiu —palma de oro del festival de Cannes por el guion— con *La crucifixión* (2017) del francés Xavier Gens ni con *La monja* (2018) del inglés Corin Hardy, quienes dan a sus películas un tratamiento de género de terror macabro.

Yolanda registró que pasamos la noche en Gura Humorului, una pequeña ciudad en la región de Suceava, y recuerda que desde la casa donde nos hospedamos se escuchaba el paso de los trenes. Llegamos después de nuestra accidentada visita al monasterio de Dragomirna, siguiendo una carretera en malas condiciones como todas en aquel momento, que bordeaba un río, y esquivando las carretas y las ovejas mientras dejábamos atrás algunas fábricas, la mayoría abandonadas. Una vez en la población en la que pretendíamos dormir, la búsqueda de alojamiento se hizo difícil; volvimos a las recomendaciones que le habían dado a Yamelis, pero los hoteles o pensiones o lo que fueran (incluyendo las que parecían casas de citas) eran desalentadores. De pronto vimos un letrero que anunciaba habitaciones y el lugar nos pareció ligeramente superior a lo que veníamos encontrando y decidimos quedarnos porque se estaba haciendo tarde y estábamos cansadas.

Era una casa que seguramente conoció mejores tiempos, en el estilo de lo que me imagino como casa burguesa en una pequeña ciudad del norte de Rumania, de



dos plantas, con grandes ventanales cubiertos por pesados cortinajes que no tratamos de abrir, con pisos de madera que crujían, y muchas habitaciones de camas grandes con colchones húmedos y vencidos. Conversé un poco con la que supongo era la dueña, una mujer que pudo ser hermosa, pero ahora mostraba unos oscuros ojos hundidos y una apariencia ajada y sombría. Hablaba francés como segunda lengua, y creo recordar que mencionó que había sido profesora, pero no se sentía inclinada a dar detalles sobre sí misma. Nos daría desayuno pero no tenía nada para cenar, así que salimos en busca de algún lugar donde comer algo y encontramos un único establecimiento abierto en el que éramos las únicas comensales. Apenas si habíamos almorzado y me comí unas salchichas que era la única opción que me pareció entender de una carta que ofrecía muchos platos que no había. Verónica se empeñó en pedir un vino de la región, supongo que un Moldava, intomable.

A la mañana siguiente nuestra anfitriona nos ofreció café y un huevo duro por persona, y nos despedimos en ruta a Sighișoara en Transilvania. Unos trescientos kilómetros en un viaje de cerca de seis horas, porque sin saberlo habíamos tomado una carretera que nos llevaría a atravesar la Garganta de Bicaz, en los Cárpatos orientales, un desfiladero sobrecogedor y al mismo tiempo magnífico. Son paredes de trescientos metros atravesadas por una estrecha carretera y al fondo el tumulto del río Bicaz. Por suerte había muy poco tráfico y sobre todo Yamelis es una estupenda conductora, era cuestión de entregarse sin pensar en los despeñaderos y disfrutar el escenario. En alguna parte nos detuvimos para tomar fotos en la nieve. La carretera asciende unos mil metros y al llegar a la cúspide apareció el Lago Rojo como una visión. El paisaje se hizo amable y comenzamos un suave descenso hasta

Sighișoara, donde por fin pudimos descansar en un hotel sencillo y cómodo, Casa cu Cerb (Casa del Ciervo), en el centro histórico medieval. Al lado está el restaurante Casa Vlad, donde se dice que nació Vlad Tepes en 1431. Para nosotros el conde Drácula es Bram Stoker, Nosferatu, Christopher Lee, Coppola, pero en Rumania es un príncipe de Valaquia que resistió contra la invasión otomana en el siglo XV y murió en Bucarest en 1476.

Transilvania tuvo un importante asentamiento de sajones durante el siglo XII y la ciudad refleja ese estilo gótico y germano, muy diferente a los otros lugares que veníamos recorriendo. En esta región germano hablante nació la escritora Herta Müller. Una pieza importante de Sighișoara es la catedral luterana, conocida como la Iglesia de la Colina, a la que se accede mediante ciento setenta y seis agotadores escalones de una escalera cubierta. Por mi parte la hubiera dado por vista, pero Verónica quería llegar hasta el final y terminamos la visita en el cementerio luterano. Camino al monasterio vimos una caja con gatitos abandonados y quedó mortificada el resto del viaje por no habérselos llevado. Huérfanos rumanos. Recuerdo haber leído que había muchos perros abandonados, pero también niños, por una irresponsable política de Ceaușescu promoviendo la maternidad. Por cierto, un buen día a Nicolás Maduro se le ocurrió invitar a las jóvenes a demostrar su fertilidad. Hoy en Venezuela hay más de ochocientos mil niños dejados atrás por la emigración de los padres<sup>1</sup>, y niños abandonados en aeropuertos, basureros, calles, etc.

Salimos al día siguiente en dirección a Brasov con la intención de visitar el castillo de Bran, conocido como el castillo de Drácula, lo que no es sino una pieza

1 Según el informe presentado por Feliciano Reyna en representación de más de doscientas ONG venezolanas en la sesión del diálogo interactivo con el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, el 5 de julio 2019.

turística concebida por los lugareños. Es una fortaleza medieval falsamente atribuida al conde Drácula, pero sin duda la atribución es acertada. Responde muy bien a lo que cualquier lector de Bram Stoker haya imaginado. Es siniestro, oscuro, envuelto en brumas y rodeado de pinos nevados en un paisaje escarpado. No tiene mayor interés la visita de los recovecos de las salas que lo componen. En algún momento quedamos rodeadas por las vigilantes que nos invitaban —obligaban sería más exacto— a pasar a una habitación en la que, después de cerrar la puerta, expusieron frente a nosotras los tejidos que confeccionaban, bufandas, gorros, guantes, adornos. Compramos algunos aunque ni nos gustaban ni los necesitábamos pero luego comprobamos que, como había rivalidad con otros grupos de tejedoras, era útil tenerlos para probar que no queríamos seguir en aquella compra indeseada. Es verdad que las vendían por precios ínfimos y resultaba doloroso, si no humillante, la avidez con que se disputaban a los escasos clientes.

Cumplida la misión de conocer el castillo del vampiro, nos dirigimos a Braşov, situada a corta distancia. Es una ciudad con gran riqueza histórica, también en estilo germánico, pero la visita tuvo sus inconvenientes porque gran parte del casco antiguo estaba en reparaciones y debíamos saltar entre piedras y huecos. Sin duda comenzaba a verse una mayor prosperidad que en la región septentrional del país. De allí seguimos a Sibiu, que no teníamos interés en visitar, pero era un punto de parada antes de salir hacia la frontera húngara por el cruce de Oradea para regresar a Viena, un trayecto largo de más de siete horas. Nos alojamos en el hotel Boulevard, situado en Piaţa Unirii (Plaza de la Unión) 10. Un hotel cualquiera, de precio módico, cercano al centro. Un hotel tal cual son los hoteles reformulados

de la época soviética. Pasillos silenciosos, espacios solitarios, decoración ajada y monótona, servicio desatento. Actualmente hay muchos hoteles nuevos en Sibiu pero este sigue en pie como un establecimiento de dos estrellas al que los viajeros de Tripadvisor califican al 100% como pésimo. Verónica estaba inconforme porque le parecía una parada innecesaria y pensaba que debíamos seguir hasta Eger, pero llevábamos muchos kilómetros encima. Apenas si visitamos la ciudad, y comimos cualquier cosa antes de irnos a dormir.

Nos llamó la atención una estatua o adorno, no sabría bien cómo calificarla, captada en medio de una calle de Sibiu. La estatua, sujeta a una suerte de pedestal blanco que la mantiene erecta, representa un horrible animal con cabeza de lobo y cola de serpiente. Estaba en una calle que no puedo identificar, frente a un edificio muy deteriorado. Encuentro en internet la imagen. Al parecer esta criatura mitológica era un símbolo de los dacios, los antiguos habitantes de Rumania. Esa estela la vimos recreada en versiones modernas a lo largo del trayecto en la entrada de las aldeas. Cruzamos la frontera y atravesamos Telč hasta llegar a Eger por la tarde, visitamos un rato el centro de la ciudad, muy notable artísticamente. Coincidimos con una gran aglomeración de gente que había venido a un *rally* de motos, y por la noche cenamos en un restaurante típico con música local en vivo que resultó infernal. No sé por qué fuimos a parar allí. Al día siguiente, en marcha hacia Viena debíamos pasar muy cerca de Budapest, y como Yolanda y yo no conocíamos la ciudad pensamos que lo mejor sería quedarnos al menos un par de días; y allí nos dejaron después de que Yamelis arregló por teléfono nuestra estadía en el hotel Erszébet, en el centro de Pest.

Volvimos al tema de la reconstrucción. Frente al Danubio, que discurre en Budapest más imponente que en cualquier otra parte, era increíble pensar que todos los puentes que lo cruzan fueron dinamitados por los alemanes cuando abandonaron la ciudad ante el asedio soviético. Y cuatro años después, en 1949, ya el más célebre de los puentes, el de las cadenas, había sido reconstruido. Budapest tiene ese aire de vieja Europa que también tiene Varsovia, pero con un acento más romántico. Estuvimos en alguno de los antiguos cafés, donde la gente se sienta horas frente a una taza a leer el periódico sin que nadie aparezca a importunar, y conservo la imagen de dos hombres de los que elaboré la siguiente historia. Uno, el mayor, era un viejo profesor; el otro, un joven, su discípulo. El joven esperaba del viejo toda su sabiduría, y le mostraba sus escritos, mientras el viejo hablaba larga y lentamente desgranando toda esa sabiduría que el joven suponía. Me pareció que se reunían con frecuencia en ese mismo lugar el mismo día y a la misma hora, probablemente en la misma mesa, y que esos encuentros durarían toda la vida, es decir, hasta que el viejo muriera o estuviera demasiado viejo para afrontar el invierno fuera de casa. Siguiendo con esa fantasía romántica que ya dije me inspira la ciudad, encontramos un restaurante muy cerca del hotel, el Karpatia, estilo *art nouveau*, con una excelente comida y sobre todo con una atmósfera completamente prebolchevique.

Volviendo a la búsqueda del poscomunismo que nos había llevado hasta tan lejos, la suerte hizo que encontráramos en la mesa de los reclamos turísticos del hotel un folleto que anunciaba el Szoborpark, o parque de las estatuas. Queda algo lejos del centro y es necesario tomar un autobús que sale de Deak Ter y va directamente al lugar. Caminamos desde el hotel hasta la plaza y nos sentamos en unos

bancos junto con otros interesados, no muchos, que también esperaban. En el autobús recorrimos calles anodinas por cerca de una hora hasta llegar al parque. Al final llegamos a un terreno descampado y el autobús nos dejó frente a la entrada, diseñada como un frontispicio con triángulos en los que se disponían las estatuas en estilo cubista; a la izquierda, Lenin, a la derecha, Marx y Engels. Toda la construcción es de ladrillo rojo, a excepción de algunos bajo relieves en piedra. Una vez dentro del recinto y pagada la entrada el visitante es libre de recorrerlo a su antojo, no hay guías ni tampoco demasiados carteles explicativos. Las estatuas hablan por sí mismas. En el estilo del colosalismo soviético representan soldados, hombres del pueblo, héroes y políticos húngaros, monumentos que glorifican la liberación, la amistad húngaro soviética, y así. Muy sorprendentes son unas inmensas botas de Stalin que se exponen solitarias, el resto del cuerpo fue destruido.

Quizás lo más interesante del parque es su existencia misma. Como parte de las transformaciones políticas a raíz del colapso de la Unión Soviética se abrieron foros de discusión acerca del destino de la estatuaria pública. ¿Qué hacer ahora con tantos lenines y estálines que a muchos traían recuerdos tan amargos? La Asamblea General de Budapest consideró, el 5 de diciembre de 1991, que remover o no las estatuas era una decisión que correspondía a los ciudadanos y que debía procederse a una votación caso por caso y distrito por distrito. El comité cultural de la Asamblea General convocó un concurso para la construcción de un parque que alojara las estatuas que debían ser removidas de sus emplazamientos originales según las decisiones tomadas en las votaciones. El ganador del concurso fue el arquitecto Ákos Eleöd, y después de muchas discusiones el parque se estableció en Tetény Plateau,



Szoborpark, el parque de las estatuas soviéticas. Budapest

en un terreno ofrecido por el distrito 22 de Budapest. Unas palabras del arquitecto: «Este parque es acerca de la dictadura, pero desde el mismo momento en que es dicho, describible, y posible, entonces este parque es de pronto sobre la democracia. Solo la democracia puede darnos la oportunidad de pensar libremente sobre las dictaduras (o la democracia... o cualquier cosa).»

Después de visitar este lugar, probablemente único en el poscomunismo, regresamos al día siguiente a Viena en tren y pasamos allí unos días hasta el fin de semana en que volveríamos a viajar en automóvil con destino a Praga. Todas habíamos estado en la ciudad en distintos momentos. Yamelis iba con frecuencia por trabajo, Yolanda lo había hecho en 1996, como extensión de un viaje a Alemania para un simposio en Eichstätt, Verónica también la había visitado y yo conocí Praga todavía en la era comunista a principios de los años ochenta.

Son unas cuatro horas de viaje que se alargaron por un nuevo *impasse* de fronteras. La República Checa era miembro de la Unión Europea desde el año anterior de modo que no necesitábamos visa para ingresar, sin embargo en el pequeño puesto de aduana los oficiales no estaban al tanto y rechazaron nuestros pasaportes, que, además, eran todos distintos: rojos, vino tinto, azules, con o sin sello de la comunidad andina, de la República de Venezuela o de la República Bolivariana de Venezuela. Parecía que perteneciéramos a cuatro países distintos y eso producía mayor confusión. Yamelis discutía con el oficial y le sugería llamar al consulado de Venezuela, lo que resultaba imposible porque era sábado. Finalmente, agotado por el poder persuasivo de Yamelis, el hombre hizo alguna llamada a algún superior y logramos pasar. Nos paramos a poner gasolina y desde allí Yolanda captó la imagen

de un parque de atracciones, una suerte de Disneyworld a la checa, con dragones, castillos, magos, planetas, aviones. Pasamos por grandes vallas publicitarias, incluyendo la oferta de muchachas. La estética capitalista reinterpretada produce monstruos.

Una vez en la ciudad nos dimos de frente con masas de personas circulando por el puente Carlos y por las calles de la Malá Strana, abarrotada de tiendas de *souvenirs* y de ventorrillos de salchichas y cervezas. Una Praga muy diferente a la de mi recuerdo, con pocos transeúntes y pocas tiendas, en la que tuve que presentarme obligatoriamente en la policía para certificar mi presencia en la ciudad, los motivos de la misma, y el día de mi salida del país. Pero ese fue otro viaje. También era una Praga diferente al recuerdo de Yolanda: nieve, silencio, poca gente y estatuas como fantasmagóricas figuras negras. Nos alejamos del centro hacia el barrio judío y vimos de nuevo el cementerio y la estatua de Kafka en la que aparece como un hombrecito montado sobre los hombros de otro sin cabeza. Al día siguiente nuestras amigas debían regresar a Viena y Yolanda y yo nos quedamos una noche más porque nuestra conexión a Caracas salía desde Praga por motivos que ya no recuerdo. Huyendo de las multitudes (y eso que no era verano) nos metimos en una pequeña iglesia para asistir a un concierto de música barroca. Y así nos despedimos de Praga.

**TERCER VIAJE**

23 DE AGOSTO - 7 DE SEPTIEMBRE 2008



Esperando el tren. Ruta  
del Transiberiano

Ruta transiberiana  
10.651 kilómetros  
Moscú - Kazan - Ekaterimburgo  
Novosibirsk - Irkutsk - Baikal  
Irkutsk - Ulán-Udé (Rusia)  
Ulán Bator (Mongolia)  
Ulán-Ude - Vladivostok (Rusia)

Llegamos a Moscú el sábado 23 de agosto procedentes de Nueva York. Viajamos desde Nueva York porque la visa para Mongolia era imposible de obtener desde Caracas. Por el correo del consulado en Nueva York me contestó Och Togerel. No olvido su nombre. Le expliqué que no podíamos estar allí más de dos días y era indispensable que garantizara que podría expedirnos el visado en ese lapso. Me aseguró que sí y lo cumplió. Era un hombre pequeño, silencioso, un poco sorprendido de que aquellas dos mujeres quisieran ir a su país. Como ocurre en general en la órbita comunista los trámites de ingreso son complicados, y Och quería estar seguro de que no deseábamos emigrar a Mongolia. Le aseguramos que el motivo era solamente una visita de horas en el trayecto del transiberiano. Todo salió bien y nos estampó el pasaporte. Como abre bocas en aquellos dos días tomamos el metro a Brooklyn para conocer Little Odessa a las orillas de Brighton Beach. Un barrio poblado por emigrantes judíos de Odessa llegados entre los años cuarenta y cincuenta, que después pasó a llamarse Little Russia. Paseamos frente a ofertas de caviar en rebaja, ropa y maletas baratas, mujeres arregladas con lazos azules y carteras rosadas de plástico, carteles en cirílico, y una multitud de variados objetos *kitsch*, el *kitsch* ruso que luego encontraríamos en Moscú. Compramos una película de Sokurov y después cruzamos a la playa y nos detuvimos en los melancólicos escenarios de Coney Island.

Cuando aterrizamos en Sheremetyevo, uno de los tres aeropuertos internacionales de Moscú, la primera sorpresa fue vernos inmersas en un tráfico que sin duda no esperábamos y que superaba cualquier experiencia anterior, incluida la Caracas de los noventa. La ciudad tiene más de 10 millones de habitantes —dijo María, nuestra guía por dos días—, el hotel no está lejos, pero llegar nos puede tomar dos horas —advirtió. No solo el tráfico sino la calidad de los automóviles eran sorprendentes. Viajábamos rodeadas de vehículos de último modelo y de las más costosas marcas.

Cansadas del vuelo, pero también dispuestas a ponernos en acción sin perder tiempo, tan pronto dejamos las maletas salimos con María en busca de aventuras. Decidimos posponer los lugares inevitables, es decir el Kremlin<sup>1</sup> y las basílicas de la Plaza Roja, porque estaban incluidos en la excursión que comenzaríamos al día siguiente. En total estuvimos dos días en Moscú, imposible considerar que conocimos la ciudad en esa visita, que además no es una ciudad sino un mundo, o mejor dicho, tres. Contiene la historia mística en sus iglesias de religiosidad dramática; la historia soviética en la plaza Lubianka, y la estatua de Félix Dzerzhinsky (1877-1926), derribada de la plaza por acción popular en 1991 y reinstalada por Putin en el ministerio del Interior. Dzerzhinsky fue fundador de la policía secreta bolchevique, la Checa, que después de sucesivos cambios de nombre se conoció como KGB, ahora FSB («son menos estrictos», dice María). Las deslumbrantes decoraciones del metro en las que una vez más aparecen los obreros, los campesinos, los deportistas representando la plenitud soviética; los rascacielos concebidos por Stalin en los años treinta, a la altura de los de Nueva York, conocidos como «las siete hermanas», de los cuales, sin duda, el más representativo es la Universidad de Moscú, reproducido a menor escala en el

<sup>1</sup> Recinto amurallado de las antiguas ciudades rusas que en Moscú es la sede del gobierno.

Monumento a Vladimir  
Maiakovsky. Moscú



Palacio de la Cultura de Varsovia; la imponente escultura de Vladimir Maiakovsky (1893-1930), seis metros de bronce que llenan la plaza del Triunfo, su abrigo ondeando al viento y su mirada dirigida al porvenir. Yolanda lo alude en un poema titulado precisamente «Monumento»\*:

A la altura,  
poeta,  
de tus contradicciones.

Y entreverado con el mundo soviético, un tercer mundo, el poscomunista, que circula sobre todo por el centro, en el que proliferan los automóviles lujosos, las vallas de Coca-Cola, Samsung, Rolex, las joyerías, las tiendas de marcas de lujo, los restaurantes impagables, y en las aceras tenderetes de venta de *matrioshkas* y franelas, platos con el rostro de Putin o de Lenin, y de vez en cuando una placa en la pared, que ha resistido los cambios, en la que aparece el símbolo de la hoz y el martillo. Dos cosas llamaron nuestra atención, una valla con la fotografía de Anna Ajmátova que nos sorprendió en el camino. María nos tradujo la leyenda que acompañaba la foto y nos explicó que formaba parte de una campaña que se llevaba a cabo para incentivar la lectura de poesía, hábito que al parecer estaba disminuyendo. Y la otra, un afiche pegado en una esquina cualquiera que anunciaba un libro de la periodista Anna Politóvskaya (1958-2006), asesinada dos años antes en extrañas circunstancias.

Al día siguiente era domingo y le dijimos a María que queríamos asistir a la misa en una iglesia ortodoxa. No recuerdo si nos acompañó o nos esperó a la salida, creo

• Yolanda Pantin, *21 caballos*.  
La Cámara Escrita, 2011, p. 12.

que fuimos solas siguiendo sus indicaciones. El culto religioso ha renacido después del período comunista, o quizás siempre estuvo allí en la semiclandestinidad. Llegamos a cualquier hora y nos fuimos también a cualquier hora, en la liturgia ortodoxa la misa no tiene un principio y un fin determinados como en la católica, o quizá sí y es imposible de comprender para el lego. El caso es que transcurre sin solución de continuidad, la gente entra y sale, algunos se confiesan, los hombres de pie abrazados por el pope, las mujeres arrodilladas en un confesionario similar al católico, y la mayoría rezan de pie o prosternados. No hay sillas ni bancos. Detrás del iconostasio uno o varios popes rezan y cantan monótonamente. Terminan y salen, vuelven a entrar los mismos u otros. Nunca miran a los fieles. Los fieles nunca pueden ver directamente el altar. Me gustan mucho los ritos religiosos, me gusta contemplarlos o intentar comprenderlos. Son misteriosos y el cristianismo ortodoxo ha sabido conservar ese misterio. En fin, estuvimos un buen rato con las cabezas cubiertas por un pañuelo a modo de velo hasta que nos cansamos —ya dije que no hay asientos— y nos fuimos al encuentro de María.

Le propusimos pasar por el parque Gorki, muy cercano a la nueva galería Tetriakov, que alberga las colecciones del siglo xx, y queríamos visitarla. Esto la sorprendió, no había supuesto que el museo nos pudiera interesar, y más se sorprendió cuando una vez adentro, frente a una de las obras, Yolanda exclamó: Tatlin. Conocíamos a Tatlin. ¿Qué clase de personas éramos? Nuestra guía era una joven amable, casi simpática dentro de su reserva, pero era obvio que no demasiado experta. Después de la visita a la galería llegó la hora de almuerzo y nos propuso esperarnos mientras comíamos. Le dijimos que, por el contrario, queríamos que

nos acompañara y que nos llevara a un sitio frecuentado por la gente común de la ciudad. Fuimos a la calle Arbat. Es una calle peatonal en el centro de Moscú, muy célebre por su antigüedad, data del siglo xv, y por las sucesivas transformaciones que ha sufrido en el tiempo. Hoy en día es un punto turístico. Nos sentamos en una de las terrazas y María pidió la comida para las tres —no tengo la menor idea de lo que era, algo parecido a unas croquetas— y preguntó si podía tomarse una cerveza. A partir de allí comenzamos a conversar, como se dice, entre mujeres. Caímos en uno de los temas recurrentes de estas jóvenes con excelente dominio del inglés, si se iban o se quedaban. Con ironía María mencionó a las *russian brides*, chicas que aceptaban contratos para casarse en el extranjero a cambio de la residencia legal, o también una forma elegante de denominar una actividad de prostitución. De pronto comenzó a hablar de sí misma. María no era rusa sino ucraniana y estaba ilegalmente en Rusia. Se había divorciado de un ruso y ahora se había quedado sin los documentos de residencia. Tenía un niño que vivía con su madre en Kiev (a novecientos kilómetros). Intrépida, como puedo ser en este tipo de conversación, le pregunté por qué no se iba a Kiev y trabajaba allí. La respuesta fue confusa, entendí que quería seguir en Moscú por razones que no quería explicar. ¿Otro ruso? Quedamos bastante impresionadas con las confesiones de María. Un efecto del poscomunismo: sin la URSS, una ciudadana ucraniana era una extranjera, y de paso, ilegal. De modo que dedujimos que «mataba tigres» —como se llama en Venezuela al trabajo informal a destajo—, es decir que hacía de guía para turistas privados, pero no podría emplearse en las agencias grandes.

Estábamos suficientemente cansadas para dar por finalizada la visita y, antes de despedirnos, María nos recomendó que por la noche saliéramos a la Plaza Roja, porque era muy bonito verla iluminada. En efecto, eso hicimos, pero también pensamos que faltaba algo (en realidad faltaban cientos de posibles lugares). Probablemente María también se hubiera sorprendido de haberlo sabido, pero el caso es que en una guía de la ciudad que había traído conmigo aparecía una breve nota acerca del Museo del Gulag<sup>2</sup>; por suerte, bastante cerca del hotel, las distancias en Moscú son infinitas. Debo aclarar que me estoy refiriendo al primer Museo de la Historia del Gulag fundado en 2001; en 2015 el museo se trasladó a una sede mucho más grande y provista de equipos audiovisuales e interactivos, con una extensa muestra museográfica de objetos y documentos, pero localizada en un área alejada del centro y poco visitada. Allí se abrieron los archivos del Gulag para que los descendientes de los deportados pudieran consultarlos. De todos modos el museo lleva muchos meses cerrado, según la página web, por la preparación de una nueva exposición. También cerró el Perm-36, el único museo del Gulag construido sobre un antiguo campo a mil quinientos kilómetros de la capital. Dejó de recibir fondos.

El Museo del Gulag estaba cerrado y solo pudimos visitar una exposición. Fue fundado por Antón Antónov-Ovséyenko (1920-2013), historiador y autor del libro *El tiempo de Stalin*, clandestinamente enviado a Nueva York y publicado en 1981; también escribió una biografía de Lavrenti Beria, famoso por los crímenes de Estado que cometió durante las purgas estalinistas y como director de la NKVD, antecesora de la KGB. Antón murió a una avanzada edad, fue el primer director del museo y permaneció en su sede hasta el final, ya ciego, en una pequeña oficina en

<sup>2</sup> Gulag es el acrónimo en ruso del nombre del organismo soviético encargado de la administración de los campos de trabajo para prisioneros.

la planta alta, de modo que quizás estaba allí cuando lo visitamos. Tenía buenas razones para emprender esta fundación. Era hijo de Vladimir Antónov-Ovséyenko, un bolchevique que comandó el asalto al Palacio de Invierno y desempeñó altos cargos como militar soviético. Sus tendencias trotskistas, ciertas o no, lo llevaron a ser considerado un disidente enemigo y fue encarcelado junto con su esposa. Ella se suicidó en prisión y él fue ejecutado. El hijo de ambos, Antón, fue arrestado en 1940 y estuvo en el Gulag hasta la muerte de Stalin en 1953. Padre e hijo fueron rehabilitados en la era Kruschev. Es curioso este método de persecución-rehabilitación. Los detenidos, vivos o muertos, tienen derecho, ellos o sus descendientes, a pedir la rehabilitación cuando prueban que fueron injustamente condenados. En fin, volvamos al museo.

La sede que visitamos estaba en la calle Petrovka, en el sector céntrico y comercial de la ciudad, no lejos de las *boutiques* Cartier y Louis Vuitton, y del teatro Bolshói. Con esa ubicación pudiera haber recibido muchos visitantes, pero no era así. Quizás porque a pocas personas les atrae teñir su visita de malos recuerdos, pero sobre todo porque tenía muy poca publicidad. En Rusia el tratamiento de la memoria ha sido muy diferente al que le han dado otros países que vivieron regímenes totalitarios, especialmente Alemania. Aquí se ha optado por la borradura de la memoria y sobre todo por este método de la rehabilitación y la condena o viceversa, que hace de lo ocurrido una escena en constante reedición, así que se puede abrir un museo y cerrarlo, y volverlo a abrir quizás con otros contenidos. Pudimos ver un patio interior, de pequeñas dimensiones, bastante deteriorado, no sé si de verdad o presentado así como un efecto escenográfico, en el que se alzaba una réplica de una torre de control

y en cuyas paredes unas estacas cruzadas sostenían alambres de púas. La impresión que producía la localización en medio de un edificio que bien pudiera ser de viviendas, era por sí sola siniestra. Las paredes de ladrillo estaban cubiertas de fotografías, una al lado de otra, creo que sin nombres. Distinguimos al poeta Ósip Mandelstam, nacido en Polonia en 1891 y fallecido en el Gulag en 1938.

Por la noche cenamos en el hotel y conocimos a los que serían nuestros compañeros de viaje y a las guías, Anna, Yana y Alla. Al día siguiente hicimos una breve visita a la Plaza Roja y a los edificios que la rodean, el Kremlin, la catedral de San Basilio, cuyas cúpulas de colores destacan en cualquier imagen de Moscú, y dimos una brevísima ojeada a los almacenes Gum, que tienen una historia interesante. Fundados a finales del siglo XIX en un edificio de estilo palaciego, son la réplica rusa de los bulevares parisinos, locales comerciales dirigidos a la alta burguesía, pero he aquí que cambia la historia y se convierten con la revolución en un símbolo de la abundancia por venir. El artista Aleksandr Rodchenko (1891-1956) y el poeta Maiakovsky, que en los años veinte regentaron una agencia de publicidad, compusieron los carteles de propaganda. Stalin lo destinó a oficinas administrativas y después de su muerte se devolvió el edificio a su origen comercial, con el nombre de el Almacén Universal Estatal, cuyas siglas en ruso son Gum (*Glavnyj Universalnyj Magazin*). Finalizado el período soviético pasaron a ser propiedad privada y centro comercial en el que muy pocos moscovitas pueden comprar algo. Es visita turística obligada, aunque tampoco cualquier turista alcanza sus precios. De la Plaza Roja nos dirigimos a la estación de tren Kazanskiy y allí embarcamos en un tren que hace la ruta transiberiana. Rodeadas de mapas y folletos, y acostumbrándonos a las



mínimas dimensiones de la cabina, repasamos una vez más el extraordinario viaje que nos esperaba. Y comenzamos a experimentar la inmensidad de Rusia. En el lapso de trece días pasaríamos por siete de sus once husos horarios.

Nuestro primer destino fue Kazán, capital de la república de Tartaristán (la división territorial rusa es muy compleja y diferente a la occidental, república en este caso no significa país independiente sino en sentido amplio, territorio que conserva cierta autonomía administrativa). En Tartaristán la mitad de la población es de origen tártaro, y éstos, a su vez, pertenecen a varias etnias. Proviene de las invasiones mongólicas y su lengua es de origen túrquico. Solo pudimos visitar el Kremlin y la mezquita Qol Šarif, es decir, iniciarnos en el mestizaje ruso, la mezcla de Occidente y Oriente, la iglesia ortodoxa y el islam. Cerca de la plaza del Kremlin puede verse una estatua de Musa Cälil (1906-1944), poeta tártaro que luchó en la resistencia durante la Gran Guerra Patriótica. Fue declarado héroe de la Unión Soviética y recibió el premio Lenin y la orden de Lenin. Kul Sharif era también tártaro, pero por el contrario luchó contra los rusos siglos atrás. La mezquita que lleva su nombre fue destruida por Iván el Terrible y reconstruida después del período soviético con el dinero de varios países árabes. La inmensidad de Rusia no es solo geográfica sino también histórica. El entrecruzamiento de lenguas, etnias, religiones, a lo largo de acontecimientos imposibles de relatar en una sola secuencia la hacen casi incomprensible.

Entre una visita y otra entramos en una pequeña cafetería y una guía de otro grupo nos preguntó si podía sentarse con nosotras porque no había mesas libres. Preguntó también de dónde éramos y saberlo le produjo una reacción que sin duda no esperábamos. Chávez, Chávez, decía riéndose a carcajadas. Era muy simpática

y terminamos riéndonos con ella con lo de Chávez, Chávez, pero nunca supimos por qué le hacía gracia. Asumimos que su risa quería decir «ese tipo se cree un comunista, no sabe lo que es el comunismo». Pero es solo una hipótesis. En cualquier caso, para ese momento Chávez había comenzado su amistad con Putin, y ya los venezolanos no necesitábamos visa para entrar en Rusia, privilegio que ni siquiera tenían los europeos y mucho menos los estadounidenses.

Después de una corta navegación por el Volga, nos reincorporamos al tren con destino a Ekaterimburgo. Cruzamos los montes Urales, según mi imaginario —que no se correspondía con la geografía— unas inmensas montañas. Pero es una cordillera de poca altura, y antes y después de atravesarla el paisaje es el mismo, abedules y más abedules. Sin embargo, para los viajeros occidentales es, como está registrado en los libros escolares, el lindero entre Europa y Asia central y eso los reviste de un significado especial. El tren se detuvo frente a un pequeño monumento que supongo dice algo sobre el particular, y todos nos tomamos fotos. Está resguardado por militares, aunque efectivamente no es una frontera. Interesante fue ver que en medio del bosque muchos árboles estaban adornados con cintas de colores. Son una expresión chamánica, una de las religiones practicadas en Rusia, sobre todo en Siberia, que comenzaba en esta frontera imaginaria. También había ventorrillos de *souvenirs* y cartones decorados para asomar el rostro en la silueta de un zar o de unas bailarinas chinas. En este pasaje, desde el tren en marcha, pudimos ver la estela del único memorial de las víctimas del Gulag.

Ekaterimburgo, denominada así por la emperatriz Catalina I —Sverdlovsk durante el período soviético en honor de Yákov Sverdlov, un importante líder

bolchevique— es una de las grandes ciudades del país, pero nuestra visita incluía solamente la Iglesia sobre la Sangre en Nombre de Todos los Santos que Resplandecieron en la Tierra de Rusia. Fue construida sobre la casa Ipátiev en cuyos sótanos fueron ejecutados el zar Nicolás II, la zarina, sus cinco hijos y algunos fieles sirvientes, el 17 de julio de 1918. Si bien fue edificada recientemente sigue el estilo de las iglesias rusas históricas. Boris Yeltsin ordenó la demolición de la casa Ipátiev y la construcción de la iglesia que tuvo lugar entre 2000 y 2003, año en que fue consagrada por el patriarca de Moscú y de todas las Rusias. Poco después del traslado de los restos de la familia imperial a la fortaleza Pedro y Pablo en San Petersburgo, los Romanov fueron canonizados según el rito ortodoxo y por eso son los santos en cuyo honor y sobre cuya sangre se alza la iglesia. La noción de que los zares son santos —creo recordarlo de las clases de María Fernanda Palacios<sup>3</sup>— es recurrente, pero no sé las razones, más allá de localizarlas como temas del misticismo ruso.

Sobre un calvario exterior puede verse una gigantografía de la familia. Es, en cierto modo, un lugar de veneración. Y, desde luego, un ejemplo de cómo funciona la memoria rusa. El asesinato del zar fue probablemente más un rito simbólico que un acto necesario para tomar el poder que ya, de hecho, estaba en manos de los bolcheviques y, años después, cuando los últimos soviéticos gobiernan Rusia, deciden otro acto simbólico, reivindicar a los Romanov, declararlos santos y construir un lugar de culto en su memoria. Seguramente detrás de todo esto había una estrategia política que se nos escapa, pero igual es sorprendente y me parece que se puede incluir dentro de ese movimiento pendular persecución-rehabilitación que genera una memoria en movimiento. De hecho, ese mismo año de 2008, el Tribunal

3 Cursos dictados en Caracas en la Fundación Valle de San Francisco.

Supremo de Justicia de la Federación Rusa dictaminó que la ejecución de los Romanov fue un acto ilegal y rehabilitó su nombre considerándolos víctimas de un crimen. Comenta Marta Rebón, en su libro citado, que hoy Rusia reconstruye su identidad sin repudiar el poder y el esplendor de la época de los Romanov, y creo que esto tiene que ver con la antigüedad de su cultura y su historia. Al igual que en el resto de los otros países europeos que estuvieron bajo el dominio soviético, setenta años es un corto período y hacen una elipse sobre los contornos oscuros de su historia para asentar la marca de su identidad que es presoviética, soviética y postsoviética. Del mismo modo Ekaterimburgo es mucho más que este santuario, como también Kazán es mucho más que el Kremlin y la mezquita; ambas son importantes ciudades de la Rusia contemporánea y de su intrincada historia, pero lamentablemente la visita terminaba aquí y debíamos volver al tren en busca de nuestro próximo destino, Novosibirsk.

Las horas en tren se hacen largas. Teníamos material de lectura, entre otros el libro de Jules Verne, *Miguel Strogoff*, el correo del zar que recorre a caballo de Moscú a Irkutsk, que nos había apasionado en la infancia, pero aun así el tiempo se desenvolvía lentamente. Yolanda pasaba mucho rato tomando fotografías de un paisaje siempre igual a sí mismo, excepto por los cambios de luz. Dice en «Amarelo»\*.

Restábamos las horas  
tratando  
de distinguir un detalle

\* Yolanda Pantin, *21 caballos*.  
La Cámara Escrita, 2011, p. 26.

que hiciera parecer distinta  
esa planicie  
diferente cada vez y  
exactamente igual  
a como la habíamos  
pensado.

Taiga y más taiga, bosques infinitos de alerces y abedules. A principio de la tarde llegamos a Novosibirsk (Nueva Siberia), hoy la tercera ciudad de la Federación Rusa. La joven que nos guió era muy simpática, rebotante de orgullo por su ciudad al punto que nos ponía a repetir el nombre para asegurar que cuando volviéramos a Rusia lo recordaríamos y la visitaríamos de nuevo. En verdad es una ciudad de gran significación por ser el centro científico, cultural, industrial y financiero de Siberia, que se desarrolló en torno a la construcción del ferrocarril planificado a fines del siglo XIX, durante el Imperio de Alejandro III, e inaugurado en 1904 por su hijo Nicolás II.

La importancia del tren que unió Siberia con Rusia Occidental se entiende viendo el paisaje, recorriendo las dimensiones de ese paisaje, las pequeñas poblaciones que pudieron unirse al resto del país, y que aparecen de tanto en tanto, estación tras estación. El tren junto a la electrificación. Socialismo es, dijo Lenin, «los sóviets más la electricidad». En todas las estaciones de ferrocarril, sean edificios suntuosos como la de Novosibirsk, inaugurada en 1894, o las rústicas construcciones de madera en las que apenas puede verse un reloj y un expendio de bebidas, está siempre

presente una estatua o un busto de Lenin. Los sóviets fueron grandes destructores de vidas humanas, y también grandes constructores sociales. Es una paradoja. A unas viajeras venezolanas acostumbradas a ser testigos de la permanente destrucción de su país que ha llevado a cabo la revolución bolivariana en nombre del socialismo del siglo XXI, el poscomunismo ruso mostraba esta doble faz de un tiempo histórico. No diré que lo construido valía lo destruido porque la destrucción de seres humanos no tiene precio. Solo digo lo que vi y no puedo evitar una comparación, la revolución socialista venezolana ha logrado la deselectrificación de casi todo el país, algunos piensan que como parte de una política de Estado, lo que se me hace difícil entender ya que sigo mejor la lógica de la construcción que la lógica de la destrucción.

Recorrimos una parte del centro de la ciudad y la chica que nos guiaba alcanzó la cúspide de su orgullo cuando nos mostró el teatro de ópera y ballet, inaugurado en 1945 frente a la plaza Lenin. Es el más grande de Rusia, y supera al Bolshói de Moscú. Lamentablemente Yolanda perdió las que consideraba sus mejores fotos (un grupo de adolescentes haciendo acrobacias frente al teatro) porque se agotó la memoria de la cámara.

La gran visita de la ciudad era la Akademgorodok (Ciudad Académica), un centro científico sucursal de la Academia de Ciencias de Rusia, situado a unos veinte kilómetros de Novosibirsk. Contiene o contenía decenas de institutos de investigación y hoy mantiene activas treinta y dos instituciones de educación superior. Esta ciudad académica, inaugurada en 1958, albergaba 75.000 científicos que vivían con sus familias en una suerte de aldea utópica del saber en la que había

cines, restaurantes, hospitales, bibliotecas, galerías, auditorios. Dedicados a la ciencia, disfrutaban allí de condiciones de vida extraordinarias en comparación con el resto de la población. Después de la disolución de la URSS el nivel científico decayó y la investigación se detuvo. Algunos de los científicos lograron ser contratados por compañías e instituciones occidentales, como la IBM, la Boeing Company, el Massachusetts Institute of Technology. Visitamos un pequeño museo de mineralogía, los remanentes de los laboratorios, muy modesto y sostenido a duras penas, que muestra una colección de minerales de la zona, la gran riqueza de Siberia. Del Akademgorodok fuimos al Museo del Tren, que francamente no me interesaba mucho, aunque contiene detalles que a cualquier aficionado al cine de la Segunda Guerra Mundial le resultan entrañables, como son los trenes con la estrella roja en la locomotora.

Llegamos a Krasnoyarsk al día siguiente. No era una visita turística sino una parada técnica y fuimos advertidos de que duraría unas dos horas en las que si lo deseábamos podíamos descender a la plataforma. Nos advirtieron también que era necesario estar muy atentos al horario y subir al tren cinco minutos antes de la partida, tan pronto escucháramos los primeros silbatos. Nos cansamos de ver y fotografiar a las vendedoras que en las estaciones corren al andén cuando el tren está por llegar —son casi todas mujeres y llevan sus mercancías en unas grandes bolsas plásticas de cuadros, que también pueden ser utilizadas como maletas precarias en las que transportan comida, bebida, frutas, especias, ropa— y pensamos que quizás en la ciudad podríamos encontrar un cibercafé para saber qué había ocurrido en el mundo. Nos adentramos en las calles de Krasnoyarsk, una ciudad más grande

de lo que pensábamos, y preguntamos a los paseantes que nos entendían dónde había lugar con internet, pero era imposible para nosotras descifrar las direcciones que amablemente nos daban, a veces espontáneamente cuando comprendían que éramos dos turistas perdidas. No encontramos a nadie que supiera decir en inglés otra palabra que internet. Desistimos de la búsqueda y paseamos un rato por unas calles bastante empobrecidas en las que curiosamente descubrimos afiches del Che Guevara junto a una imagen recurrente en todo el trayecto, la Coca-Cola. Yolanda estaba feliz cámara en mano. Vimos la hora y regresamos a la estación. Ella seguía fotografiando. Me subí al vagón advirtiéndole que era tarde y después de unos minutos, como no aparecía por ninguna parte, asumí erróneamente que había embarcado por otra puerta. De pronto escuché unos gritos: *madame, madame*. Eran las empleadas del tren llamando a Yolanda desesperadamente. Vi cómo corría y cómo la agarraron por el brazo y lograron alzarla y montarla en el tren ya en marcha. No sé qué hubiera hecho si se hubiera quedado en Krasnoyarsk sin documentos, sin dinero, y sin manera de hacerse entender. Quizás estuviera allí todavía. Después tuvo el tupé de enseñarme muy satisfecha la foto de dos niñas bajando las escaleras que conectaban la estación con el andén.

En Krasnoyarsk los soviéticos construyeron una de las más importantes centrales hidroeléctricas. «Río, te vencimos porque somos soviéticos», tituló *Pravda* cuando fue inaugurada. Cruzamos el Yeniséi, uno de los grandes ríos que divide la Siberia occidental de la oriental y que inspiró a Yolanda «Blanco sobre blanco»\*, incluido en el libro *21 caballos*. Aquí un *ritornello* del poema:

\* *Ibidem*, p. 27.





Iba por el río Yeniséi  
hacia su desembocadura  
en la boca del paisaje  
para ser devorado.

Iba en la borda  
por sobre el paisaje  
sin contar los días  
desde mi destrucción.

Y nosotras íbamos hacia Irkutsk, una ciudad situada al noreste siberiano. La atraviesa el río Angará, afluente del Yeniséi, y paseamos por sus orillas contenidas en inmensos muros de cemento. Irkutsk alberga monumentos de diferentes épocas, algunos de los cuales parecen ser contradictorios entre sí, lo que hasta cierto punto es lógico porque la historia es muchas veces contradictoria. Por ejemplo, el dedicado a Yuri Gagarin (1934-1960), primer hombre que salió al espacio exterior y héroe de la ciencia soviética, pero que nada tiene que ver con la ciudad, o el rompehielo Angará, al que se le dedica un museo; el monumento a Alejandro III en conmemoración del inicio de la construcción de la ruta transiberiana; y también el monumento al almirante Kolchak, fusilado en Irkutsk en 1920, rehabilitado en el poscomunismo por razones que ellos sabrán. Aleksandr Kolchak fue el caudillo del ejército blanco durante la guerra civil contra los bolcheviques y estableció el gobierno de Siberia. Y por supuesto, no falta el monumento a Lenin

y el monumento a los héroes de la Gran Guerra Patriótica. Y estos son solamente los más significativos, los rusos son fanáticos de la estatuaria pública. Lo más sorprendente para nosotras fue el tema de los decembristas, de los que no teníamos demasiada información.

Llamados así porque su sublevación tuvo lugar el 26 de diciembre de 1825, crearon un movimiento político inspirado en las corrientes europeas liberales que buscaba la transición hacia una república mediante la instalación de una monarquía constitucional que desalojara el régimen autocrático. Nada de eso ocurrió, como es bien sabido. La revuelta que tuvo lugar en San Petersburgo fue derrotada y se descubrió que los jefes sublevados eran oficiales del ejército ruso, la mayoría pertenecientes a la aristocracia. Entre sus líderes estaban el príncipe Serguéi Trubetskói y el príncipe Serguéi Volkonsky, abuelo materno de León Tolstoi (1828-1910); en *Guerra y Paz* uno de los protagonistas lleva ese nombre. Los oficiales fueron desterrados a Siberia y se atribuye a la presencia de esta clase social el desarrollo cultural que tuvo la ciudad. Irkutsk es una ciudad relativamente pequeña que efectivamente mantiene unos barrios antiguos muy hermosos, de casas de madera tallada con ornamentaciones delicadas, en medio de calles llenas de barro, y de una pobreza bastante resaltante. Es más rusa que soviética en su arquitectura. Dimos un paseo por el centro, vimos el mercado, muchos vendedores de calle y atracciones muy singulares como, por ejemplo, un oso disecado. El negocio consistía en posar al lado del oso mientras el dueño tomaba una fotografía del transeúnte.

Volvamos a los decembristas. Cuando su sublevación fracasó fueron condenados y desterrados a Siberia; por sí misma, la enorme distancia entre Siberia y Rusia

occidental convertía a la región en una cárcel. Este procedimiento utilizado por los zares fue perfeccionado por los soviéticos con el Gulag. El caso es que los desterrados, quizá por su alto rango social o porque así era la costumbre, podían marchar con sus esposas y algunas de ellas lo hicieron, como fueron Ekaterina Trubetskaya y María Volkonskaya. No recuerdo ahora si estaban autorizadas a llevar consigo a sus hijos. Por supuesto, perdían sus derechos económicos y jurídicos que eran inmensos, y debían aprender a vivir como campesinos, mineros o pequeños artesanos. Décadas después fueron rehabilitados y recuperaron sus propiedades confiscadas.

En Irkutsk permanece la casa museo Volkonsky, en la que tienen lugar algunos conciertos, asistimos a uno de ellos. La casa, en comparación con lo que sería su palacio en San Petersburgo, es una chabola. En otros términos, es una construcción modesta que mantiene la decoración de época. El concierto fue presentado por la jefa de las guías, Anna, y un hombre que supongo era el director del museo, él de esmoquin y ella de traje largo. Había algo de solemnidad y algo de ridículo en el acto. Ella habló en inglés y él en ruso. Por las dimensiones del espacio no era un lugar para orquestas, creo recordar que los intérpretes conformaban un trío con piano y violines. La atmósfera de baja iluminación y la seriedad que se imponía le daban al momento un carácter fantasmagórico, como si los espíritus de los Volkonsky permanecieran allí para ser testigos del futuro de Rusia.

Cenamos en un restaurante local antes de embarcar de nuevo en el tren y amanecemos en Puerto Baikal. El lago Baikal es el escenario geográfico más atractivo de todo el recorrido. Lo visitan miles de turistas y es impresionante recorrerlo en tren porque la vía va pegada a la costa durante un largo trecho. Es la reserva de agua dulce

más grande del mundo. Por ferry llegamos a la pequeña aldea de Listvianka en la que se encuentran el museo al aire libre de arquitectura de madera y el museo limnológico destinado al estudio de los ecosistemas de agua dulce. De ese museo me gustó mucho el acuario donde compré una foquita blanca, una especie endémica del lago, para mi nieto que iba a nacer a fines de ese año. Todavía la foca anda por ahí. En cuestión de museos también destacan los rusos, unos más interesantes que otros, pero sin duda los hay de todos los temas, científicos, artísticos, históricos, antropológicos.

Al día siguiente llegamos a Ulán-Udé, en la república de Buriatia. Se comprende la naturaleza imperial de Rusia, zarista o soviética, al recorrer los territorios conquistados. En este caso los cosacos dominaron a los buriatios, pueblo étnicamente asiático de origen mongol. Buriatia es una transición entre Rusia y Mongolia, una región ortodoxa y budista con raíces chamánicas, conectada por dos vías férreas, el tren a Pekín y el transiberiano a Moscú. Hay templos budistas, iglesias ortodoxas, arquitectura de madera similar a la que vimos en Irkutsk y construcciones de estilo oriental. La mayoría de las personas muestra un tipo asiático, así como su indumentaria. Tiene una particularidad esta ciudad y es que en la plaza de los Sóviets se encuentra la cabeza de Lenin más grande del mundo. Esculpida en piedra, pesa 42 toneladas. Es solo la cabeza, casi sin cuello, colocada sobre un pedestal en medio de una inmensa plaza. Produce un efecto un tanto siniestro, como si se tratara de un hombre decapitado. O la cabeza que rige el mundo.

Fue una visita corta porque debíamos almorzar en Tarbagatai, aldea de los antiguos creyentes que pertenece a la república de Buriatia, a 75 kilómetros de Ulán-Udé. Se trata de una población, alguna vez muy numerosa, de rusos ortodoxos



que produjeron un cisma a mediados del siglo XVII, por lo que fueron excomulgados, perseguidos, y finalmente exiliados en Siberia, en las cercanías de Irkutsk y el lago Baikal. Las causas del cisma no son fáciles de comprender para quien no esté familiarizado con la religión ortodoxa, pero pudimos entender que estos creyentes no aceptaron la reforma de liturgia y cánones eclesiásticos de 1654, y se persignan de modo diferente a los que aceptaron las reformas.

Tarbagatai es una aldea de campesinos acomodados, unas setecientas personas que viven en unas ciento diez casas que conservan elementos tradicionales con equipos contemporáneos. Tienen televisión, dos cocinas, la de verano y la de invierno, para adaptarse a ambas temperaturas que son extremas, y fuera de la vivienda se encuentra el *banya*, el baño ruso, una modalidad de sauna. Como puede desprenderse de esta descripción, la aldea está preparada para las visitas turísticas, es más, pareciera que es una de sus actividades económicas importantes. Al llegar fuimos recibidos por un pequeño grupo que nos ofreció comida y vodka, y nos dirigió una breve alocución en ruso. Después las mujeres nos mostraron el interior de la casa en la que seríamos recibidos y los hombres dispusieron un abundante almuerzo en el patio. Los antiguos creyentes no podían tomar alcohol ni fumar y los hombres no podían cortarse la barba. Éstos no tenían barba, aunque lucían sus vestimentas tradicionales, había mucho vodka y diferentes vinos, y nadie prohibió que algunos visitantes encendieran un cigarrillo. Después del almuerzo interpretaron la música tradicional; la costumbre del canto es una de sus características, y la matrona del lugar dio una explicación traducida por la intérprete de cómo se distingue una mujer soltera de una casada por el tipo de pañuelo que usa. También pudimos ver cómo

es el ritual para vestir a una novia. En fin, un conjunto de curiosidades que siempre son bienvenidas en un viaje. Los antiguos creyentes también han sido rehabilitados, Putin los visitó en algún momento y sus creencias fueron admitidas, pero probablemente se sienten bien viviendo en su comunidad y practicando sus costumbres.

Esa noche cruzamos la frontera con Mongolia. Fuimos advertidos que al llegar a Naushki, última población rusa, debíamos permanecer en la cabina, con orden estricta de no tomar fotografías porque subirían las autoridades a chequear los pasaportes y abrirían la puerta de la cabina a cualquier hora y sin avisar. Decidimos quedarnos vestidas y despiertas para ese momento. En la madrugada llegamos a Sukhe-Bator, la primera población de Mongolia donde ocurriría el mismo procedimiento, esta vez a cargo de las autoridades mongolas. Gracias al recordado Och Togorel, nuestros pasaportes estaban en regla. Nos acostamos a dormir y amanecemos en Ulán Bator, la capital. Vale la pena acotar que Mongolia no formó parte de la URSS, aunque a partir de la década de 1920 se constituyó en República Popular de Mongolia como estado satélite hasta 1990 cuando eliminó el adjetivo *popular*.

La capital fue fundada como un centro de monasterios budistas de los que subsisten solamente algunos porque la mayoría fue destruida por los soviéticos en el período de 1930 como parte de la política antirreligiosa. De hecho, la ciudad conserva un estilo soviético que sustituyó al mongol. Y un estilo tercermundista, añadiría. Cuando nos aproximábamos en autobús nos sorprendieron esquinas, pequeños comercios, áreas deterioradas, tráfico bastante caótico, que se asemejaban a lo que pudiera verse en cualquier pueblo de Venezuela. En los alrededores se veían fábricas abandonadas, obras inconclusas. Visitamos un templo budista en el

monasterio Gandan. El camino hacia allí estaba repleto de vendedores ambulantes, de jóvenes monjes, y de palomas. Cientos de palomas. Pasamos también, y digo pasamos porque fue una visita corta, por la plaza central denominada plaza Sūjbaatar en honor al héroe Damdin Sūjbaatar (1893-1923) que derrotó a los chinos y obtuvo la independencia de Mongolia en la década de 1920. Una estatua ecuestre domina la plaza, pero más sorprendente es el palacio de gobierno que exhibe una inmensa columnata con las estatuas de Gengis Kan y Kublai Kan<sup>4</sup>. Sorprende a la mirada occidental porque son nombres que en nuestro imaginario pertenecen al mundo de las aventuras y aquí, en Ulán Bator, son los padres de la patria.

Almorzamos en un restaurante *ger*, la vivienda nómada de los mongoles que revisten con pieles o fieltro, en el que había decenas de comensales y los platos llegaban a las mesas muy lentamente, sin embargo valía la pena la espera porque la música era excepcional, y tuvimos la experiencia de escuchar al ensamble Altain Orgil. Los mongoles tienen un canto llamado *khoommi* (o *Khuumii*) difónico, emitido guturalmente, y ejecutado solo por hombres, que no se parece a nada que hubiéramos escuchado anteriormente. Usan también sus propios instrumentos de cuerda. Yolanda compró un compacto que escucha mientras atraviesa los valles de Aragua para visitar a su familia. Hay en esos cantos, dice, una invocación a la naturaleza. Algo muy curioso del restaurante es que la construcción era un enorme *ger* y estaba encerrado en el medio de la ciudad entre edificios. Después del almuerzo visitamos el parque nacional de Gorkhi-Terelj y fuimos recibidos, es un decir, por una familia en su *ger*. Los mongoles son jinetes habilidosísimos, como es sabido, y los niños aprenden a montar desde muy corta edad. La madre nos ofreció lo que

<sup>4</sup> Gengis Kan (ca. 1162-1227) fue el fundador del imperio mongol, y Kublai Kan (1215-1294), su nieto, el último gran kan del imperio mongol y primer emperador chino de la dinastía Yuan.

es su principal comida, el queso de oveja, que presentan amasado en bolas. Imposible negarse a probarlo, pero tuve que hacer un esfuerzo para comerlo porque el sabor me parecía poco atractivo. La vivienda dispone de un solo espacio, muy decorado, muy caliente, en el que duermen todos, y contiene la estufa y también electrodomésticos que se han ido incorporando a su estilo de vida como la nevera y la televisión. Tienen también automóviles, aunque siguen dedicándose a la cría de caballos con los que pastorean las ovejas. Es decir, nómadas a punto de entrar en lo que llamamos civilización moderna; en los últimos años muchos de ellos se han sedentarizado y marginalizado en la ciudad.

Volvimos al tren por la noche y a los trámites aduanales para reingresar en Rusia. Nos esperaban tres largos días cruzando las estepas sin otras visitas que las paradas técnicas. Sin embargo, este tiempo tuvo momentos muy interesantes como fueron las conversaciones con las guías. Una de ellas hizo una exposición acerca de la artesanía y extendió un mapa frente a nosotros. Rompiendo la atmósfera un tanto inocente, le pregunté dónde estaban los gulags porque no habíamos visto ninguno, y no quiso responder; insistí y dijo en tono molesto, en todas partes. De acuerdo a lo que se lee en los testimonios, los campos de trabajo de Siberia eran de construcción muy precaria, unos barracones y poco más, y por ello más fáciles de destruir que los campos de exterminio alemán, que tenían una construcción sólida y con muchas dependencias, o simplemente en Siberia la inclemencia del tiempo se encargó de hacerlos desaparecer. Aquí viene una discusión, en mi opinión un tanto retórica, en cuanto a que los campos nazis tenían la finalidad de exterminar a grupos específicos, judíos, gitanos, así como personas discapacitadas, etc., y eran campos

programados para ejecutar el exterminio, por lo que sus crímenes fueron considerados como actos de genocidio. Por el contrario, los soviéticos eran campos de trabajos forzados y no pretendían la exterminación de los prisioneros (aunque de hecho es lo que ocurría), por lo que no han sido clasificados como genocidas, sino crímenes contra la humanidad, incluyendo la hambruna provocada por Stalin en Ucrania, el *holodomor*. Otra pasajera, norteamericana, preguntó si en Rusia solo estaba permitida la religión ortodoxa. La respuesta fue tajante, estaban permitidas todas las religiones y había muchas iglesias cristianas de otras denominaciones. La pasajera dejó escapar un breve comentario en voz baja, no hemos visto ninguna, dijo. En verdad es una crítica prejuiciada. La mayor parte de los rusos son ortodoxos, y aunque sospecho que a los popes no les gustaría tener competidores, es lógico que haya más iglesias ortodoxas que de otras denominaciones, al igual que en Estados Unidos hay más iglesias protestantes que ortodoxas, o en Venezuela más iglesias católicas que protestantes.

El punto culminante fue un diálogo entre las dos guías, una suerte de juego del policía bueno y el policía malo. Yana, representaba la crítica del poscomunismo, y la otra, cuyo nombre no recuerdo, la del comunismo. Fuimos advertidos que expondrían sus opiniones personales que no comprometían a nadie más. Con Yana habíamos tenido mucho contacto a lo largo del viaje porque hablaba un perfecto español. Nos dijo que había pasado largas temporadas en Cuba, pero evidentemente su acento puramente castellano delataba que su aprendizaje de la lengua no tuvo lugar en la isla. Lo había aprendido en Intourist, como muchas otras guías que demostraban un excelente conocimiento de los diferentes idiomas que se enseñaban en la agencia.

La agencia de viajes estatal rusa Intourist fue creada en 1929 y hasta la disolución de la URSS mantuvo el monopolio de la organización de viajes para turistas extranjeros y hombres de negocios. Actualmente, aunque ha acordado alianzas con otras compañías europeas, sigue manteniendo una posición líder. Intourist era el organismo que abría las puertas al «telón de acero» y programaba todos los movimientos y contactos de los extranjeros, incluidas las prostitutas. Se entiende que muchos de sus miembros pertenecían a la KGB o al menos eran informantes.

El caso es que Yana en su papel de crítica al poscomunismo parecía sincera. Sería entonces una mujer de unos 50 años, educada en el comunismo en el que vivió la primera parte de su vida. Expuso temas muy puntuales, por ejemplo, la estafa que supusieron unos tales bonos que entiendo representaban algo así como lo que el Estado comunista le devolvía al pueblo constructor y dueño de la riqueza del país. Se la veía molesta, diría que brava, hablando de los ahorros de su madre, después de toda una vida de trabajo, que se convirtieron en papel mojado. Toda la riqueza era ahora para los oligarcas. Y, además, los ciudadanos no tenían interlocutores; antes, decía, si uno tenía un reclamo escribía a la sección del Partido, y el Partido contestaba, después de un largo tiempo, pero contestaba. Ahora nada. Su cariño por Cuba, aunque nunca nos dijo las razones de su estadía, era también evidente. Yana me parecía una comunista vinculada a la KGB en su trabajo de guiar turistas en aquellos tiempos, y en todo caso una persona muy decepcionada del desenlace. Una vez le escuché decir, bastaría dar una patada en el suelo y gritar ¡viva Stalin! para que cualquiera de las *babushkas*<sup>5</sup> de los pueblos saltara de alegría. La otra guía se esmeró en la alabanza de las libertades recobradas pero su entusiasmo no estaba

5 Abuela, por extensión anciana.

a la altura del descontento que Yana no lograba esconder. Qué pensaban las dos en el fondo de su corazón era inalcanzable. A lo mejor era al revés, Yana una defensora del poscomunismo y la otra una nostálgica de los tiempos pasados.

Finalmente llegamos a nuestro destino final, Vladivostok. La ciudad fue abierta a los extranjeros y nacionales sin necesidad de autorización a partir de 1993; hasta entonces formaba parte de las más de cuarenta «ciudades cerradas» de la URSS, es decir complejos militares, científicos o industriales con acceso estrictamente restringido. En el caso de Vladivostok era, y es, la sede de la flota rusa del Pacífico, por el sur tiene frontera con China y Corea del norte, y al este el mar de Japón. Su importancia estratégica es obvia. La visita nos decepcionó, supongo que teníamos de ella una resonancia de viajes y aventuras, pero resultó ser la ciudad con menos carácter de las que habíamos visitado y quizás la más poscomunista. Muchos automóviles de lujo y mujeres vendiendo frutas y verduras en tobos dispuestos en la acera, muchachos con aire malandrín, hombres rodeando una Hummer con las botellas de cerveza en la mano, y un camión en el que estaban subidas muchachas en pantalones cortos y tops de raso rojo, agitando globos rojos y blancos para publicitar un producto que no supimos cuál era. Según la costumbre, que ya habíamos presenciado en nuestra primera visita a San Petersburgo, los recién casados escogen un lugar emblemático de la ciudad para fotografiarse. El caso es que Vladivostok no tiene muchos, y presenciamos una escena que muchos cineastas envidiarían. Subimos a una colina, creo que se trataba de un emplazamiento militar cuyo único interés era la vista al mar, y en la cima se extendía una gigantesca valla anunciando crema Nivea, pues bien, frente a ella aquellos novios inmortalizaron su imagen. No

КРАСОТА - ЭТО УДОВОЛЬСТВИЕ

NIVEA

№1  
В МИРЕ

ВОЗЬМИ ВСЕ ЛУЧШЕЕ  
ОТ СОЛНЦА

NIVEA  
SUN

СОЛНЕЗАЩИТНЫЙ  
СПРЕЙ

15



creo que los rusos tengan mal gusto, por el contrario, son grandes artistas, pero las claves occidentales han llegado al imaginario popular urbano después de décadas de aislamiento y este se ha impregnado de lo más cutre, como dicen los españoles.

Nos esperaba un largo vuelo a Moscú, estábamos a nueve mil trescientos kilómetros, para continuar al día siguiente otro tanto hasta Nueva York. Pasamos pocos días allí, pero no dejamos de ver una exposición sobre el arte en la revolución china en la sede de la Asia Society. Habíamos desarrollado una adicción.

**CUARTO VIAJE**

12 - 26 DE JUNIO 2009



Nikel, península de Kola

Ruta del Ártico ruso.  
6.760 kilómetros  
Moscú - San Petersburgo  
Petrozavodsk - isla Kizhi  
Múrmansk - Nikel  
Kem, isla Solovetsky - Arcángel  
Vólogda - Úglich - Moscú

El entusiasmo por este recorrido fue tal que pasamos por alto nada menos que el título del viaje, *Arctic by steam*. Un tren con locomotora de vapor usada hasta mediados del siglo xx. No era su lentitud, que hubiera sido un problema menor, sino los constantes inconvenientes técnicos que me siento incapaz de explicar, y que obligaban a la caravana a detenerse hasta que los maquinistas pudieran resolverlos, y en la mayor parte de los casos esperar a que llegara una locomotora diesel o eléctrica a socorrernos y halar los vagones, lo que al parecer no era nada sencillo. El dueño de la compañía de viajes acompañaba personalmente la gira, ya que se trataba de un estreno de la agencia, y anunció poco antes de finalizarla que había sido la primera y la última vez que emprendía la ruta en un tren de máquina de vapor; me pareció entender que había perdido un dineral en la aventura. A Yolanda las paradas intermitentes no parecían afectarla tanto, a mí me desesperaban, no solo por la inacción que suponían sino sobre todo porque alteraban el horario de modo que perdíamos tiempo destinado a las visitas, e incluso algunas tuvieron que ser eliminadas. Pero he aquí la diferente perspectiva de los viajeros, lo que para mí era el objetivo central del viaje, es decir, los lugares por conocer, para otros era secundario porque lo importante era el viaje en sí mismo, ir en un tren de vapor, exactamente lo que para mí era insoportable.

Observamos que los viajeros ingleses, bastante numerosos, se bajaban del vagón sin unirse al resto, y permanecían en algún asiento de la estación fumando y bebiendo cerveza; también, particularmente los hombres, inspeccionaban las ruedas, los mecanismos, y comentaban entre ellos. La curiosidad me llevó a preguntarles cuál era su motivación del viaje y me confirmaron que era eso, subirse en un tren de vapor. Por qué, pregunté de nuevo. Porque así eran todos los trenes antes. Uno de los hombres dijo: mi padre era ferroviario. El mío también, añadió la esposa. Sin duda cultivaban el *hobby* del *trainspotting* que consiste en acudir a las estaciones de trenes y anotar los horarios y los números de las locomotoras. Cazaban viajes en trenes de vapor, pero tristemente quedaban muy pocos en el mundo, al parecer había uno en Chile y planeaban realizarlo. No sé si lo lograron. También me contaron que producían la cerveza en sus propias casas. ¿Es así más barata? No, un poco más cara, pero nos gusta el sabor que tiene la que hacemos. No hay duda de que los ingleses, no importa su clase social, son extravagantes. También viajaba un aristócrata y sus razones eran similares a las de los hijos de trabajadores, «es muy bonito ver que, aunque es vieja, funciona», dijo refiriéndose a la locomotora; pienso que se refería a sí mismo. Y ciertamente era un hombre muy mayor y también muy lúcido. Le gustaba conversar con nosotras, no hablaba español, pero lo entendía perfectamente, y por motivos de negocios había visitado Venezuela varias veces. Dijo que lo que nos ocurría no tenía remedio. Otro personaje era un norteamericano que viajaba por razones que en ese caso no eran extravagantes sino a mi modo de ver demenciales. Era un hombre joven, siempre vestido de vaquero, como si se disfrazara de Clint Eastwood. Tampoco estaba interesado en las visitas sino en los mecanismos de las ruedas, de las

que sacaba una fotografía detrás de otra y trataba de hablar con los maquinistas que sabían algunas palabras en inglés. Ahora que lo pienso era un viaje fellinesco, como si avanzáramos a nuestro destino sin saber cuál era ni por qué. También recuerdo a un niño como de unos doce años, un niño ruso muy bello que viajaba solo y sentado en silencio durante horas. Era el hijo de uno de los técnicos de a bordo.

Y para completar las extrañezas, una de las guías resulto ser Yana, la misma del año anterior. Por supuesto nos reconocimos enseguida y todo parecía como lo que sigue a un encuentro casual e inesperado, pero fue más que eso. Al principio no observamos nada de particular, después me fue pareciendo que nos miraba con cautela. Pueden ser imaginaciones mías pero lo que es absolutamente cierto es que un buen día nos preguntó por qué habíamos vuelto a Rusia. Su tono era poco amistoso, casi como si dijera «qué hacen aquí otra vez». Porque nos gustó mucho, es un país muy interesante, etc. etc., dijimos. No se conformó con eso. «¿Ustedes trabajan para el gobierno de Venezuela?», preguntó. Nos quedamos de piedra. «Somos más bien opositoras», acertamos a responder. Su mirada era ya de clara desconfianza y anti-patía. «Te lo dije, Yolanda. Esta mujer ha trabajado para la KGB, y seguramente sigue haciendo servicios de inteligencia. A quién, si no, podía ocurrírsele que el chavismo nos paga para ir a espiar a los rusos, montadas en un tren de vapor». En cualquier caso, a partir de allí Yana se acercó muy poco a nosotras y nos hablaba exclusivamente si debía darnos alguna información. Yolanda recuerda que más adelante, ya por terminarse el viaje, en una de las largas paradas obligadas por los percances de la locomotora, salió al andén y caminó por las vías tomando fotos sin parar. Yana se le acercó y le preguntó qué era lo que estaba fotografiando, obviamente le parecía

sospechoso que una persona tomara fotos de casuchas arruinadas y muebles desvencijados a la intemperie. Por cierto, Yolanda también recuerda una pareja que viajaba con el propósito de conocer el país y escoger dónde quedarse para realizar su propósito, eran misioneros de alguna iglesia protestante de Estados Unidos. Tarea difícil, elegir un lugar para fundar una misión en aquella inmensidad desconocida y hermética.

Otra guía digna de mención era Marina. Su apellido era alemán y no ruso, y en efecto, su abuelo era alemán y vino a parar a Rusia como prisionero de guerra. Era muy eficiente en todo lo que se refería a los problemas ferroviarios y la mano derecha del dueño de la agencia; era también una mujer un tanto ruda, y en una oportunidad explicó que se había criado en Rostov, donde no había muchas ocasiones para la cultura, a excepción del teatro, al que llevaban a los estudiantes de vez en cuando. El dueño de la agencia contó una larga anécdota acerca de Marina y de cómo él había logrado obtener para ella y su madre, primero, un permiso de trabajo en Inglaterra, y luego la residencia. Hubiesen tenido la oportunidad de solicitar la nacionalidad alemana, pero no la querían, ellas eran rusas, hablaban en ruso y querían seguir siendo rusas. La parte incomprensible era por qué resultó tan complicado que Marina pudiera viajar y trabajar en Europa. Estábamos en 2009, a casi dieciocho años de la disolución de la URSS, pero tal como era relatado parecía que Marina estaba imposibilitada de salir, y al mismo tiempo era indispensable que lo hiciera. El recuento de todo lo que había costado lograr para ella los documentos tenía muchos espacios vacíos. En cualquier caso, bien por Marina. Sin ella estaríamos todavía atascadas en los raíles del Ártico.





Regresemos al principio. El tren salió de la estación Leningradskaia de Moscú después de un breve recorrido a pie por el Kremlin que nosotras no hicimos porque ya lo conocíamos, y lo cambiamos por un paseo alrededor de la Plaza Roja siguiendo las caminerías que bordean al río Moscova. Era emocionante mezclarnos con familias que aprovechaban el domingo para pasear con sus hijos y mostrarles las glorias de su historia. Gente sencilla. Intentamos visitar el mausoleo de Lenin, pero la larga cola nos disuadió, había turistas extranjeros y muchísimos nacionales. El culto de Lenin no se puede borrar. La estación de tren lleva su nombre, su busto asoma en todas las estaciones de tren, en casi todas las plazas de casi todas las ciudades.

Amanecemos —es un decir, porque en el mes de junio hay muy pocas horas de oscuridad durante el fenómeno boreal llamado «noches blancas»— en San Petersburgo y visitamos de nuevo alguno de los famosos palacios de Pavlovsk, que habíamos visto tiempo atrás, y luego nos llevaron a almorzar al mismo restaurante típico de la primera vez. De allí fuimos a la ciudad, esta vez a la otra ribera del Neva, en una visión distinta, como de otro escenario, y contemplamos el Palacio de Invierno desde lejos. Fue una hermosa despedida.

Continuamos hacia el norte atravesando las ciudades de Pskov, Nóvgorod y Petrozavodsk, desde esta última salen los *hydrofoil* para visitar la isla de Kizhi. Son estas probablemente las ciudades más antiguas de Rusia, surgidas entre los siglos X y XIII. Pskov es particularmente famosa porque en su estación de tren se produjo la abdicación del zar Nicolás II. Tengo la impresión de que los problemas técnicos que ya comenté comenzaron a manifestarse entonces porque guardo muy escaso recuerdo de estos lugares, como si apenas hubiéramos pasado por ellos, pero también

ocurre que las cúpulas, las estatuas, los edificios, se van pareciendo y surge cierta monotonía visual. Kizhi, desde luego, era diferente. Es una isla en el lago Onega en la república de Karelia, de la que conservamos una modesta postal producida por Intourist. En la isla puede visitarse un museo al aire libre compuesto por iglesias y casas de madera construidas en el siglo XIV, entre ellas la Iglesia de la Resurrección de Lázaro y la de la Intercesión. Posterior, del siglo XVIII, es la iglesia de las veintidós cúpulas, enteramente de madera, dedicada a la Transfiguración. Hoy en la isla solo persiste un pequeño asentamiento campesino y cierta actividad turística. Una joven vestida a la antigua usanza nos recibe y muestra los espacios interiores.

El día 18 cruzamos el círculo polar ártico en territorio ruso y pasamos por el monumento que lo conmemora. Al otro lado de las ventanillas del tren se despliega la tundra, comienza lentamente el invierno y disminuyen las horas de luz hasta que a principios de diciembre se extiende la noche polar en su oscuridad permanente por dos meses. Nos adentramos en la península de Kola, limitada por el mar Blanco y el mar de Barents, en dirección a Múrmansk, doscientos kilómetros al norte. La importancia estratégica de la zona es digna de resaltar, sede de la flota del Norte fue el punto de abastecimiento durante la Segunda Guerra Mundial porque la península se beneficia de la corriente del Golfo y sus aguas no se congelan, de modo que permite el tráfico continuo de barcos. Fue también el lugar de almacenaje de los reactores nucleares (el 20% de la producción mundial estaba en Múrmansk), y es probablemente el efecto catastrófico más visible de la Rusia poscomunista. Los submarinos se oxidan lentamente sin plantas de reprocesamiento y generan toneladas de material radioactivo y desechos tóxicos. Se calculan veinticinco años para poder limpiar la



zona. Por el momento la ciudad ve su población descender por varias causas, entre ellas la emigración de jóvenes hacia San Petersburgo y Moscú, sin otro capital que su juventud. Los mayores quisieran hacerlo también pero no tienen nada que vender. Habitan viviendas que les dio el Estado soviético y que nadie quiere comprar, así que no valen nada. La expectativa de vida no supera los cincuenta años (algo menos para los varones) por dos causas, una es el alcoholismo, que incluye a la población infantil y, la otra, la alta toxicidad de la zona. Las calles se veían vacías y eso que era pleno verano. No quiero imaginar cómo será cuando cae la noche de meses.

Recuerdo poco de Múrmansk, sin duda, el monumento a Alyosha —diminutivo de Alexéi, nombre ruso muy popular que se le da al soldado desconocido, un hijo del pueblo que puede ser cualquiera. El pedestal mide siete metros y la estatua treintacinco. Alyosha, defensor del Ártico durante la Gran Guerra Patriótica, mira hacia el valle y el visitante lo mira a él, impresionado ante la mole de piedra que simboliza al ejército soviético. Yolanda guardó una pequeña colección de postales, que no sé si compró o se la regalaron durante la visita, en la que aparecen otras vistas.

Múrmansk fue fundada en 1916 por Nicolás II, lo que en términos rusos es como si fuese anteayer, una ciudad moderna en el sentido literal y totalmente soviética. Aquí no hay cúpulas, ni kremlines, ni palacios imperiales. Solo bloques de viviendas y avenidas, monumentos y memoriales de las guerras del siglo XX, instalaciones deportivas, y poco más. Volviendo a las postales, de acuerdo con la fecha impresa en ellas, fueron creadas en 1988, pero sus imágenes parecen ser muy anteriores, en cierto modo intemporales, tan realistas que son ficticias. En las avenidas y espacios que nos muestran apenas si hay personas, como si fuesen dibujos en los

que se hubiesen añadido algunas figuras humanas dentro del escenario. Tampoco los colores son reales, o bien las dieciocho fotografías fueron tomadas en un maravilloso día de sol, de cielo límpido, o bien fueron tratadas con la vieja técnica de colorearlas. Puesto que la memoria no contribuye a la descripción de Múrmansk, dejo que las imágenes hablen.

Fotografía 1. Plaza de la Constitución. Al fondo un edificio probablemente de oficinas. Enfrente la geometría de la plaza ajardinada, en la que podemos distinguir siete jóvenes en edad escolar, un hombre con gabardina amarilla y maletín, dos mujeres. En los límites exteriores, un tranvía al que cuatro personas van a subir, y en otro lateral un automóvil parado frente a la señal de P.

Fotografía 2. Cine Atlántica. No pasamos por delante. Tiene una bonita fachada arqueada que recordaría.

Fotografía 3. Monumento a Kirov, héroe soviético, probablemente asesinado por Stalin. Caminando al lado de la estatua, muy mediocre, por cierto, me parece distinguir al mismo hombre de gabardina amarilla y maletín de la lámina 1.

Fotografía 4. Monumento al héroe de la Unión Soviética. Frente a la estatua pasan unos adolescentes.

Fotografía 5. Monumento a las víctimas de la intervención de 1918-1920. Se refiere a la expedición militar internacional que durante la Primera Guerra Mundial combatió junto al ejército blanco anti bolchevique, particularmente en esta región. Es un templete de doble altura en color blanco que contiene en su interior una corona floral.

Fotografía 6. Avenida Lenin. Cuento dos tranvías y cinco vehículos. Es probablemente la perspectiva más larga de la ciudad.

Fotografía 7. Monumento a los defensores de las regiones polares soviéticas durante la Gran Guerra Patriótica 1941-1945. Es la imagen de Aliosha, ya mencionada.

Fotografía 8. De nuevo la avenida Lenin desde otro ángulo en el que puede apreciarse la estatua del epónimo.

Fotografía 9. Monumento a los soldados héroes de la 6ª batería Komsomol. Un bloque de piezas rectangulares sobre el que descansa un pequeño cañón, situado en una larga avenida en la que puede distinguirse un tranvía y un camión. Frente al monumento una adolescente lo contempla.

Fotografía 10. Departamento forestal. Una construcción inusual en el estilo de edificios y cuya fachada está revestida de troncos de madera.

Fotografía 11. Una enorme piscina cubierta.

Fotografía 12. La tienda de departamentos Volna, sus alrededores se ven más concurridos que el resto de las calles.

Fotografía 13. Palacio de los pioneros. Una construcción sólida de grandes proporciones frente al río en el que pueden distinguirse algunos veleristas.

Fotografía 14. Parque infantil del Distrito Lenin. Los muros exteriores simulan un castillo.

Fotografía 15. Palacio Kirov de la Cultura y Tecnología, en estilo de palacio neoclásico, con la fachada de color amarillo.

Fotografía 16. Hotel Arctika. Construcción de 18 pisos.

Fotografía 17. Vista de la ciudad desde la bahía Kolsky. Un solitario barco frente al panorama de edificios dispersos de Múrmansk.

Fotografía 18. Estación de tren, muy similar a las que ya conocemos, en estilo decimonónico. Última estación en esta ruta hacia el norte.

Las postales contienen efectivamente la esencia de una pura ciudad soviética. Suponiendo que la fecha 1988 sea cierta, se trata de un testimonio gráfico del pasado registrado poco antes de su desaparición.

Múrmansk está muy cerca de Níkel. Si Múrmansk alberga toneladas de material radioactivo, Níkel sufre las emanaciones de dióxido de sulfuro y polvo de las minas de níquel que hacen de la atmósfera una capa permanentemente gris. La mina está a unos 20 kilómetros, y en ese lugar explotó la última bomba nuclear bajo tierra en 1984. Estuvo prohibido el acceso hasta 1999 y cuando la agencia de viajes solicitó por primera vez el permiso para llevar turistas en tren, fue en primera instancia denegado por la KGB. Aun ahora, fuimos advertidos, puede ocurrir que las autoridades sorpresivamente impidan el acceso. La atmósfera sórdida de Múrmansk es poca cosa comparada con Níkel, donde viven unas doce mil personas. Recuerdo que, en el trayecto desde Múrmansk en autobús, en silencio, contemplando una escena de género apocalíptico, comencé a sentirme incómoda y un tanto aprensiva. Afortunadamente no teníamos planeado comer nada en esta visita.

Sobre comida se produjo una anécdota que causó risa y a mí me pareció muy triste. Fuimos acompañados por una guía local que daba someras explicaciones sobre el pasado y trataba inútilmente de convencernos de que en el presente la vida en la región era bastante buena, incluso saludable. Relató que su esposo había salido a pescar salmones ese día, y había capturado uno de novecientos kilos. Todo el mundo se rió y ella, avergonzada, rectificó y dijo otra cantidad más plausible. No

sé nada de piscicultura pero obviamente aquél no podía ser el peso de un ejemplar de salmón. Yo interpreté que el error de aquella mujer delataba el deseo de que la vida en el norte de la península de Kola fuese próspera, abundante y sana, como lo atestiguaba su esposo, pescador de salmones gigantes. Pero esas son cosas de vieja psicoanalista buscando la quinta pata del gato.

Regresamos a la estación de Múrmansk un tanto cabizbajos y tratando de hacer chistes sobre aquellos lugares como destino vacacional, pero lo cierto es que allí vivían personas que no podían escapar, no porque la policía o el ejército lo impidiesen, como quizás en otros tiempos, sino porque no tenían ni cómo hacerlo ni a dónde ir. Nosotros nos dirigimos a Kem, desde su embarcadero navegaríamos el mar Blanco hacia el archipiélago Solovetsky en un trayecto de dos horas y media. Son seis pequeñas islas y en conjunto la población es de aproximadamente mil habitantes. En invierno quedan aislados porque el mar Blanco se congela y la única vía es aérea, lo que no parece muy frecuente en esos meses (ni en ningunos).

Cuando desembarcamos, la guía del museo-fortaleza Solovetsky nos estaba esperando con un cartelito que llevaba el número tres. Era sábado y había muchos visitantes, la mayoría nacionales. Las mujeres con sus pañolones sacaban las viandas de las grandes bolsas de cuadros sentadas a los pies de una inmensa campana. Los rusos tienen una obsesión con las campanas —la recoge Andrei Tarkovski (1932-1986) en su film *Andrei Rublev* (1966) donde inmortaliza al pintor de íconos como testigo de la fundición de una enorme campana en honor de un príncipe. Por lo poco que pudimos hablar con la guía, la mayor parte de los habitantes, ella incluida, no habían salido nunca de la isla. Era una persona de edad imprecisa, a





veces parecía joven, otras no. Hablaba sin mirar a nadie, como una ciega o como dirigiéndose a un interlocutor imaginario, o al mar; llevaba la cabeza cubierta con un velo y estaba vestida con una larga falda que la hacía aparecer como una mujer antigua o una monja. En realidad estaba vestida apropiadamente para su trabajo. Los monjes del monasterio no permiten que las mujeres entren con la cabeza descubierta y usando pantalones. Para lo primero estábamos advertidas de que en las iglesias ortodoxas, como fue costumbre décadas atrás en las católicas, el uso del velo es obligatorio y llevábamos siempre un chal o una bufanda con ese fin, pero para las faldas no estábamos preparadas y tuvimos que ponernos sobre los pantalones los trapos sucios que proporciona el monasterio. Eso y el uso de las letrinas fueron el precio a pagar por conocer Solovetsky.

El monasterio tiene una larga historia. Fue fundado hacia 1420 por monjes que construyeron el kremlin, para lo que necesitaron casi un siglo, y posteriormente las iglesias. Valga la pena acotar que en la iglesia ortodoxa no hay órdenes religiosas y los monjes se agrupan voluntariamente en monasterios que quedan a su cuidado, aunque están bajo la autoridad del Patriarca de Moscú y de todas las Rusias. Deben permanecer célibes, a diferencia de los popes que pueden contraer matrimonio. Los primeros están consagrados a la oración y los segundos ejercen funciones similares a las de los sacerdotes o reverendos. El conjunto amurallado contiene el kremlin, la iglesia de San Nicolás y las catedrales de la Asunción y de la Transfiguración. La visita completa dura unas cuatro horas e incluye un pequeño museo. Siguiendo con la historia de los monjes, en el siglo XVII, cuando se produjo el cisma de la iglesia ortodoxa

que comenté, permanecieron fieles como antiguos creyentes, y por esa razón fueron invadidos por las tropas del zar que terminaron degollando a toda la población.

El conjunto es una fortaleza militar y religiosa, establecida en un lugar inhóspito, pero también lo es su historia. Fue el primer Gulag fundado por Lenin, e instaurado en 1923 hasta 1939 con el nombre de Campo Solovki para Propósitos Especiales. El museo es un recinto pequeño que guarda fotos de los condenados, la mayoría de los cuales lo fueron por razones religiosas que se tornaron políticas; especialmente la de un niño mártir causó en Yolanda una gran impresión que trasladó a «Fortaleza»\*.

El niño que murió de viejo  
en el islote  
es ahora libre en su altar.

Los rumores de malos tratos a los prisioneros hicieron que el régimen soviético encargara al escritor Maxim Gorki visitar el campo, y sus conclusiones fueron muy positivas, todo iba bien en Solovki. No así lo vio Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008), que muchos años después se inspiró en investigaciones sobre este lugar para escribir su célebre *Archipiélago Gulag* (1973). En 1939, ante la inminencia de la guerra, se convirtió en base naval. Ignoro cuál fue su destino durante la Guerra Fría, pero a partir de 1991 la situación cambió. En 1992 los monjes restablecieron el monasterio, en 2001 lo visitó Putin junto al Patriarca de Moscú, y, de acuerdo con el historiador Yuri Brodsky, en 2009, precisamente el año en que estuvimos allí, los

\* Yolanda Pantin, *21 caballos*.  
La Cámara Escrita, 2011, p. 45.

monjes decidieron retomar la exclusiva de la memoria, expulsaron a la asociación Memorial que se había ocupado de conservarla y despidieron a su presidenta, que tuvo que abandonar la isla. Comenzó entonces la desaparición de las exposiciones y de los grafitis que dejaban los prisioneros, se hicieron cambios en los edificios y en algunos itinerarios del complejo, de modo que se borraron las huellas de las torturas y los asesinatos. Los monjes consideraron que aquellos vestigios eran una forma de profanación, así como la afluencia de visitantes. En 2016 la sección Gulag, es decir, el pequeño museo, fue cerrada, y se limitaron las entradas de turistas al complejo. Otro ejemplo de cómo funciona la memoria rusa. Mis conocimientos de la historia son totalmente insuficientes y no puedo saber las relaciones entre el poder soviético y el poder religioso, pero la presencia de catedrales, iglesias y monasterios hace pensar que se mantuvieron a lo largo de la era soviética. Es bastante obvio que la visita de Putin, la presencia del Patriarca, y la apropiación de la memoria por parte de los monjes tienen una conexión.

Pensemos en Venezuela. El ánimo venezolano es borrar lo desagradable, lo que no se quiere recordar, y cada día parece ser más importante conservar las memorias de la crueldad de estos años. Por ejemplo, el centro de detención y torturas conocido como «la tumba», en la sede del Sebin<sup>1</sup> de la plaza Venezuela de Caracas, debe ser conservado a toda costa, igual el Helicoide, con visitas guiadas y con el respeto que merecen las víctimas. Mucho me temo que estos lugares terminarán desahuciados, violentados, vandalizados. Leía hace poco un tuit en el que alguien decía que no era posible fijar un día para recordar a las víctimas, pues eran tantas. Para eso existe el Día de la Recordación, se escoge una fecha adecuada y se acoge

<sup>1</sup> Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional.

bajo ella a las víctimas de la dictadura venezolana del siglo XXI. O de la violencia de Estado, si se quiere otra denominación.

El regreso a Kem sí que fue memorable. Estábamos aproximadamente en la mitad del trayecto cuando el motor se apagó. El barco estaba abarrotado porque la travesía se hacía solamente dos veces al día, y ésta era la última. Los pasajeros se inquietaban, compraban cervezas y chucherías, circulaban entre los asientos. Transcurría el tiempo y allí seguíamos. El anciano aristócrata nos comentó después que había pensado que era el viaje final, ciertamente no parecía que aquel barco tuviera un sistema de comunicación demasiado eficiente, ni tampoco que hubiera equipos de salvamento dispuestos a enviarnos auxilio con otras naves o helicópteros. Ni siquiera creo que contáramos con salvavidas, aunque la baja temperatura del agua los hubiera hecho ineficaces, y menos botes de salvamento. Sin embargo, permanecí tranquila, aburrida en aquella incómoda silla y mirando por la ventana un cielo siempre gris. De pronto se escuchó el ruido del motor. No era nuestro destino ahogarnos en el mar Blanco.

Faltaban tres ciudades importantes por visitar, Arcángel (Arkhangelsk), Vólogda y Úglich, en ruta a Moscú. Antes de entrar en Arcángel visitamos un museo al aire libre, Malye Karely, que exhibe la arquitectura de madera propia del lugar y un cementerio con la iglesia en la misma factura. Yolanda tuvo una irremediable necesidad que la llevó a las letrinas, unas letrinas instaladas en una casa, es decir, un piso de madera con espacios entre los listones. Nuestra compañera de viaje, la misionera, le advirtió que tuviera mucho cuidado, era fácil caerse entre los listones y desaparecer en un pozo de heces. No me explico cómo Yolanda persistió en su empeño. Peores que las letrinas de Solovetsky.

Arcángel fue el puerto más importante de Rusia hasta la fundación de San Petersburgo, y junto con Múrmansk los dos puertos de abastecimiento de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial para socorrer el asedio a Leningrado. La ciudad es muy antigua, fundada por Iván el Terrible, aunque ya en el siglo XII estaba emplazado allí el monasterio de San Miguel Arcángel, al que debe su nombre. Caminamos por el paseo del más contaminado río de Rusia, el Dviná; (el tema de la contaminación en Rusia es persistente. En la estación de ferrocarril de Shies, de esta región de Arcángel, muchas personas, ignoradas por Putin, acampan para evitar la construcción de un vertedero inmenso destinado a la basura de Moscú, que no es capaz de reciclar sus residuos sólidos).

El paseo del río es amplio e iluminado, y abre a una escalinata de símbolos marinos en el que se encuentran varias estatuas, como las del almirante y del marinero, ambas en estilo cubista. Es una ciudad de rica estatuaria, aunque la estética sea dudosa para el gusto occidental. La más famosa en este sentido es la calle peatonal Chumbarovka en la que pueden verse las tradicionales casas de madera y una serie que apela más a los personajes populares que a los héroes. Por ejemplo, una mujer sentada en un banco, y a sus pies un niño y un gato; un campesino a horcajadas sobre un gran pez, que parece un loco o un borracho; un poeta con su libro abierto leyéndole a las masas; un anciano con cara de profeta; y la más famosa, el escritor, artista, etnógrafo, y autor de cuentos de hadas, Stepan Pisakhov, nacido en Arcángel y representado como un hombre diminuto con un sombrero ajado, que extiende la mano al visitante como si fuese un mendigo. La calle Chumbarovka, creo recordar, sale de la plaza Lenin, que a su vez comienza con el obelisco del Norte,

que representa a un hombre y un ciervo que hacen pensar en San Nicolás. Probablemente la estatua de Lenin sea la más impresionante de todas las que vimos, por su tamaño, su disposición en estrella, rodeada de altos y contundentes edificios frente a un rascacielos y delante del edificio sede del consejo de diputados; desde allí un largo pasillo conduce hasta Lenin. Sus piernas surgen del pedestal de piedra en el que se asienta. Recuerdo una pintura ingenua, creo que en un muro de la avenida Baralt de Caracas, en la que Chávez surgía de la tierra como un árbol, representando la consustanciación del héroe con el suelo de la patria. En este caso el héroe pertenece a la piedra, indestructible. Y en la plaza inmensa, en medio de los imponentes edificios administrativos —es de suponer que hoy muchos de ellos vacíos—, suben unas enormes escaleras con peldaños de material noble, probablemente mármol, ahora rotos; al fondo pudimos ver un Lada. Es en estos espacios donde se dramatiza la relación entre el individuo y el Estado. El Estado omnipotente se representa a sí mismo en sus sedes y monumentos, mientras que el individuo, lo quiera o no, percibe su minoridad frente al poder. Esto se me hizo patente en Arcángel, una ciudad por otra parte prescindible en un recorrido esencial de Rusia. El poscomunismo soviético muestra el afán totalitario de conmemorarse, vivir en la memoria colectiva, que además se puede trastocar según las necesidades de la historia. Y allí están sus construcciones para demostrarlo. Desde Iván el Terrible hasta Putin, pasando por Lenin, aquí estamos en línea directa, parecen decir. Somos el poder, y lo muestran las catedrales, los kremlines, los edificios y monumentos. Entonces, en Venezuela, ¿qué han construido estos aprendices de totalitarios? Nada. No pretenden dejar memoria. Solo devorar el presente. Solo una orgía de destrucción.

La estrella roja



De allí partimos hacia Vólogda, también fundada por Iván el Terrible. «Nació Shalamov», anota Yolanda en la hoja del itinerario (Varlam Shalámov, 1907-1982, autor de los célebres *Relatos de Kolimá*, nombre del gulag donde estuvo preso muchos años). Contrasta con Arcángel, ciudad administrativa y soviética. Vólogda es una ciudad amable y nos dedicamos a pasear por la plaza frente al kremlin y comprar algunos *souvenirs* de vendedores ambulantes. Creo que uno de ellos fue un juguete que consiste en unos pollitos que suben y bajan según se hala un hilo. También vimos en un museo de artesanías una muestra de encajes. En comparación con Arcángel esta parecía una ciudad civil y pacífica. Aquí volvíamos al romanticismo ruso, las catedrales pintadas en colores pálidos, las esculturas de poetas. Yolanda, amante de los caballos, tomó unas cuantas fotos del monumento a Konstantin Bátiushkov, nacido en Vólogda, y a quien se considera precursor de Pushkin. No es una estatua ecuestre, el joven poeta lleva al caballo por la brida.

De aquí a Moscú solo faltaba una parada, Úglich. Llegamos muy tarde por los consabidos retrasos a los que nos obligaba la locomotora, pero en el camino disfrutamos grandes vistas del Volga. Después de Úglich venían muchos kilómetros sin visitas y con paradas técnicas, probablemente las que más disfrutaron los fanáticos de las locomotoras de vapor porque el maquinista nos iba a dar una gran oportunidad, haría salidas en falso exclusivamente para que pudiéramos fotografiar el tren de frente. No me interesaba en absoluto, aunque ciertamente es bastante impresionante estar subida a un tren cuya locomotora lleva la estrella roja y el escudo de la hoz y el martillo. Dice Yolanda en «Hedor»\*:

\* Yolanda Pantin, *21 caballos*.  
La Cámara Escrita, 2011, p. 17

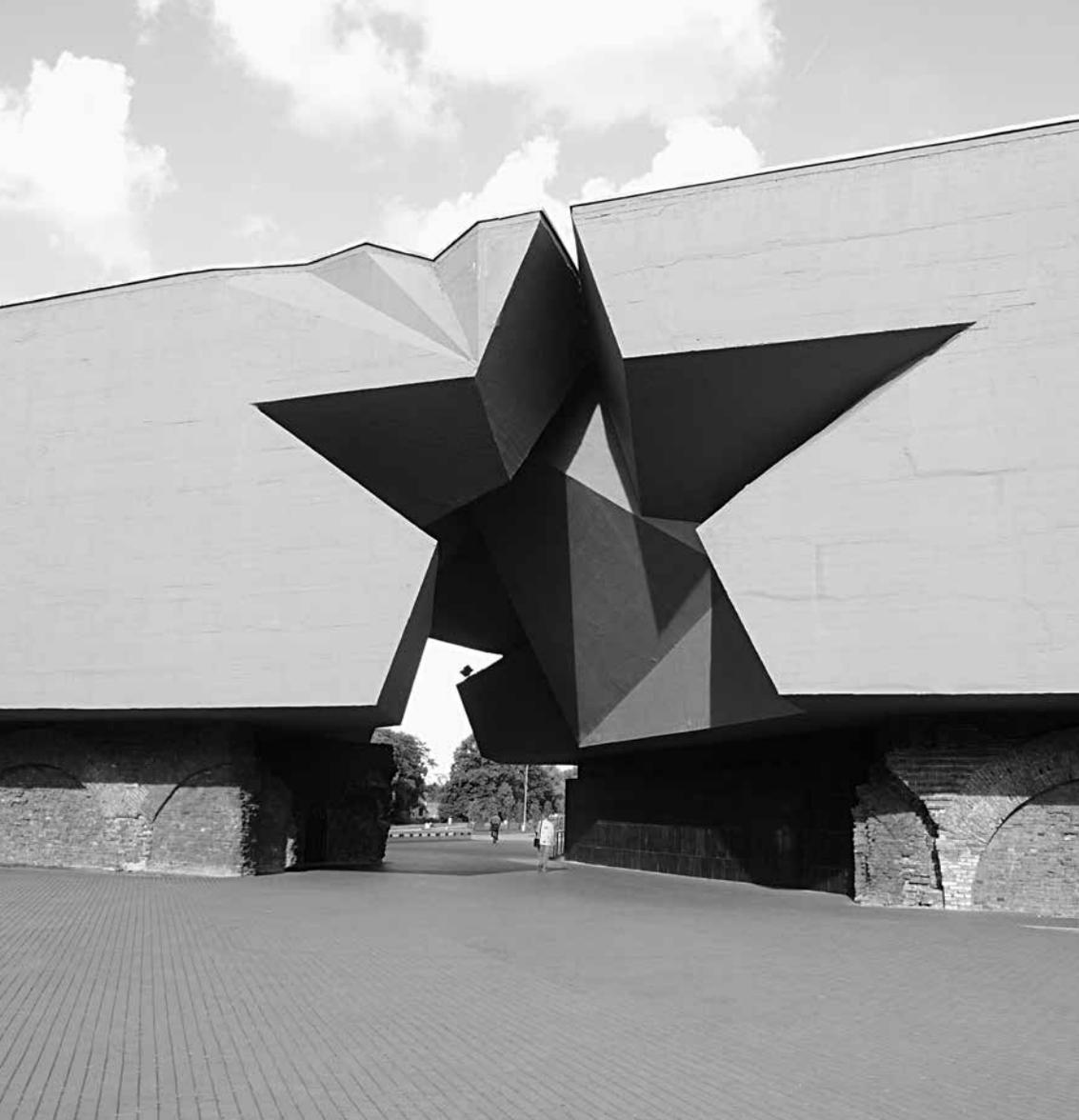
Por los pueblos va la estrella gastada, va  
dejando la estela de memorias lloradas  
en los cementerios.  
Y un hedor alocado en el tiempo.

Era interesante vagar con cierta soltura por las estaciones de pequeñas poblaciones, e incluso caminar al lado de las vías y ver las viviendas campesinas. Ver y ser vistos porque los habitantes sentían también curiosidad, especialmente los niños que se acercaban y pedían ser fotografiados. En aquellas regiones sin ningún interés turístico, y a las que probablemente solo acceden los lugareños, unos extranjeros eran motivo de curiosidad. Las fotografías recogen que en aquellos parajes se asomaban restos de construcciones, paredes grafiteadas, objetos destruidos, fábricas abandonadas.



## **QUINTO VIAJE**

15 DE AGOSTO - 1 DE SEPTIEMBRE 2010



Fortaleza de Brest. Bielorrusia

Minsk - Brest (Bielorrusia)

Leópolis - Yalta - Kiev

Odesa (Ucrania)

Chisináu (Moldavia)

Bucarest (Rumania)

Llegamos a Minsk el domingo 15 de agosto. Pasamos el control de inmigración sin visado ya que nuestra amistad con Lukashenko nos concedía ese honor a los venezolanos (ahora Bielorrusia ha descubierto la importancia del turismo y ha eliminado los visados para permanencias cortas) y nos alojamos en el hotel Minsk, situado en la avenida Nezavisimosti, una vía céntrica de la ciudad. Salimos a la calle inmediatamente en medio de una ola de calor poco menos que insoportable, pero estaríamos solamente dos días allí, así que no podíamos desperdiciar ni un minuto. Frente al hotel destacaban las llamadas «puertas de la ciudad», unas torres gemelas con cúpulas construidas después de la guerra en el mismo estilo estalinista de los palacios de cultura. Hoy alojan negocios, oficinas, restaurantes. Un poco más adelante puede verse una iglesia de color rojo, dedicada a san Simón y santa Helena, que no visitamos.

Quizás por ser domingo por la tarde se veía poco tráfico de automóviles y de personas, o quizás porque son espacios inmensos —tanto las avenidas, en el estilo ruso de las perspectivas, como las plazas—, o porque no llega a los dos millones de habitantes en un país que no alcanza los diez. Las fotos de ese día y las del siguiente, que era laborable, muestran unas avenidas desoladas, y al mismo tiempo ofrecen una magnífica visión de una ciudad soviética. La historia bielorrusa supera por

completo mis posibilidades de comprensión, lo que me queda claro es que durante la Segunda Guerra Mundial perdió un tercio de la población y la ciudad de Minsk fue destruida en un 80 %. Como no tenía antecedentes importantes de arquitectura histórica la reconstrucción produjo una ciudad enteramente soviética que se conserva casi intacta con nuevos añadidos que siguen el estilo kitsch ruso poscomunista de difícil descripción. Tampoco las condiciones políticas han variado mucho. Su presidente, Aleksandr Lukashenko, gobierna el país desde 1994 con una economía controlada por el Estado y un régimen que él mismo caracteriza de autoritario, y en algunas regiones rurales de servidumbre<sup>1</sup>, pues los campesinos no tienen libre tránsito por el país ni pueden abandonar los lugares donde están ubicados, algunos conservan el sistema de producción de *koljós*. Es el único país postsoviético que no ha modificado la denominación del organismo de inteligencia que conocemos con las siglas KGB. Así que en rigor no puede hablarse de un país poscomunista.

No está de más recordar que Hugo Chávez visitó tres veces Bielorrusia, y Lukashenko estuvo en cuatro oportunidades en Venezuela, además de que asistió con su hijo menor Nikolai a los funerales del venezolano. También Nicolás Maduro hizo una visita en 2017 y develó el busto del Libertador en el Parque Simón Bolívar de Minsk donde, según se dice, se celebran anualmente las conmemoraciones de nuestra independencia. En 2009 se fundó el Centro Cultural Latinoamericano Simón Bolívar, auspiciado por Chávez para fortalecer las relaciones de ambos pueblos. Las noticias de prensa estilo soviético afirman la «estrecha amistad» entre los bielorrusos y los venezolanos. Recuerdo la marcha de unos soldados bielorrusos en un desfile patrio, nada menos que la conmemoración del bicentenario de la independencia

<sup>1</sup> Sistema de dominación campesina que existió en Rusia hasta que en 1861 fue abolido por el zar Alejandro II.



en 2010, que asombraban por la precisión y marcialidad de su paso en la avenida Los Próceres, mientras aviones chinos y Sukhoi rusos surcaban el cielo de Caracas. Esa ha debido ser una pieza de *reality show* insuperable para Chávez. También hubo muchas menciones de participación bielorrusa en la fabricación de viviendas, pero, como otras tantas, son noticias que se van extinguiendo.

En nuestro paseo por la avenida Nezavisimosti (Independencia), nos detuvimos un buen rato en una fuente adornada con unos grandes pájaros, que contiene la representación de los escudos de las diferentes provincias. Los pájaros no sé a qué especie pertenecen. En la base de la fuente los visitantes se remojaban los pies, eran casi todos jóvenes que lucían sus aparatos electrónicos tomando fotos y sus botellones de coca-cola. Los bielorrusos son cien por ciento eslavos y de fenotipo muy homogéneo, porque en Bielorrusia no hubo el mestizaje euroasiático que puede encontrarse en Rusia. Son muy bellos, bien conformados, encarnan la imagen viva de las representaciones pictóricas de la alegría y progreso comunistas.

La avenida recorre unos quince kilómetros en conjunto. Nosotras caminamos hasta la plaza Nezalezhnasti rodeada por una mole de edificios que componen las dependencias del gobierno, frente a los cuales, por supuesto, se presenta la estatua de Lenin. La plaza, tengo entendido, tiene un área superior a la Plaza Roja de Moscú. No por nada Minsk es una de las doce ciudades heroicas de la URSS. Regresamos al hotel, un edificio de los años cincuenta que fue durante mucho tiempo el más importante de la ciudad y que hoy ha sido ampliamente superado por una impresionante oferta de alojamientos de todos los precios, lo que no deja de ser sorprendente porque no es un punto turístico demasiado atractivo ni variado (luego veremos la

causa). El año de nuestra visita no vimos *boutiques* de lujo que ahora abundan. Por mera curiosidad entramos en unos grandes almacenes en los que vendían mercancía barata, salimos rápidamente porque el calor era intolerable. Esa noche conocimos a nuestros compañeros de viaje, a la guía bielorrusa (no recuerdo su nombre porque lo fue por poco tiempo) y a quien nos acompañaría el resto del camino a partir de Brest, Iryna, una guía excepcional. Nacida en Leópolis, hoy Ucrania, de padre ruso y madre polaca (Leópolis fue parte de Polonia antes de ser incorporada a la URSS), hablaba en polaco con su madre y pasaba del ruso al ucraniano sin casi darse cuenta, además de un perfecto inglés y un conocimiento de historia y cultura de su país muy notable. A diferencia de la bielorrusa, que jamás hizo un comentario político, a Iryna le encantaba hablar de política, y sobre todo hablar mal de los rusos. Cuando alguien, sabiendo que era ucraniana, se dirigía a ella en ruso, se indignaba. Los hablantes de ruso, bielorruso y ucraniano pueden comprenderse entre sí sin mayor problema. El bielorruso está desapareciendo, solamente es hablado por las personas mayores y en las zonas rurales porque la educación formal es en ruso.

Al día siguiente con el resto del grupo hicimos un recorrido similar al que habíamos hecho por nuestra cuenta, pero en esta ocasión ampliado. Plaza de la Independencia, de Octubre, de la Victoria. Independencia, Victoria, nombres que se repiten y que a veces no se llega a entender exactamente cuál hito histórico conmemoran. Visitamos también, aunque solo desde el exterior, la biblioteca nacional equipada con una tecnología de última generación que nos hubiera gustado conocer mejor, le dimos un vistazo al mural policromado dedicado a Yuri Gagarin, y cruzamos el puente peatonal sobre el Svislach para visitar un islote conocido como «isla

de las lágrimas» por el memorial construido en 1988 en homenaje a los soldados bielorrusos caídos en la guerra de Afganistán. Los motivos del memorial son muy curiosos, no han sido diseñados en clave heroica o militar sino más bien religiosa. El edificio se asemeja a una iglesia y los portales se componen de unas esculturas que representan figuras femeninas, vírgenes llorosas que portan una imagen de Cristo. El obelisco está coronado por un ángel. En conjunto no tiene ningún significado artístico de importancia, pero al parecer es un lugar simbólico de la ciudad, lo expresan las coronas de flores ofrecidas a los pies del monumento, los candados que ensartan los enamorados como testimonio de su amor eterno, y la costumbre de los recién casados de fotografiarse en ese escenario, de sombrío augurio, pienso. De allí visitamos el Yama Memorial, el memorial del holocausto judío de la ciudad. Está situado en un parque, pero no sé el nombre ni he podido encontrarlo. Construido en 1947 recuerda al de Varsovia, las mismas figuras macilentas que descienden unas escaleras hacia su destino final. Era la introducción a lo que visitaríamos por la tarde.

Después de una hora de recorrido llegamos a Khatyn. El nombre causa confusión por ser, al menos en nuestra pronunciación, idéntico a Katyn. Su destino es también muy similar. En el bosque de Katyn (Polonia, hoy Rusia) ocurrió una matanza ordenada por Stalin cuando los soviéticos invadieron Polonia en 1940 en la que fueron asesinadas veinte mil personas, la mayoría militares de alto rango, prisioneros de guerra, policías, y civiles pertenecientes a la intelectualidad polaca. *Katyn* (2007), el filme de Andrzej Wajda, hijo de uno de los oficiales asesinados, da cuenta espléndidamente de los acontecimientos, así como de las dos versiones, rusa y alemana, de lo ocurrido; durante mucho tiempo los rusos culparon a los alemanes

hasta que el estudio de la balística reveló que los fusilamientos fueron ejecutados con armas soviéticas. El Khatyn de Bielorrusia fue una aldea de veintiséis casas y 156 habitantes, arrasada en 1943 hasta sus cimientos por los alemanes con la colaboración de ucranianos nazis, y asesinados todos los habitantes menos Yuzif Kaminsky (1887-1973), único adulto que sobrevivió, y algunos niños que lograron esconderse. La estatua de Kaminsky, realizada en bronce, nos recibe desde sus seis metros de altura con uno de sus hijos en brazos.

Khatyn es el símbolo de los más de 5.000 asentamientos bielorrusos destruidos por los nazis, solo en la región 186 aldeas fueron arrasadas y no se reconstruyeron; en 1969 se erigió el complejo memorial que lleva su nombre. Contiene veintiséis chimeneas con campanas en memoria de las veintiséis casas, y las campanas suenan cada minuto. En un muro están inscritos los nombres de los campos de concentración de Bielorrusia, y más adelante se despliegan los símbolos de las 186 aldeas que allí se conmemoran. En un diseño perfectamente geométrico se construyeron 186 cubos, rojos y negros, que las señalan. Ignoro la simbología de estos colores. La desolación del paisaje, las construcciones en piedra conmemorativas de otras 433 aldeas aniquiladas, la ausencia de figuras humanas salvo la de Kaminsky, en su absoluta soledad de único sobreviviente, confluyen en una experiencia inolvidable. Por mi parte hubiera sido suficiente pero el día no había terminado.

Almorzamos de regreso en Minsk para después ser recibidos por una familia local y tener la oportunidad de escuchar a unos lugareños hablar sobre su vida ordinaria. La familia estaba compuesta por una pareja bastante joven; ella, médica, él, ingeniero, y dos niños varones de unos ocho y doce años. Vivían en un pequeño

pero cómodo apartamento en un barrio que no logro recordar, si es que alguna vez supe el nombre, y resultaban ser una típica familia de clase media profesional de padres preocupados por la educación de sus hijos, a quienes costeaban una escuela privada por considerarla de mejor calidad que la pública, y que intercambiaban su cuidado sin prejuicios de género. Se suponía que tomaríamos el consabido té, pero la anfitriona desbordó por completo las expectativas y atiborró la mesa de platos con las comidas y bebidas más variadas. Era embarazoso porque, como dije, habíamos comido hacía poco y nadie tenía hambre, y al mismo tiempo nadie quería dejarle su obsequio sin atención. Nos servíamos pequeñas raciones, y ofrecíamos excusas por no consumir más. La muchacha estaba decepcionada, era evidente. No era muy habladora, o no tanto como el marido que se expresaba bien en inglés y conversaba continuamente. Los niños nos llevaron a su habitación donde pudimos ver unos afiches de Disney, los *101 dálmatas* creo, y la jaula de un hámster que tenía el menor. El mayor tocaba la guitarra y fue obligado a darnos una pequeña demostración de lo que había aprendido. Eran niños simpáticos, un tanto intimidados por la presencia de extraños y verse obligados a hablar una lengua de la que apenas sabían unas palabras. Finalmente la visita concluyó y pudimos irnos a descansar al hotel. Para mí fue solamente un ejemplo de que, a pesar de la dictadura y control férreo de la población, unos jóvenes educados durante la era soviética estudiaron profesiones universitarias y lograron, en la era postsoviética, un nivel de vida similar al de otras sociedades europeas. Probablemente un caso entre muchos que no tuvieron el mismo desenlace. Para Yolanda la cosa iba más lejos. Todo era un montaje. Ni él era ingeniero, ni ella médica, ni los niños acudían a una escuela privada. Los afiches

de Disney habían sido instalados el día anterior, junto con el hámster, y la comida había sido costeadada por la agencia de viajes (lo que era obvio). Lamentablemente no recuerdo lo conversado en medio de aquella teoría conspirativa que supone Yolanda, aparte de que los norteamericanos hacían gala de una actitud condescendiente, más exactamente *patronizing*, es decir, afables y tratando de ocultar su superioridad, mientras sonreían admirados de que los bielorrusos no escondieran un puñal detrás de la espalda y de que fueran tan buenos padres y los niños tan buenos hijos.

Al día siguiente visitamos el mercado principal y Yolanda insistió en su teoría conspirativa. El mercado también era un montaje. No puedo saber cómo son los mercados bielorrusos porque éste fue el único que conocí, y por supuesto que era real, recuerdo que pensé, lástima que no hayan traído a Chávez de visita para que viera cómo debe ser la alimentación socialista. En general los mercados son un punto que prefiero omitir porque me aburren soberanamente, sin embargo éste era comparativamente interesante, bastaba ver la calidad y abundancia de los productos para darse cuenta de que en Venezuela jamás podrían ofrecer un «montaje» de esas características. La visita fue corta y de allí nos dirigimos al museo estatal bielorruso de la historia de la Gran Guerra Patriótica.

La construcción del museo comenzó durante la ocupación nazi y se inauguró antes de finalizar la guerra en 1944, fue trasladado en 1966 a la plaza de Octubre (Oktyabrskaya). Aquí comienzan las dudas, ¿qué museo visitamos en 2010? Precisamente ese año comenzaron los planes para una nueva sede que se inauguró en 2014 en la plaza de los Héroeos, pero la guía que nos acompañó en la visita no lo mencionó, quizá no lo sabía o no estaba autorizada para decirlo. Era una mujer

muy bien informada en lo que a la exposición se refiere y parecía, o nos lo pareció, genuinamente comprometida con el museo y con la historia que relataba. En la visita se podía apreciar un conjunto valiosísimo de documentos y testimonios gráficos acumulados en una museografía un tanto desordenada, sillas que aparecían de pronto en medio de una sala, objetos sin clasificación, exhibiciones descuidadas. Yolanda insiste en que nuestra visita tuvo lugar en una sede provisional, y el desorden museístico pareciera prueba de ello. La otra posibilidad es que visitáramos la sede de 1966 en la plaza Oktyabrskaya. Cuando nos despedíamos la guía hizo un comentario inesperado, dijo que era probable que el museo cerrara pronto. Quedé sorprendida y pregunté la razón, «parece que se va a convertir en un casino», contestó. Esto era una ofensa histórica, ¿cómo podía Lukashenko permitirlo? En realidad el plan era hacer un nuevo museo, una construcción colosal de imaginario futurístico y funcionamiento *high tech*. Entiendo que es el museo de historia más grande del mundo. En todo caso, en cuanto a museos también Lukashenko le va ganando a Chávez, y en cuanto a si el antiguo museo pasó a ser un casino no lo he podido verificar, pero lo cierto es que Minsk tiene más de treinta, y hay muchos otros en el resto del país, incluyendo Grodno, la ciudad que quisimos visitar en honor de Blanca Strepponi, y Brest, la ciudad que visitaríamos a continuación. Los clientes son rusos y ucranianos, y Minsk es conocida como Las Vegas poscomunista. Esa debe ser la razón del pujante desarrollo de la hotelería.

De allí salimos en dirección a Brest, cuya fortaleza es la joya de la Gran Guerra Patriótica, en ella durante un mes los patriotas resistieron hasta el último sobreviviente. Fue declarada una de las doce ciudades heroicas de la Unión Soviética. La

ciudad está a una distancia de unos 350 kilómetros de Minsk, cerca de la frontera con Ucrania, y en la carretera volvimos a encontrarnos con campesinos que se desplazaban en carretas arrastradas por tracción animal, y en algún momento tuvimos que detenernos por una alcabala no sé si militar o policial, que quería revisar nuestros documentos. Llegamos a Brest un poco antes de las cinco de la tarde y yo veía la expresión preocupada de Iryna, sin comprender las razones de su preocupación; la luz en esos meses se extiende mucho tiempo y la tarde era espléndida. Pero Iryna sabía que si llegábamos después de pasadas las cinco, nos perderíamos el gran momento en que se escucha por última vez en el día a Yuri Levitan (1914-1983) anunciando la declaración de guerra contra Alemania el 21 de junio de 1941. No lo perdimos, y mientras resonaba por los potentes altoparlantes «la voz de la Unión Soviética», como se conoció a Yuri, su más famoso locutor, y su anuncio diciendo, «Atención, habla Moscú», cruzamos el inmenso bloque de cemento gris y atravesamos la entrada, que es una gran estrella, la estrella del ejército soviético, cortada al aire en la piedra, para recorrer así un gigantesco parque temático de conjuntos escultóricos en el más puro estilo del colosalismo expresionista inaugurado en 1971. En fin, si hubiéramos perdido ese momento, el ingreso a la fortaleza de Brest acompañado por la imponente voz de Levitan que repite una y otra vez la declaración de guerra ante la invasión alemana del 21 de junio de 1941, lo hubiéramos perdido casi todo. No abandono la esperanza de visitar algún día el otro gran parque temático de la antigua Stalingrado, a las orillas del Volga. Los rusos son únicos en este género estatuario, inmensos cíclopes en piedra, que curiosamente se asemejan a los juegos de *transformers* y otros seres futurísticos.

Cenamos en un pequeño restaurante y nos despedimos de la guía bielorrusa y su marido. Yolanda dice que entre ambos tenían una pequeña empresa de turismo, guiatura y transporte, pero recuerdo que también los guías lituanos mantenían una actividad similar, o quizás los confundo. Después nos alojamos en un hotel que, en aquel momento, ya de noche y muy cansadas, nos pareció un hotel de carretera, pero en realidad estaba en el medio de la ciudad de Brest que es muy desangelada. A la mañana siguiente temprano salimos en dirección a Leópolis. Nos esperaban 257 kilómetros de una vía no demasiado buena, sin contar el paso de frontera con Ucrania. Nos detuvimos un buen rato mientras las autoridades ucranianas revisaban los pasaportes, y obviamente los nuestros eran los más llamativos. Por cierto, lograr una visa de entrada a Ucrania fue parte del viaje. Después de unas cuantas gestiones que omito, llegamos a la conclusión de que la única posibilidad era el consulado ucraniano en Brasil, porque Venezuela dependía de esa delegación para cualquier trámite consular. En internet apareció el teléfono del consulado, llamé y le expliqué al cónsul el problema, dos ciudadanas venezolanas interesadas en un corto viaje turístico a su país. Medio en inglés medio en «portuñol» el cónsul me dijo que me enviaría la lista de todos los documentos que debíamos consignar y así se hizo, agregando un sobre prepagado para que regresaran los pasaportes. Esto nos producía mucho temor, que se perdieran en el camino. Hoy no se podría tomar ese riesgo. El caso es que el cónsul avisó por correo que todo estaba listo, llamé de nuevo y le rogué que cuanto antes nos devolviera los pasaportes vía Fedex. Se mostró desconcertado, no estaba muy seguro de cómo hacerlo. Le dije que le pidiera a



su secretaria que pusiera los documentos en el sobre y llamara a Fedex para que lo pasaran buscando. Finalmente, los pasaportes volvieron sanos y salvos a Caracas.

Llegamos a Leópolis por la tarde y la ciudad resultó sorprendente, no sabíamos nada de lo que nos esperaba allí, me refiero a su riqueza artística e histórica. Después, algunas lecturas me han permitido asomarme al cruce cultural de esta pequeña ciudad del este de Europa en la que han convivido el catolicismo, el cristianismo ortodoxo, el judaísmo, el protestantismo, el cristianismo armenio. Una ciudad que fue originalmente polaca (Lwów) y capital de la provincia rutena; luego austrohúngara (Lemberg, de la que provenían unos cuantos pacientes de Freud) y capital de la provincia de Galitzia; brevemente rusa; de nuevo polaca e invadida por la Alemania nazi (1941-1944); incorporada a la URSS en 1945 (Lvov); y finalmente, a partir de 1991, a Ucrania (Lviv). Había omitido que por el tratado de Brest-Litovsk el gobierno soviético recién instalado en 1918 entregó a Alemania los territorios que hoy componen Bielorrusia, Polonia, los países bálticos y Ucrania. Por eso insisto en que son historias nacionales de muy difícil comprensión para quien procede de una historia nacional mucho más lineal como es nuestro caso. En estos países la conformación de naciones se produce dentro de territorios que cambian constantemente de identidad por la anexión o desvinculación mediante tratados o como resultado de conflictos bélicos. Iryna, por ejemplo, nació allí cuando era parte de la URSS, pero cuando su madre nació era polaca, su padre era ruso y ella se sentía nacionalmente ucraniana. Y yo añadiría que con un fuerte sentido nacionalista. Le pregunté una vez qué pensaba de una posible anexión a la Unión Europea,

que al parecer algunos sectores ucranianos veían como deseable, y su respuesta fue, nosotros somos eslavos; a buen entendedor pocas palabras.

En el libro citado de Philippe Sands, el escenario principal es Leópolis, y el título, *Calle Este-Oeste*, se refiere a las dos vías principales de la ciudad en la que vivieron sus antepasados, pero no solamente de su genealogía directa sino también intelectual. Sands, nacido en Londres, es un importante jurista de derecho internacional, y en ese libro reconstruye la vida de dos abogados que vivieron y se educaron en Leópolis. Fueron ellos los que acuñaron los delitos de genocidio (Raphael Lemkin, 1900-1959) y crímenes contra la humanidad (Hersch Lauterpacht, 1897-1960), asentando las nociones jurídicas que han permitido la sanción y penalización internacional de estos crímenes. Pero hay otro libro, de género completamente diferente, que completa narrativa y poéticamente a Leópolis. Se trata de *Dos ciudades* de Adam Zagajewski, nacido en 1945 en una ciudad polaca de la que inmediatamente fue exiliado cuando se convirtió en una ciudad soviética. Su familia emigró a Gliwice, en Polonia, cuando tenía cuatro meses de nacido. «Y, no obstante, dondequiera que uno corte la vida, siempre la parte en dos mitades»\*, escribe.

La visita a Leópolis resultó insuficiente. Al igual que Cracovia, tuvo la inmensa suerte de no ser devastada durante la guerra y se conserva intacta. Es una ciudad centroeuropea y, salvando las proporciones, podría hacernos pensar en Viena por su estilo renacentista y barroco con edificaciones del siglo XVI y XVII, que se extienden hasta el XIX. Es única dentro de este viaje, aquí nada recuerda a los sóviets. Aquí no hay lenines por ninguna parte. Iryna estaba exultante, sentía un merecido orgullo por su ciudad y quería compartirlo. Era interesante visitarla con ella porque

\* Adam Zagajewski,  
*Dos ciudades*.  
Traductores: J. Slawomirsky y  
A. Rubio. Acantilado,  
2006, p. 12.

se sabía de memoria todos los rincones y cómo llegarles. En la visita al cementerio Lychavik, muy famoso porque varios mausoleos fueron obra de grandes artistas, dejó caer que allí se habían enterrado las familias con cierta prosapia en la ciudad, entre ellas la suya. Otro tema de Iryna era su madre, y se empeñó en que fuéramos a visitarla. Vivía en un apartamento céntrico, de grandes espacios y numerosas habitaciones, un tanto apolillado, donde nos recibió con mucho ánimo una mujer de unos ochenta años, que nos invitó a tomar té mientras conversaba bastante bien en inglés. Seguía leyendo el periódico y le gustaba estar al tanto de todo. Fue el momento en que Yolanda sacó de la cartera unos chocolates venezolanos que habíamos llevado para compartir, siguiendo sugerencias de la agencia de llevar algo propio de nuestro país. Iryna aseguró que el mejor chocolate del mundo era ucraniano. Quién iba a pensar que el cacao ucraniano fuese mejor que el venezolano, cosas del nacionalismo.

Al día siguiente viajamos por avión a Yalta, vía Kiev, porque no había vuelo directo. Aterrizamos en el aeropuerto de Simferópol y recorriendo la costa del mar Negro llegamos a Yalta, en la península de Crimea. Una región de descanso y de refugio. Pasaron largas temporadas allí muchos escritores exiliados de San Petersburgo por los zares, como Pushkin; o los que querían alejarse de los problemas de Moscú y vivir en un estilo bohemio o hippie *avant la letre*, como Max Voloshin (1877-1932) y Marina Tsvetáieva (1892-1941); los que pensaron que podrían evadir el poder bolchevique y se refugiaron en Crimea que se convirtió en asilo de los vencidos, como Ivan Bunin (1870-1953); los que emigraron, como Vladimir Nabokov (1899-1977) y Joseph Brodskiy (1940-1996); y muchos otros como Mijaíl Bulgákov (1891-1940).

Архитектура  
**В'РОТА**  
Житлові  
Маркетинг  
Ремонт  
www.vrota.com.ua  
ул. Герой УПА, 63 ☎ 243-0-888

**ВАЙЛАНТ**

**Експрес-Банк**  
просп. В. Чорновола, 67 тел. 52-80-96, 226-31-87, факс 297-12-30

PhotoMag.com.ua  
www.photomag.com.ua  
238-62-48  
СІМ'Я ТА БІЗНЕС

Дитячий садок  
www.vailant.ua

ПРО КУПИТИ  
ТА ПРОДАТИ  
www.vailant.ua

www.vailant.ua

ТІП «Тенісвіт-Зах»  
Львів  
032 22





También los zares fijaron allí su residencia de verano, lo que es fácilmente comprensible porque es la única región de Rusia donde el clima es benévolo. Yalta fue el balneario de la realeza y la aristocracia desde fines del siglo XIX, en consecuencia en la zona hay una profusión de palacios, castillos y mansiones más o menos extravagantes, de los que no mencionaré nada porque no me interesaron, a excepción del palacio de Livadia, erigido por Nicolás II, la casa de Antón Chéjov (1860-1904), y el paseo marítimo.

Yalta era un lugar que mi padre mencionaba mucho, la paz se firmó en Yalta, decía. En el palacio de Livadia, completamente blanco, en un estilo neorrenacentista, crucé emocionada aquella enorme y desolada sala en la que los fantasmas de Roosevelt, Churchill y Stalin nos miraban desde la serenidad del tiempo. Roosevelt ya estaba muy enfermo, añadía mi padre. Y efectivamente sus piernas tapadas con una manta lo confirman. Fue alojado en el mismo piso donde tenían lugar las conferencias por sus problemas de movilización. Otro enfermo fue Antón Chéjov, que buscaba paliar los efectos de la tuberculosis en el clima temperado del mar Negro. En aquella casa en la que pasó sus últimos años a las afueras de Yalta escribió *El jardín de los cerezos*. Me recordaba la casa de campo del filme *Quemado por el sol* (1994) de Nikita Mijalkov. Ésta, la de Chéjov, era entrañable, modesta y confortable, hogareña, en la que vivió con su madre también enferma, y su hermana María, que guardó todos los detalles y memorabilia del escritor con gran sentido de su importancia. Recorrer aquellos espacios era también emocionante. No todas las casas de escritores lo son, algunas son museos muy envarados en los que la presencia del autor ha desaparecido. A veces las casas conservan el alma de sus habitantes, otras

no. En esta villa de Crimea parecía que Antón iba a aparecer en cualquier momento por la puerta de la cocina.

El tercer lugar inolvidable es el paseo marítimo de Yalta, que se ha convertido en un lugar vacacional para los rusos y no tiene nada de la elegancia que puede suponerse en los primeros usuarios del balneario. La playa, a los ojos de venezolanas acostumbradas a otra cosa, es un pedregullero, no sé si el agua es fría o templada porque no se me ocurrió ni por asomo meter un pie. Iryna se puso el traje de baño y nadó con bastante soltura mientras nosotras, quiero decir las mujeres, mirábamos el mar sentadas en un banquito. Por alguna razón los caballeros no nos acompañaron. Yolanda y yo paseamos un rato al borde de la playa que no tenía demasiado interés, lo que sí mostraba una visión imperdible del kitsch ruso eran los jardines y paseos interiores, y allí pasamos un buen rato. A lo largo del paseo había tiendas que supongo de lujo, aunque no mostraban marcas internacionales, ventas de pinturas espantosas que pretendían ser cómicas, y puestos de comida; pero sin duda el centro de aquel despliegue eran los artefactos dispuestos para que el público se hiciera fotografías. Por ejemplo, tronos «imperiales», vestimentas «aristocráticas», motos de lujo. El gusto poscomunista destrozaba el sentido estético de los rusos. El lugar, sin embargo, mostraba los modos de una nueva clase que exponía su dinero y se expresaba sin miedo al ridículo. Por cierto, al final del paseo, en una esquina no digamos abandonada, pero sí solitaria, se alzaba la estatua de Lenin. Hacía días que no lo veíamos.

Después de una parada en las ruinas excavadas de Keroneso, antigua colonia bizantina que fue puerto de entrada al cristianismo en Rusia, llegamos a Sevastópol. Brevemente anoto que la ciudad fue fundada por Catalina II en 1783 y desde 1804



se estableció allí la base de la flota rusa del mar Negro, desde entonces hasta ahora. A partir de 1954 Crimea perteneció a la república socialista soviética de Ucrania y en 1991 a Ucrania. Se firmó entonces un tratado con Rusia según el cual la flota permanecería en Sebastópol veinte años. Y en efecto, en 2014 comenzaron las protestas hasta que en 2017 fue desconectada de Ucrania y anexada a Rusia, más por las malas que por las buenas. Éste es un ejemplo reciente de esta movilidad de los territorios que resulta difícil de entender para nosotros. Es como si fueran barajitas que se intercambian entre naciones más poderosas, de modo que han formado parte de distintos países. Esto (es una hipótesis volada, no hay que tomarla en cuenta) pareciera dar origen a fuertes nacionalismos que buscan la unidad y la pertenencia en claves más allá de lo territorial, y se refugian en intangibles como «esencia», «raza», «espíritu».

La ciudad en 2010 por supuesto que tenía un aire ruso, tanto por los turistas que aprovechaban el calor del verano para bañarse en aquellos pedruscos, como por los marineros que paseaban por todas partes. Incluso vimos manifestaciones pro rusas, con agitación de banderines y discursos. Por cierto, sucedió un extraño incidente, de pronto escuchamos que unos hombres nos gritaban a Yolanda y a mí en términos poco amistosos aunque, obviamente, no teníamos la menor idea de lo que querían decirnos. No estábamos asustadas, pero sí decidimos adoptar una actitud de prudencia porque era completamente inusual y de lejos daba la impresión de que el vodka tenía algo que ver con todo aquello. Llamamos a Iryna para que nos tradujera y se acercó para hablar con ellos, entonces nos explicó que nos habían tomado por alemanas. En aquellas geografías mucha gente odia a los

alemanes, y otros tantos a los rusos, así que no era imposible, lo que sí nos pareció raro es que nosotras les pareciéramos alemanas, por lo que me quedó la duda de que ésa fuera la causa de la ira de aquellos hombres, que tampoco sé si eran rusos o ucranianos. Lo misterioso de viajar sin lenguaje como clave de comprensión.

Después de un rato de pasear frente al mar por los jardines anexos al bulevar, nos dirigimos al Museo Panorama para ver la obra *Sitio* de Sevastópol (1854-1855), de Franz Roubaud (1856-1928), artista ruso de origen francés y especialista en la pintura de panoramas. Se trata de una obra circular que, en rigor, para ser bien observada requiere sentarse en el centro y tener la visual libre en 180 grados, lo que obviamente no es posible por los numerosos visitantes. Sin embargo, a pesar de ello pudimos apreciarla bastante bien. Es un gran lienzo al óleo con elementos tridimensionales en la técnica de diorama, que escenifica la batalla del sitio de Crimea, en el que por cierto combatió León Tolstói. Vimos una placa con su nombre en alguna parte del museo. Esta guerra, que tuvo lugar entre 1854 y 1855, fue una alianza de Inglaterra, Francia y el Imperio otomano contra Rusia por los motivos que casi siempre tienen las guerras.

Al día siguiente volvimos al aeropuerto de Simferópol para volar a Kiev, pero antes visitamos la mezquita y el museo histórico de Bakhchisárai, el antiguo kanato<sup>2</sup> de Crimea, fundado por los descendientes de Gengis Kan, que dominaba el territorio hasta que el Imperio ruso lo anexó, y los tártaros emigraron hacia las regiones otomanas. Durante su exilio en Crimea, Pushkin escribió el largo poema «La fuente de Bakhchisarai» (1824), inspirado en una leyenda que recrea el mundo del desaparecido kanato. La fuente, conocida como «la fuente de las lágrimas», ha

<sup>2</sup> Los kanatos eran los territorios gobernados por un kan, que en turco mongol significa máximo gobernante.

permanecido en el palacio, al lado de un busto de Pushkin y es lugar de peregrinación para ofrendar rosas al poeta.

En el camino al aeropuerto nos detuvimos porque Iryna quería comprar en los tenderetes de verduras y frutas al borde de la carretera. Regateó con la vendedora y salió triunfante de su transacción con unas ristras de ajos rojos y enormes. Llegamos a Kiev el 24 de agosto, día de la independencia de Ucrania. Era bastante tarde y todo estaba cerrado, pero teníamos hambre y nos indicaron que cruzando la calle podríamos encontrar abiertas algunas tiendas de comida para llevar. Nada más salir y ver las luces nos dimos cuenta de que aquella era una gran ciudad. Sin pretender aburrir a nadie resumiendo una historia que no conozco, es imprescindible mencionar el *Kievan Rus*, como se denominaba al Estado eslavo antiguo, fundado en el siglo IX, primero, para resaltar la antigüedad de esta cultura, y después porque el Rus de Kiev es el origen del legado histórico para rusos, bielorrusos y ucranianos. En el siglo XI alcanzó su mayor extensión, desde el mar Báltico hasta el mar Negro, de norte a sur, incorporando a todas las tribus eslavas paganas y cristianas. Se comprende, pienso yo desde la ignorancia, la vocación imperial y la difícil separación entre unos y otros, hijos todos de ese gran Rus.

Y allí estaba Kiev para deslumbrarnos. No nos imaginábamos una ciudad tan imponente, casi, e insisto en el casi, como San Petersburgo. De nuevo las grandes perspectivas, las plazas, las iglesias suntuosas, cuyos interiores de frescos y mosaicos marcaron el patrón de las iglesias ortodoxas orientales durante un milenio. Y sus edificios decimonónicos a lo largo de las avenidas principales que llevan a la plaza de la Independencia, conocida como Maidán, es decir, «la plaza». La noche

La fuente de Bakhchisarai.  
Crimea





Babi Yar. Kiev

siguiente salimos a verla, había una multitud de jóvenes en la calle, y al fondo un entarimado para espectáculos musicales y fuegos artificiales. Todo esto trajo recuerdos muy vívidos para Iryna de las elecciones de 2004 que dieron un resultado fraudulento a favor de Viktor Yanukóvich, lo que originó grandes protestas conocidas como la «revolución naranja». De noviembre de 2004 a enero de 2005 la gente se apostó en Maidán y en las largas avenidas que conducen a ella, para pedir una repetición de la segunda vuelta electoral. Iryna relataba con gran emoción cómo llegaba a Kiev gente de todo el país, y por la noche se repartían los víveres que traían desde las distintas regiones en un clima de hermandad. Estos acontecimientos fueron seguidos muy de cerca en Venezuela. Estaba muy reciente el fracaso del referéndum revocatorio de agosto de 2004, y las imágenes de los ucranianos encendiendo lumbres improvisadas para protegerse de temperaturas de muchos grados bajo cero hacían decir a algunos que aquella gente sí que tenía mérito, y no nosotros, que con tan buen clima no fuimos capaces de resistir en la calle. Al final la segunda vuelta electoral se repitió y el líder de la oposición Viktor Yushchenko, a quien decían habían envenenado, la ganó. Años después, en 2010, ganó de nuevo Yanukóvich. En las palabras de Iryna se percibía el desencanto, y también algo que los venezolanos conocemos muy bien, algo así como «no vale la pena explicar todos los detalles porque no los entenderías».

Esa tarde visitamos Babi Yar, traducido literalmente: «barranco de la abuela». Como se dijo *baba*, *babushka*, significa abuela, y también mujer casada, y se le dio ese nombre porque por el barranco pasaba un pequeño río al que las mujeres acudían para lavar la ropa. Una quebrada, diríamos nosotros. Hoy es un parque a las

afueras de Kiev, que aquel día parecía poco visitado para ser festivo. Yolanda tomó la fotografía de una joven madre que paseaba con un niño, ignorante seguramente de la tierra que pisaba. Ningún cartel lo señala o indica la dirección, llegas si sabes llegar. Y esto es lo más impresionante del lugar, que es un no-lugar. Al fondo unos matorrales y detrás una construcción anodina, como de un almacén de depósitos fuera de uso. No hay nada que indique la masacre que allí se cometió en septiembre de 1941. La Unión Soviética no permitía particularizar la matanza de los 34.000 judíos aniquilados entre el 29 y 30 de septiembre (la cifra oficial de judíos exterminados es 33.731) por lo que en 1973 se erigió un memorial en el estilo expresionista que ya habíamos visto en otras ciudades en honor de las cien mil víctimas, que incluían otros grupos como gitanos, homosexuales, enfermos mentales, bolcheviques, partisanos, y cualquiera que se considerara exterminable. Luego de la matanza de 1941 los nazis construyeron un campo de concentración y, en 1943, cuando la derrota alemana era evidente, decidieron eliminar las huellas de los crímenes. Excavaron hasta encontrar los cadáveres y procedieron a incinerarlos con la ayuda de los presos del campo de concentración. En una revuelta que estos intentaron murieron todos menos nueve personas que dieron testimonio y durante años se reunieron en la fecha de esta segunda masacre para recordar a las víctimas. Tanto rusos como alemanes hicieron lo posible por borrar lo sucedido, aunque ha sido recordado de distintas maneras. Un ejemplo sorprendente es *Babi Yar, a document in the form of a novel* (1966) de Anatoly Kuznetsov (1929-1979), elaborado con documentos y sus propios recuerdos. Vivía muy cerca de la quebrada donde sucedieron los asesinatos y desde la casa, junto a sus abuelos y su madre, escucharon los disparos durante dos días seguidos. Es una

memoria apasionante porque los hechos de Babi Yar ocurrieron cuando Kuznetsov tenía doce años, y comenzó a escribir sus apuntes dos años después, cuando jugando con unos amigos en la quebrada encontró cenizas y restos humanos. Su madre, que era maestra, los leyó y le animó a guardarlos y escribir un libro.

La memoria de Babi Yar ha sido difícil porque no queda ninguna duda de que los militares y civiles ucranianos participaron en la masacre junto con los alemanes. Todavía se discute en Ucrania si levantar o no un museo del holocausto, y en general en todo lo que fue la Unión Soviética, el antisemitismo no es un tema explícito. Ese día, o quizás el siguiente, almorzamos en un restaurante diseñado para turistas del poscomunismo, el letrero decía: «Cocina ucraniana de la época soviética». Un lugar curioso de memorabilia, fotografías, recortes de periódicos, muchos lenines, y toda la parafernalia comunista, pero lo que recuerdo, y viene al caso, es que en la mesa quedé sentada al lado de la guía local que nos mostraba la ciudad, y no sé cómo la conversación recayó nada menos que en él, en Lenin. Y ella, sin pensarlo, soltó: «Era un judío». Creo que vio la sorpresa que me causaba su comentario y trató de enmendarlo.

Kuznetsov terminó el libro en 1965 y fue publicado en la Unión Soviética con censuras que desfiguraban el texto. La primera versión completa fue traducida y publicada bajo seudónimo en Estados Unidos en 1970. La traducción que yo he leído es posterior y contiene el texto íntegro, es decir, incluyendo lo censurado, que se distingue mediante cambios en la tipografía, y lo añadido posteriormente entre corchetes. El autor insiste en el prólogo que ese es el texto que él reconoce. Es interesante leer lo que a los ojos del censor debía borrarse, y el mismo hecho de dedi-

carse a la pormenorizada labor de censura, que es una laboriosa forma de edición, para publicar un libro que han podido simplemente rechazar. Probablemente no lo hicieron porque el autor era ya un escritor reconocido en la URSS, miembro del Partido Comunista y de la Unión de Escritores Soviéticos, había estudiado en el instituto literario Gorki de Moscú, y se consideraba un joven talento de la nueva «prosa confesional». Aun así, el libro contenía demasiadas confesiones. «Quita todo lo que haga pensar mal de los soviéticos», le dijeron, y el autor trató de hacerlo, pero no fue suficiente y el comité de censura, en el que participó el Comité Central del Partido Comunista, procedió en consecuencia hasta que el texto quedó desfigurado. Todo indica la importancia que se le daba a la vida intelectual, y por lo tanto la importancia de controlarla. Eran los tiempos en que las ideas se transmitían en papel y los libros y periódicos su principal vehículo.

En 1969 Kuznetsov, fotógrafo aficionado, logró escapar a Inglaterra y llevó consigo el texto completo en filmes fotográficos de 35 mm. El libro alcanzó difusión internacional. También hay varias películas sobre el tema, como la de Jeff Kanew (2003) y otras para televisión, así como entrevistas de los pocos sobrevivientes, accesibles en youtube, y una del propio Kutznetsov, en la que admite haber abandonado a su familia a sabiendas de las represalias que caerían sobre ellos, pero, como él mismo dice, creció como un sobreviviente de la guerra y de la ocupación nazi, y como tal no podía hacer otra cosa. No soportaba que desfiguraran sus libros, quería ser libre alguna vez.

Sobre Babi Yar es muy conocido el poema del mismo nombre del poeta ruso Yevgueni Yevtushenko (1932-2017), publicado en 1961, que fue inspiración de la

sinfonía n.º 13 de Dmitri Shostakóvich (1906-1975). No logro recordar cuándo y cómo obtuve una hoja con la traducción anónima al inglés del poema, Yolanda también tenía una y tampoco recuerda su origen. Alguien nos la dio durante el viaje, pero ¿quién? Esa hoja estuvo muchos años en una gaveta hasta que llegó el momento de recordarla y de intentar traducirla.

*Babi Yar*

Ningún monumento se levanta sobre Babi Yar.

Un barranco como tosca lápida.

Tengo miedo.

Hoy soy tan viejo

como todo el pueblo judío.

Ahora parezco

un judío.

Aquí arrastro los pies a través del antiguo Egipto.

Aquí muero crucificado en la cruz,

y hasta hoy llevo en mí las cicatrices de los clavos.

Parezco ser

Dreyfus.

El filisteo

es al mismo tiempo informante y juez.

Estoy detrás de las rejas.  
Acosado por todas partes.  
Perseguido,  
escupido,  
calumniado.  
Elegantes damas vestidas con encajes de Bruselas chillan  
y me meten sus parasoles en la cara.  
Parezco ser  
un joven en Byelostok.  
Corre la sangre derramándose sobre los pisos.  
Los demagogos de bar  
exhalan un fétido olor de vodka y cebolla.  
Una bota me golpea de un lado, indefenso.  
En vano suplico a estos matones.  
Mientras se burlan y gritan,  
«¡Golpeen a los judíos. Salven a Rusia!»<sup>3</sup>  
un vendedor de grano le da una paliza a mi madre.  
¡Oh, mi pueblo ruso!  
Sé  
que eres internacional hasta el fondo.  
Pero esos de manos sucias  
muchas veces han hecho una letrilla de vuestro más puro nombre.  
Conozco la bondad de mi tierra.

**3** Eslogan antisemita utilizado durante la guerra civil rusa (1917-1923).

Cuán vilmente estos antisemitas  
sin escrúpulos  
pomposamente se consideran a sí mismos  
la unión del pueblo ruso.  
Parezco ser  
Anna Frank  
transparente  
como una rama en abril.  
Y amo.  
Y no tengo necesidad de frases.

Antes de esa visita nunca había escuchado hablar de Babi Yar, como tampoco del Khatyn bielorruso, pero una de las viajeras del grupo, Judit, con la que solía conversar de vez en cuando, obviamente conocía el tema porque me dijo al salir: «pensé que quedaría devastada pero no ha sido así. No sentí nada». Ese debe ser el efecto buscado con la ausencia de referencias, que el paseante piense, esto es un parque público, aquí no ha pasado nada. He buscado inútilmente el nombre actual del parque y no aparece ninguno, el original Babi Yar tampoco se nombra. Es un parque sin nombre que las informaciones de Wikipedia señalan como «situado en la parte noroccidental de Kiev». En el filme *Todo está iluminado* (2005), de Liev Schreiber, puede experimentarse exactamente eso. Un joven norteamericano en busca de sus ancestros ucranianos recorre la aldea donde todos menos su abuelo fueron exterminados, y cuando visita el lugar de fusilamiento la cámara nos muestra una

quebrada en medio de un bosque, nada más. El destino de Babi Yar era el ocultamiento. Describe Kuznetsov que varios intentos de marcar la memoria de las masacres sucedidas durante la guerra fueron impedidos por los soviéticos, hasta que cansados de las solicitudes de construir un memorial decidieron una «solución final»: rellenar el barranco con tierra y agua y construir encima una carretera. Pero he aquí que este intento de ocultamiento desembocó en una catástrofe. En 1961 la masa de lodo acumulado inundó el barranco y las calles y viviendas cercanas. Cientos de personas murieron ahogadas en el lodo. Al año siguiente trajeron maquinaria pesada para volverlo a rellenar, y donde estuvo el campo de concentración se construyó un complejo de edificios, desde cuyas ventanas y balcones podía verse el lugar donde tuvieron lugar las ejecuciones en los años de la guerra. Destruyeron también el cementerio judío cercano. En 1966 se cumplían los 25 años de la masacre y vino gente de todo Kiev a conmemorarlo, al punto que fue filmado por un camarógrafo de un estudio de noticias, la filmación por supuesto fue destruida. A cambio las autoridades colocaron una placa de granito en la que podía leerse que se construiría más adelante un monumento en memoria de las víctimas del fascismo alemán, pero no ocurrió así. El primer memorial se levantó en 1976 y representa a los soldados soviéticos ejecutados por los nazis, ni una palabra sobre los judíos asesinados hasta 1991, en el quincuagésimo aniversario de los hechos, cuando apareció una *menorah*. En 2001 se construyó otro en memoria de los niños asesinados, un lamentable monumento en el que aparecen dos niños disfrazados como de Peter Pan, con un juguete roto a los pies. En la calle donde vivió Kuznetsov se levanta una estatua que lo representa adolescente leyendo los carteles en los que se

dictaba la obligación de los judíos de presentarse en Babi Yar el 29 de septiembre de 1941, a las 8 de la mañana, con todas sus pertenencias. Ignoro la fecha en que fue instalada esta estatua, pero es improbable que el escritor la conociera, murió en Londres en 1979.

Babi Yar no es solo el lugar de una matanza, de varias matanzas, es también el símbolo de los esfuerzos del poder por borrar la memoria y del triunfo de la escritura sobre el olvido. Me pregunto por la importancia de sostener la memoria del mal. Además del propósito de borrarla, ocurre que el tiempo inexorable va dejando caer capas de sucesos que terminan por ocultar todo, ¿cuál es, entonces, la razón para luchar *contra el olvido*, como puse en el título de una de mis primeras novelas? Dicen que si se olvida la historia estamos condenados a repetirla. Creo que es falso. La memoria no impide la repetición de sucesos indeseables. Lo que quizá la memoria puede hacer es sostener la conciencia histórica, de la que deriva la conciencia ética y la conciencia crítica. Sin embargo, siempre hay una ambivalencia entre recordar y olvidar. Después de la visita le pregunté a Judit cuál había sido su motivación para emprender este viaje y me dijo que su abuelo había nacido en Kiev. Dónde vivían, pregunté. No lo sé, no tengo ninguna información, me dijo. Pero hay un barrio judío, debe haber sido allí, le insistí. Probablemente, me contestó. Quería y no quería recordar. Eso es lo que me gusta de la historia, que a veces está viva.

Estuvimos también en Podil, antiguo centro de comercio de Kiev, y que lo sigue siendo, hoy más bien orientado al turismo. Se instalan allí vendedores de objetos diversos, y sobre todo de artesanía muy fina en la elaboración de blusas,

manteles, vestidos. Compré una blusa blanca bordada a mano, de cuello redondo, y un pequeño centro de mesa con motivos navideños. La vendedora, que era también la artesana, sonrió sorprendida a la cámara. Tiene algo de mercado de las pulgas, y en los tarantines se despliegan las muñecas rusas, cajitas esmaltadas con el rostro de Putin, y también, cómo no, del comandante che Guevara con su habano y todo —también vimos imágenes suyas en Rusia, lo que no recuerdo es haber visto alguna de Fidel Castro, por alguna razón el argentino se asemeja más al concepto ruso de héroe. Un *spot* nostálgico de Kiev es una carpa montada frente a una de las estaciones más importantes del metro, al lado de la estatua de Lenin. La carpa, por supuesto, es roja y tiene las insignias de la hoz y el martillo por todas partes. Allí montan guardia permanente los camaradas para impedir que vándalos anticomunistas destruyan la estatua. Duermen por turnos.

Otra visita memorable es el monasterio de Pechersk, conocido como monasterio de las cuevas, que es en realidad un complejo de iglesias, catedrales, basílicas, biblioteca, farmacia, refectorio, y otros edificios entre los que destaca el monasterio de cuevas y laberintos naturales donde vivían y estudiaban los monjes. Pueden verse en algunas de las cuevas sus cuerpos momificados. Es un lugar santo de la iglesia ortodoxa oriental y el más antiguo de Ucrania, data del siglo XI. Durante el período soviético el monasterio fue primero cerrado al culto y luego transformado en museo de propaganda comunista. Se quemaron gran parte de los antiguos documentos y en 1991 fue devuelto a los monjes que tienen bajo su control todo el conjunto monástico. Por cierto que, al igual que los cristianos occidentales, fueron ellos los conservadores de la cultura y la tradición. De sus conocimientos deriva la

técnica de pintura de íconos, la construcción de catedrales, la historia antigua de los eslavos. Está situado en un punto escarpado de las montañas que rodean la ciudad y al fondo se divisa el río Dniéper. Recuerdo la erudición del joven encargado de conducir la visita, y su orgullo de estar preparado y autorizado exclusivamente para este conjunto museístico, no para cualquier otro lugar de Kiev. Aquí, en el poscomunismo, nada de piraterías y de «toderos». Cuando regresábamos a la ciudad divisamos, como surgiendo de la montaña, una inmensa figura femenina, una escultura monumental de más de cien metros de altura y quinientas toneladas de acero inoxidable que representa a la Madre Patria. Pertenece al museo de la Gran Guerra Patriótica que no tuvimos ocasión de visitar. Sola, de lejos, la guerrera con una espada en una mano y un escudo en la otra vigila la ciudad.

La última visita en Kiev fue el museo de Chernobyl. Prípiat, donde estaba localizada la central nuclear que explotó en 1986, está a unos cien kilómetros de Kiev y es visitable. De hecho, está habitada, pero nuestro recorrido se limitó al museo. La contaminación no ha terminado de solucionarse y quizá no ocurra nunca, a pesar de lo cual algunos de sus habitantes se negaron a abandonar el lugar, se sentían pertenecientes y arraigados a ese pedazo del mundo. Iryna tenía cosas que contar sobre Chernobyl. Su exmarido, como todo ciudadano soviético, era movilizable en caso de emergencia, y qué duda cabe que el accidente nuclear lo era, de modo que estuvo allí trabajando en labores de evacuación. Poco después comenzó a sufrir malestares gástricos, una y otra vez acudía al médico para recibir tratamiento y la misma explicación, no era nada grave, podía ser estrés, etc. El resultado es que falleció al poco tiempo. Iryna no duda de que enfermó por la contaminación.

Fuimos al museo en metro, lo que era también una oportunidad de conocer el metro de Kiev, que sin ser tan deslumbrante como los de Moscú y San Petersburgo intimida un poco por la rapidez con que se abren y cierran los vagones en cada estación y la multitud que transporta. El museo es pequeño y tiene pocos visitantes. Básicamente transmite información audiovisual en la que pueden observarse las distintas fases del proceso, que no ocultan la posibilidad de error humano en lo sucedido, y el seguimiento físico y psicológico de los sobrevivientes, especialmente de los que eran niños cuando ocurrió la explosión. Según nos dijeron, su seguimiento no ha arrojado datos sobre enfermedades o discapacidades. La serie *Chernobyl* (Craig Mazin, 2019) deja ver con bastante claridad que «error humano» es un eufemismo. Fue más bien la imposición ideológica y política sobre la científica la que produjo una catástrofe que pudo destruir la mitad del continente europeo.

Las distancias son muy largas en este país y requieren recorrerlas en avión si no se dispone de mucho tiempo, de modo que al día siguiente volamos a Odesa, la última parada de Ucrania. De vuelta al mar Negro, la ciudad aparece con un aspecto más amable y europeo que Kiev. Una ciudad que habla de un antiguo pasado de esplendor y una decadencia muy visible. Una vida cultural, ópera, teatro, escritores, palacios, que ya es relato. Hoy la ciudad es un puerto vital para Rusia, un puerto comercial y también turístico, todo parece bastante erosionado por el paso de visitantes y marineros, y ofrece tiendas de baratijas en sus todavía bellos parques. Por cierto, en el más antiguo de ellos hay un pequeño memorial del holocausto con una estrella de David y encima una base con cuatro figuras famélicas. Muy poco después de Babi Yar se produjo la matanza de los judíos de Odesa que eran entonces

una población numerosa. En ese parque hay esculturas y monumentos varios, le tomé a Yolanda una foto en el banco en el que se sienta la estatua de Leonid Utiósov, un cantante de jazz, condecorado como artista del pueblo de la URSS.

Odesa es un nombre lleno de significado para quien haya visto *El acorazado Potemkin* (Serguéi Eisenstein, 1925) y, por supuesto, no haya olvidado el cochecito que rueda por las famosas escaleras. Subimos los 192 escalones que abren la ciudad al mar y que, gracias a una ilusión óptica creada por la perspectiva, parecen desde abajo ser muchos más. Afortunadamente pudimos hacer ese viaje entonces. En 2014 comenzaron las protestas y el país vivió serios disturbios. No pretendo explicarlo porque el lector interesado puede buscar información sobre ello, y además me estaría metiendo en un camino imposible porque no creo que el conflicto ucraniano sea fácil de entender. Lo cierto es que de nuevo las protestas en Venezuela de 2014 y 2017 reanudaron el interés por Ucrania. Todo el mundo quería ver el documental *Winter on fire* (Evgeny Afineevsky, 2015) en Netflix y constatar que el valor y persistencia que los ucranianos demostraron en su resistencia era lo que nosotros necesitábamos. No lo sé, lo que estoy segura es de que sus claves culturales son otras, y decía Isaiah Berlin que las claves culturales no se pueden modificar. Los ucranianos tienen una memoria trágica y sin duda han sabido resistir. Vimos uno de los muchos ejemplos de su historia en el museo de la gloria partisana, situado en una aldea cercana. El caso es que debajo de Odesa hay más de 2.500 kilómetros de galerías subterráneas, la mayoría de las cuales fueron excavadas para la extracción de piedra caliza y han tenido diversos usos. En 1941 se convirtió en un lugar clave de la resistencia soviética a la invasión alemana y es visitable, aunque no apto para

claustrofóbicos. Una distracción, te separas del guía, y probablemente no sales más de allí. Son cuevas laberínticas y lo exhibido son los arreglos que hicieron los partisanos para vivir lo mejor posible, sobrevivieron gracias a la ayuda exterior que les aprovisionaba con comida. Lo que puede verse son camastros, alacenas, socorros hospitalarios, muebles desvencijados. A la salida destacan una estela conmemorativa y un conjunto escultórico en piedra con figuras de los resistentes armados: hombres, mujeres y niños miran desafiantes al enemigo.

En el conflicto ucraniano del presente hay separatistas prorrusos, nacionalistas pro Europa, neonazis, antiguos comunistas, y en el medio quién sabe cuántos matices y posiciones diferentes, además de la diversidad demográfica por la que algunos se consideran rusos, otros ucranianos, y no faltan los armenios. Odesa no pertenece a la península de Crimea, pero hubo también intentos de establecer la república autónoma de Odesa, porque su población mayoritaria es étnica y lingüísticamente rusa. El puerto es indispensable para Rusia, allí también hay una base naval, y el acceso directo de la vía marítima a la vía del tren hace de Odesa un punto neurálgico para la ruta comercial. Es su único puerto abierto hacia el sur. Esta situación geopolítica le parecía muy interesante a Chávez. Se le ocurrió que para ayudar a Bielorrusia con sus problemas energéticos Venezuela podía enviar el petróleo a Odesa, y desde allí establecer un conducto directo a Minsk. Él lo había visto en el mapa, y era fácil, todo derecho hacia arriba.

He pensado muchas veces en Iryna, qué se habrá hecho, y si su trabajo como guía turística se vio afectado por todos estos acontecimientos. Su única hija vivía en Inglaterra, y eso a ella la hacía muy feliz, por algo sería.

Desde Odesa hicimos un largo camino hacia Moldavia, el país más pobre de Europa. Fue la antigua Besarabia bajo el Imperio ruso (1812-1918), luego parte de Rumania (1918-1940), después república soviética (1940-1990), y finalmente a partir de 1991 los moldavos se separaron para constituir una república independiente. Los moldavos son étnica y lingüísticamente rumanos (aquí volvimos al alfabeto latino) y parece que están arrepentidos de su separación, pero ya los rumanos no los quieren de vuelta. Por si fuera poco en términos de separatismo, una región de aproximadamente 4.000 kilómetros cuadrados situada entre el río Dniéster y la frontera oriental con Ucrania, denominada Transdniéster o Transnistria, se declaró independiente de la república de Moldavia constituyendo un estado no reconocido internacionalmente. Parece que aspiran a formar parte de Rusia, pero los rusos tampoco los quieren. La economía en ese no-país, fuera de una pequeña explotación agrícola, circula básicamente a través del tráfico de armas, incluyendo las nucleares, y de personas. Era posible una visita opcional, pero nosotras no podíamos hacerla porque para ello hubiéramos tenido que cruzar de nuevo la frontera y nuestro visado solo permitía una entrada. El Dniéster nos acompañó por un largo rato, desde la carretera se veía tranquilo y fácil de vadear, un espejismo, sin duda. Aquel paisaje tenía un interés especial para mí. Ese mismo año 2010 fue publicada mi biografía de Lya Imber de Coronil (1914-1981)\*, y de los pocos recuerdos que pude consignar de su infancia estaba precisamente la huida precipitada de Odesa, donde había nacido, y el cruce del río por la noche metida en un barril para llegar a lo que hoy es Moldavia. En su capital, Chisináu, estudió el bachillerato en un liceo francés. Judit se mostró muy interesada en

\* Ana Teresa Torres, *Lya Imber de Coronil*. Los Libros de El Nacional. Biografías. 2010.

esta historia y me hizo muchas preguntas sobre la emigración de los Imber y sus descendientes.

Chisináu no es un destino turístico demasiado interesante, fue una pequeña ciudad del Imperio zarista y del soviético, un puesto considerado como un exilio por los diplomáticos rusos; por cierto, aquí también estuvo Pushkin en uno de sus exilios. Si se quiere, es tristemente uno de los mejores ejemplos del fracaso comunista. Por ejemplo, las Milestii Mici, se dice que las bodegas más grandes del mundo hoy son solo una curiosidad por el hecho de que están dentro de cuevas subterráneas, que ya vimos es muy común en esta región. Las bodegas se recorren en automóvil y, al estilo de los metros, las paredes están decoradas con bajorrelieves que ilustran motivos grecorromanos. Durante el período soviético, Rusia compraba toda su producción, pero hoy sus vinos no compiten con los que los oligarcas rusos pueden adquirir, así que, si bien sigue siendo una fuente de ingresos para el Estado, ha perdido su importancia. Durante la visita almorzamos muy bien allí y nos regalaron una botella a cada viajero, también se podían comprar, creo que al costo de un dólar. Yo guardé la que me dieron para mi amigo Dov, muy entusiasta de probar nuevos sabores, y cargué con ella a Venezuela hasta que llegó el día de abrir la botella, y de decepcionarnos.

También la industria tabaquera es estatal, razón por la cual no está permitida la advertencia sanitaria contra el cigarrillo. No había otras fuentes económicas destacables, salvo la agricultura. La pobreza salta en las carreteras, en las construcciones abandonadas, en la ropa y la mirada de la gente, en las carretas tiradas por caballos, en los niños que se quedan viendo los automóviles que llegan a las regiones exteriores a la

ciudad. La joven guía que nos condujo se fue de la lengua y nos habló de los ancianos que morían de hambre porque no podían comprar comida con sus pensiones, y mucho menos medicinas, que además tampoco las había. Su abuela sobrevivía gracias a la pequeña ayuda que ella podía proporcionarle. Para colmo de males, la división del territorio en dos estados había significado la separación de las familias. La distancia geográfica es corta pero los rumanos habían impuesto el requisito de visado para los moldavos, a fin de evitar su emigración, y eran muy pocos los que podían pagarlo. Nos habló también de los jóvenes desempleados y sin perspectivas, y de su esperanza, que espero se haya hecho realidad, de que como guía turística y con un buen dominio del inglés pudiera lograr un mejor futuro.

Con ella visitamos el convento de monjas de Suruceni, y el de monjes de Orhei Vechi, en las excavaciones de una montaña. Es una pieza antiquísima y produce cierto temor caminar por sus costados viendo el perfil del abismo. En el interior se encuentran las celdas de los monjes, parece que todavía algunos habitan allí. Cerrado por los soviéticos, reabrió en 1996. Como colofón tuvimos un almuerzo en una casa local. No era un «montaje» como el de Minsk, sino algo más sencillo. En aquella casa campesina, bastante superior al resto, la dueña y otras dos mujeres prepararon la comida y tres muchachas, quizá sus hijas, la servían, cantaban canciones tradicionales y bailaban, empeñándose en que las acompañáramos. Era gente tratando de ganarse la vida y no pretendían pasarse por ciudadanas globalizadas. Hablo en femenino porque no recuerdo ningún varón en la preparación del acontecimiento. Las calles del pueblo eran de tierra, se veían mujeres ancianas sentadas a las puertas de las viviendas y muchos niños. En una explanada que podía

distinguirse desde la aldea, se aglomeraba bastante gente y algunos niños subidos en carretas adornadas se dirigían hasta allí. Supongo que era un día festivo, pero no supimos el motivo de la celebración.

Regresamos a Chisináu y dimos una vuelta por el centro que alberga la catedral y el arco de triunfo conmemorativo de la victoria del Imperio ruso sobre el otomano, construidos ambos edificios a mediados del siglo XIX. La catedral fue bombardeada por los nazis y el campanario destruido por los comunistas en 1962. Paseamos por el parque que tiene conexión inalámbrica por lo que pequeños grupos de jóvenes se sientan con sus computadoras para disfrutar de aquel servicio gratuito. Y novios, muchos novios. Creo que Yolanda ha debido ser fotógrafa de bodas, no se pierde una. En Odesa las había de todos los niveles, algunas a pie, otras con alquiler de coches de caballos, y también en limusina. En Chisináu modestos recién casados y sus familias posaban en el parque Stefan cel Mare.

El año anterior los comunistas habían ganado las elecciones parlamentarias, y ahora que releo estas páginas la prensa internacional dice que dos gobiernos reclaman el control del país. El partido democrático, dirigido por un famoso oligarca, se niega a reconocer al ejecutivo de la coalición del partido prorruso y del partido europeísta, apoyada por Rusia y la Unión Europea. Un escenario de usurpaciones, corrupción, batallas judiciales, «oligarcas». Todo lo cual apoya mi hipótesis de que Venezuela llegó al poscomunismo sin haber pasado por el comunismo.

Al día siguiente teníamos un vuelo madrugador a Bucarest. Desde Chisináu no hay muchas conexiones aéreas y ésta parecía la mejor opción, porque de ese modo veríamos la ciudad que no tuvimos tiempo de visitar en nuestro viaje anterior a



Rumania. Quedé insatisfecha con el pasaje por Moldavia, ofrece muchos más tópicos interesantes para el viajero de los que pudimos ver. En Rumania estábamos por nuestra cuenta y sin agenda predeterminada. El rumano hablado es ininteligible, pero como el alfabeto es latino, así como el origen de la lengua, algunas palabras escritas permiten encontrar su equivalente en español y orientarse en la ciudad sin ayuda. La revisión de las fotografías de Yolanda da orden a mi narración.

El hotel estaba situado en la Calea Victoriei, la céntrica Avenida de la Victoria. Siempre es útil averiguar de qué victoria se trata, y en este caso celebra la derrota de los turcos en 1879 con la activa participación del Imperio ruso que tenía como objetivo liberar a los eslavos del dominio otomano. Apenas salimos del hotel nos encontramos con Mustafa Kemal Atatürk, lo que no deja de ser paradójico. Ese día tenía visitantes, hombres con trajes oscuros que depositaban coronas de flores frente a su busto sobre un pedestal, exactamente enfrente del teatro Odeón, una de las joyas escénicas de la ciudad. En Caracas, en la plaza de la urbanización Santa Sofía, también hay una estatua suya, inaugurada en 1995 y donada por la alcaldesa de Estambul. En correspondencia hay una estatua de Simón Bolívar en Ankara, y no falta quien encuentre lazos entre ambas figuras patrias. Al contrario del caso venezolano en el que el país terminó por llevar el apellido del héroe, en el caso turco es el héroe quien adopta el nombre del país, *atatürk* significa «padre de los turcos», y se inauguró así el uso de los apellidos que hasta entonces no existían en la nominación.

Nos dirigimos a la calle Panduri ante la fachada de la Universidad de la Defensa Nacional Carol I fundada en 1889, hoy una escuela superior de guerra para formar expertos en la seguridad nacional. Frente a ella el conjunto escultórico de tres

soldados pertenecientes a las tres fuerzas, aire, mar y tierra, de la Segunda Guerra Mundial. Volviendo a la Calea Victoriei, nos sorprende la Academia Rumana y Moldava de Artes, Letras y Ciencias (los académicos no eran secesionistas), y después el palacio del Patriarcado, que fue sede de las sucesivas asambleas legislativas hasta que en 1997 los diputados la devolvieron al patriarcado de la iglesia ortodoxa rumana y se mudaron al Palacio del Pueblo, o Palacio del Parlamento, sin duda una muestra de los delirios palaciegos de los dictadores, y en este caso una muestra colosal de la arquitectura soviética, aunque su construcción comenzó en 1985, pocos años antes del derrumbe de Ceaușescu, único de los dictadores comunistas que fue no solo derrocado sino ajusticiado. El palacio es el edificio administrativo más grande del mundo con un área de 340.000 metros cuadrados y para su construcción fue necesario derribar un gran sector de la ciudad, pero esos son detalles poco importantes para quien aspira a la memoria eterna. Dice Ismaíl Kadaré en *La pirámide* (1994)\*:

Emprender una obra que excediera lo inimaginable... algo agotador, destructivo para el cuerpo y la mente y por completo inútil. O, más precisamente, una obra tan innecesaria para los súbditos como imprescindible para el Estado... Algo con lo que las gentes estuvieran ocupadas día y noche al extremo de olvidarse de sí mismas.

Desde los faraones, y aun antes, el poder ha dejado sus huellas en piedra; totalitarios, monárquicos, republicanos, todos han fijado su paso por la historia en los

\* Citado en: José Carlos Rodrigo Breto, *Ismaíl Kadaré y la gran estrategia: reflejos literarios del totalitarismo*. Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid. E-Prints Complutense, 2015, p. 567.



monumentos. Con una excepción, el chavismo. Ha destruido lo que ha podido y querido, pero nada ha construido, a excepción, quizás, del mausoleo del Libertador, que, si a ver vamos, es bien poca cosa.

El Palacio del Pueblo de Bucarest corresponde perfectamente a lo que José Carlos Rodrigo Breto expresa en su tesis doctoral sobre Kadaré\*:

Las construcciones monolíticas e inabordables, aparecen surgidas en mitad del asfalto, en el corazón de la ciudad, herméticas e impenetrables, como ejemplo de su poderoso enigma, como ejemplo de lo poderoso que pueden llegar a ser sus ladrillos y sus cimientos, y las actividades que se desarrollan en el interior de sus habitaciones son permanente amenaza e incógnita para el viandante, el ciudadano que camina frente a esos muretes.

El edificio está fuertemente custodiado por personal uniformado y de seguridad, y solo se puede visitar mediante cita previa, pero es suficientemente impresionante visto desde el exterior; en realidad no se puede apreciar en un solo conjunto, dadas las dimensiones. En un anexo construido posteriormente se encuentra el museo de arte contemporáneo del que Yolanda todavía recibe noticias por correo electrónico. Desde allí parte el Boulevard de la Unión, que iba a llamarse de la victoria socialista, siguiendo por un tramo el curso del río Dambovita que recorre la ciudad. Es un largo paseo alrededor de pequeños estanques de mosaico que refrescan la pesadez de la mole a sus espaldas. De allí pasamos por el barrio Lips cani,

\* Ibidem, p. 251.

antiguo eje comercial de la ciudad medieval. El propósito era hacer de ese barrio un lugar turístico y lo es con sus pequeñas tiendas y cafés. La restauración estuvo a cargo de una empresa española que, por circunstancias no demasiado claras, dejó el trabajo a medias. El barrio, tal como lo vimos en 2010, era una ruina caminable esquivando los cascotes y los huecos en medio de la calle. En general mi recuerdo de Bucarest es el de una ciudad confusa en la que se apiñan edificios neoclásicos como la Biblioteca Nacional o la Universidad Carol I, con edificios soviéticos y casas dilapidadas, afiches a medio arrancar, tiendas de baja calidad, y mucha gente dando vueltas. Y perros, muchos perros abandonados. En una esquina vimos un cartel que decía «Partido para la Resistencia» con una imagen del Che, que no puede faltar. Y curiosos grafitis como el que decía «Besarabia es Rumania».

Las ciudades poscomunistas cargan a costas con su historia, y la estatuaria lo exhibe así. Por ejemplo, el busto de Iuliu Maniu (1873-1953), un político de larga trayectoria y poderosas posiciones que acabó su vida en una cárcel comunista. La imagen muestra un hombre muy delgado y alto, sentado con las manos abiertas y mirando al vacío. Por detrás puede verse que la estatua está craquelada. Diera la impresión de un héroe popular, y no refleja la de un hombre de poder que incluso le hizo la vida difícil al rey Carol I. A su lado una estatua en forma de mano quebrada, cuyo simbolismo se me escapa, y detrás la plaza de la Revolución. La palabra sin duda está abierta a la interpretación. En este caso, o en este período, no se refiere a la revolución comunista sino lo contrario, a los acontecimientos que llevaron a la ejecución de Nicolae y Helena Ceaușescu (1918 y 1916-1989). Puede verse una placa conmemorativa con la fecha 22 de diciembre de 1989, cuando el *conducător* pronunció su último

discurso desde un balcón de la sede del Comité Central del Partido Comunista, ahora Ministerio del Interior, intentando sofocar la rebelión. No lejos una estela denominada *Memorial del Renacimiento*, conmemora a los caídos en la revolución de 1989. «A la gloria de nuestros mártires». Aterra cómo las palabras están abiertas al significado que quiera dárseles, como muy bien se lo explicó Humpty Dumpty a Alicia. Otro busto muestra a Corneliu Coposu (1914-1995), fundador del Partido Campesino Nacional Demócrata Cristiano, organización que provenía del partido de Maniu. Coposu también fue víctima del comunismo y estuvo detenido quince años por traición a la clase obrera. Los hombros están recortados al aire y sugieren una mutilación. Fue enterrado cerca de una iglesia en la plaza de la Revolución, que en realidad no es una plaza sino una larga avenida.

En la Calea Victoriei se encuentra la sede de la Unión Rumana de Escritores. Nos sorprendió la atmósfera de antiguo palacete de grandes espacios, jardines interiores, estatuillas, pomposas escaleras. Al mismo tiempo parecía vacía. Y en realidad en aquel momento atravesaba una situación difícil. El edificio era la antigua casa Monteoru-Catargi, de ricos propietarios que la adquirieron a finales del siglo XIX. La Sociedad Rumana de Escritores, fundada en 1908, pasa a llamarse durante el período soviético, a partir de 1949, Unión Rumana de Escritores, como fue en la URSS, lo es en Cuba, etc. Unión gusta más que sociedad. Es de suponer que los escritores afiliados a la Unión también lo eran al régimen, y los que no lo eran vivirían en el silencio o en el exilio. El caso es que la casa Monteoru se convirtió en propiedad de la Unión mediante una donación forzada, aparentemente pistola en mano, y aquel año 2010 el gobierno consideraba que debía devolverse a los

herederos de los antiguos propietarios. Los escritores, cuando ya no recibían el subsidio del Estado para mantenerla, alquilaron una parte a un casino. En el caso de los rumanos el retorno del capitalismo y de un estado «liberal» les movió literalmente el piso. Entiendo que la donación forzada fue cancelada y los escritores tendrán que buscar otro lugar, aunque la asociación continúa activa y es la encargada de otorgar los premios nacionales. Nosotros, los escritores venezolanos, también supimos reinventarnos cuando la revolución nos tocó la puerta. Un caso políticamente contrario de similares consecuencias. Hay algo trágico en este siempre destino errante de los escritores, dependientes del Estado, o de las ventas que solo a muy pocos pueden sostener. Recorrimos con respeto aquellos solitarios espacios que, aun cuando no conocíamos entonces su historia, eran melancólicos.

Por esa misma Calea Victoriei nos detuvimos en un pasillo de arcadas en el que se encuentra la estupenda librería Humanitas Kretzulescu, una de las muchas de Bucarest. Aquel día un afiche invitaba a unas presentaciones de Herta Müller, que el año anterior había recibido el premio Nobel. Estuvimos un rato en la librería, hojeando libros que en su mayoría no podíamos leer, y Yolanda compró *The House of the People. The End, in Marble* (2009) de Andrei Pandeale, arquitecto y fotógrafo nacido en Bucarest en 1945. Sus fotografías son el testimonio más significativo de la demolición de monumentos y distritos de la capital rumana en la última década del comunismo (por alguna razón la exposición de sus fotografías tuvo lugar veinte años después). Como arquitecto pudo encontrar los planos de la demolición que se estaba llevando a cabo y constató que para construir «la casa del pueblo» (que da título al libro) se destruyeron siete kilómetros cuadrados de la ciudad. Después

comenzó a fotografiar escenas de la vida cotidiana porque comprendió que no solo la ciudad sino la gente había sido destruida: calles desoladas sin gasolina, colas para comprar comida, tranvías abarrotados, automóviles en desuso estacionados bajo la nieve. Salvo por la nieve, lo demás es bien conocido para nosotros.

De la librería nos dirigimos al Museo Nacional George Enescu, que nos llamó la atención por la marquesina *art nouveau*, y el imponente león que defiende la entrada. Había sido el palacio Cantacuzino, construido por un político importante; años más tarde la viuda de un descendiente del propietario original se casó con Enescu (1881-1955) y donó la casa a la muerte del músico en 1955. Creo que en algún momento, antes o después, recorrimos el memorial del holocausto, muy sencillo, y por lo mismo en su exposición de los motivos simbólicos exclusivamente en piedra, muy elocuente. No hay que olvidar que el exterminio judío tuvo en Rumania uno de sus principales territorios.

Bucarest es comprensible para un caraqueño. No tiene un centro definido, se recorren calles laberínticas, a veces polvorientas con casas casi en demolición, junto a grandes edificios y todo parece estar situado de un modo casual. No se parece, por supuesto, en la profusión de palacios decimonónicos que han ido cambiando de destino. Probablemente esa sea una característica del poscomunismo —conocido en Rumania como el «renacimiento»— junto con los cambios de nombre, precomunistas, comunistas, poscomunistas. Sociedades que tienen que cambiar su urbanismo, pero sobre todo su paisaje interior. Todos estos recorridos los hicimos a pie, sin un orden preconcebido, la mayor parte de las veces dejándonos llevar por lo que iba apareciendo, excepto la visita al monasterio de Snagov. Nos vino a buscar un joven guía en

su pequeño automóvil, un muchacho muy bien educado, que hablaba un inglés que hacía suponer que había estudiado en Estados Unidos, pero no era así, nunca había salido de Rumania. Sus padres eran personas ilustradas (el padre, un académico), y él se ayudaba con estas guías turísticas mientras algo mejor llegaba a su destino. Tenía una confiada esperanza en que la economía del país iba a despegar, y nos mostraba los signos de ese despegue en la construcción de nuevos edificios y en los anuncios de compañías trasnacionales. A partir del colapso del comunismo un importante contingente de rumanos emigró y no deja de hacerlo, lo que ocasiona un problema económico y social dentro del país, con el agravante de que no son particularmente bien recibidos por los otros países europeos. Tienen mala fama. El joven pensaba que la razón era que consideraban gitanos a todos los rumanos. Yamelis, la amiga con la que hicimos el primer viaje a Rumania, apreciaba a sus colegas rumanos como muy trabajadores y eficientes, especialmente en el área de tecnología informática.

Snagov es el nombre del lago, el pueblo, la comunidad y el monasterio, está a una hora de la ciudad y para llegar nos adentramos por carreteras rurales sin mayor interés hasta llegar al lago. El islote en el que se encuentra el monasterio es pequeño y cercano al embarcadero desde donde sale una lancha de remos. Alguna vez hubo un puente, pero se incendió y no fue reconstruido. La travesía es corta, unos quince minutos, lo único es que hay que esperar a que llegue el barquero. Es uno de los lugares más visitados del país, y probablemente la razón está vinculada con una leyenda según la cual en el monasterio reposa la tumba de Vlad Tepes. Como ya se dijo, la leyenda del vampiro nace en la imaginación novelesca de Bram Stoker, en Rumania estamos hablando de un héroe histórico. Lo que puede rescatarse de

la crónica es que Vlad, conocido como *tepes* (empalador) por su crueldad, era hijo de Vlad Dracul, el dragón, y de allí surgió el apodo de conde Drácula. Vlad fue un guerrero que reconquistó el principado de Valaquia, el cual había caído en manos del Imperio otomano, por lo que fue reconocido como un héroe nacional. En 1976 el Partido Comunista lo declaró Héroe de la Nación, aunque según algunos historiadores un héroe de segundo orden. La leyenda según la cual su tumba se encuentra en Snagov no se sustenta en los hechos, y al parecer han surgido nuevas posibilidades de enterramiento, lo que sería muy coherente tratándose de un vampiro.

En el pequeño monasterio, más bien una capilla, joya del arte bizantino medieval, efectivamente se encuentra una sala en la que una placa afirma la presencia de la tumba del príncipe de Valaquia. Pero lo más interesante es que, según nuestro guía, Ceaușescu sentía gran admiración por el héroe, y por esa razón construyó su palacio de verano en la costa del lago, y así mismo hicieron unos cuantos de los principales del régimen. Señaló cuál era la casa, al parecer visitable, pero no era fácil distinguirla desde la distancia. Por supuesto, todo esto es también parte del mito, pero lo que es sugerente es que los dictadores que se consideran encarnar el «alma del pueblo» sienten estrecha afinidad con los héroes nacionales de las mitologías populares. Ceaușescu y su devoción por Vlad llevan inevitablemente a Chávez y sus diálogos con Bolívar.

Pero por el momento estábamos en Bucarest y nos faltaba una visita al Museo Nacional del Campesino Rumano, que elegimos dentro de la gran variedad museística de la ciudad, y elegimos bien. Fundado en 1906 como un museo etnográfico, posteriormente pasó a ser el Museo de la Historia del Partido Comunista

Rumano, y a partir de 1991 ostenta el nombre actual. El edificio ocupa la antigua sede del Partido Comunista Rumano y su estilo inclasificable es considerado por algunos como «neo *art déco* rumano», cualquier cosa que eso signifique. Contiene una magnífica colección de antropología cultural que reúne textiles, cerámicas, artefactos, íconos y réplicas de las casas campesinas, pero además es una síntesis del cruce cultural, étnico y lingüístico de la Europa central y oriental. Por Rumania pasan las religiones, los choques, las ideologías, que configuraron los conflictos bélicos del continente. En el sótano se encuentra el museo del comunismo, es decir, toda la colección o una parte de la que componía el museo de la Historia del Partido Comunista Rumano. La museografía es irónica. Exhibe una gran cantidad de estalines y lenines en diferentes formatos, materiales y colores. A veces Lenin habla con Stalin, otras Lenin habla con Lenin. O está sentado en la esquina de la habitación como si fuera uno de los celadores del museo, o al pie de una escalera. Contiene dibujos, caricaturas de propaganda, mapas de la geografía del terror, de los más de veinticinco campos de exterminio en Rumania y de dieciocho lugares de detención en Bucarest. Escritorios con chaquetas sobre la silla como si Stalin se acabara de levantar, o Lenin de sentar, además, por supuesto, de la iconografía de los líderes del comunismo rumano. No se ve a Ceaușescu, por cierto.

Como cerrando un círculo, las fotografías de nuestros tres días en Bucarest terminan en el teatro Odeón y el busto de Atatürk, ese día sin flores.

**SEXTO VIAJE**

25 DE MAYO - 8 DE JUNIO 2012



En el parque. Shahrizabz,  
Uzbekistán

Taskent - Ferganá  
Samarcanda - Kyzyl Kum  
Bujará - Jiva - Nukus  
(Uzbekistán)

Uzbekistán es un país poscomunista por una sola razón. Los territorios del Asia Central que habían sido dominados por el Imperio zarista hacia 1865 y recibían el nombre genérico de Turquestán, fueron heredados por el Imperio soviético. Se crearon entonces cinco países con fronteras artificiales y sin consideración por las composiciones étnicas y lingüísticas; son hoy Uzbekistán, Turkmenistán, Kazakstán, Kirguistán y Tayikistán, que pasaron en 1924 a ser repúblicas socialistas de la Unión Soviética hasta 1991, cuando se independizaron. Esta división político territorial fue la mayor fuente de conflictos, ya que rompía los vínculos de poder de los kanatos y la utilización de los ríos, y lo sigue siendo hasta hoy, particularmente entre Uzbekistán y su vecino Kirguistán. El año de nuestro viaje se produjeron enfrentamientos armados en este último, de los que no supimos nada en aquel momento.

Uzbekistán fue el cruce de caravanas de la ruta de la seda que transitaban de China a Europa, habitado por poblaciones sedentarias y agricultoras, por lo que es de todas ellas la región que guarda los mayores tesoros artísticos y arquitectónicos. Estos territorios, habitados en su mayoría por nómadas, fueron invadidos por los árabes y los mongoles, bajo los grandes señores de la guerra, como Gengis Kan, que destruyó gran parte de los monumentos existentes, y Amir Timur, conocido como Tamerlán, reunificador del territorio<sup>1</sup>. El caso es que estos pueblos de tan antigua

<sup>1</sup> Amir Timur (1336-1405) fue un musulmán de origen turco y mongol, nacido en el actual Uzbekistán.

historia un buen día se encontraron con que los kanatos habían sido derrotados, su nuevo kan era un georgiano llamado Iósif Stalin, pertenecían a distintas repúblicas, y debían hablar en ruso. El uzbeko pertenece a la familia de las lenguas túrquicas y los esfuerzos imperialistas solo lograron que el ruso fuese el idioma oficial hablado por los sectores más educados de la población. Otro tanto podría decirse de la sustitución de la religión por el materialismo histórico. Han sido musulmanes desde la Hégira y no iban a dejar de serlo porque unos rusos no quisieran. Parte de la soviétización fue el intento de convertir tribus nómadas en ciudadanos de un estado nación, lo que parece haberse logrado parcialmente en Kazakstán y Uzbekistán, y la «liberalización» de las mujeres. No se cuán exitoso haya sido este propósito, pero lo cierto es que se abolió el derecho masculino a tener cuatro esposas y el uso del velo no es obligatorio; las mujeres uzbeas en las zonas rurales se cubren la cabeza con pañuelos como es la costumbre campesina, y algunas visten según la tradición musulmana. Los hombres usan los bonetes, generalmente bordados. En Taskent la apariencia de la gente es completamente occidental.

El tema religioso es delicado. El gobierno, cuando tuvo lugar este viaje, lo presidía Islom Karimov (1938-2016) —antiguo dirigente del Partido Comunista que se mantuvo en el poder desde 1992 hasta su fallecimiento— y estaba enfrentado al movimiento islámico que amenazaba con derrocarlo e implantar la *sharia*<sup>2</sup>. Además de aplicar una dura represión, tomó algunas medidas para evitar su propagación, por ejemplo, prohibió la llamada a la oración en las mezquitas, excepto en las pequeñas aldeas. Por cierto, me ocurrió una anécdota con este asunto. Acostumbrada a visitar mezquitas con el solo requisito de quitarme los zapatos, e incluso a observar mujeres

<sup>2</sup> Cuerpo de derecho y código de comportamiento islámicos.

musulmanas rezando en ellas, en uno de los recorridos en el que nos detuvimos en un pequeño pueblo, escuché la voz del muecín, sentí curiosidad y desprevenidamente me acerqué con el propósito de entrar. No soy de gustos orientalistas pero había algo tan arcaico en aquella llamada a la oración que no resistí la tentación. De pronto vi a Botir, nuestro guía, desesperado haciéndome señas desde lejos para disuadirme. Una cosa son las mezquitas plagadas de turistas y otra las casas de oración. Por supuesto di la vuelta de inmediato. Una mujer, y además infiel, hubiera traído quién sabe las consecuencias. Botir en esto, como en casi todo, era muy discreto y no mencionaba ningún problema político, pero al día de hoy el país es un foco de islamismo radical, y no hace tanto tiempo de aquel viaje. Ferganá es uno de los núcleos y eso explica que en la carretera que la une con Taskent estén prohibidos los autobuses. Yolanda recuerda que pasamos por unos cuantos controles militares.

Botir hablaba ruso perfectamente, porque su padre hizo el esfuerzo de pagarle un colegio privado (los colegios públicos funcionan en lengua uzbeka) y gracias a ello logró ser aceptado en la universidad de Moscú. En tiempos soviéticos los estudiantes avanzados de las otras repúblicas podían aspirar a una beca en esa universidad. Pero los acontecimientos no fueron favorables para Botir, la URSS se disolvió y él dejó de ser un ciudadano soviético. Sus sueños de estudiar en una gran universidad se desvanecieron. Aprendió idiomas y adquirió un excelente dominio del inglés, de modo que desde 1997 se dedicaba al turismo y la traducción. Era un hombre conforme. No pretendía vendernos la idea de que su país era una democracia, pero consideraba que era pacífico y las cosas funcionaban bastante bien. Se casó a los veinte años en un matrimonio concertado, como es la costumbre, y opinaba que los matrimonios

concertados no siempre tienen peores resultados que los de libre elección; aunque eso sea inaceptable para la conciencia occidental, a lo mejor en la práctica lleva razón. Su esposa era maestra, tenían dos hijos, y con modestia compartían una vida sin apremios. Era un buen conocedor de la cultura de Asia Central y una persona atenta a los detalles y las dificultades de estos países para los visitantes. Nos advirtió desde el primer momento que solo debíamos consumir agua embotellada, incluso para lavarnos los dientes, así como evitar los vegetales crudos y algunas frutas. Uno de nuestros compañeros de viaje no siguió fielmente las instrucciones y pasó tres días encerrado en la habitación del hotel con gastroenteritis. En los largos recorridos en los que durante kilómetros solo se cruzan camiones, y muy de vez en cuando autobuses y automóviles, las aldeas se divisan a lo lejos y no hay nada parecido a un punto de descanso y comida, y menos servicios sanitarios, de modo que cada tanto Botir paraba la *van* y nos dividía en mujeres y hombres, a uno y otro lado de la carretera. Son pequeñas incomodidades que le agregan un valor exótico al viaje.

A excepción de Taskent, la capital, que conserva huellas del pasado ruso y soviético, el resto del país es completamente oriental, y su geografía un desierto cruzado por dos grandes ríos que comparten los territorios de Asia Central, el Amu Daria y el Sir Daria. Gracias a ellos hay zonas fértiles, como el valle de Ferganá, servido por dos afluentes del Sir Daria, y cultivos logrados mediante antiquísimos y laboriosos canales de irrigación, aunque la contaminación es un grave problema sanitario. La visita a la ciudad fue breve y además dividida en dos medias jornadas. Taskent es una ciudad moderna, de unos 2 millones de habitantes, con edificaciones contemporáneas, y que conserva muy poco de su origen porque gran parte de las huellas

históricas fueron destruidas en un terremoto en 1966. Se mantienen en pie varias madrasas, visitamos la de Kukeldash y la de Barak-Kan, del siglo XVI, conocida como la Biblioteca, que custodia una reliquia del Corán del siglo VII, considerado el texto coránico más antiguo del mundo. Así nos dijo Botir, cuyo respeto ante el libro sagrado era evidente. Durante el período soviético fue utilizada como museo, luego centro de deporte, y devuelta a su origen religioso después. La religión, me parece, es una de las claves culturales que Isaiah Berlin considera como no modificables, salvo por el poder y la fuerza. En todos los países donde los soviéticos trataron de eliminar las religiones, éstas han vuelto a florecer.

Vimos también edificios soviéticos, y los soviéticos orientales, que es un mestizaje muy particular y produce obras muy curiosas, así como la plaza dedicada a Tamerlán. Después de la independencia de la Unión Soviética, su figura ha sido entronizada como héroe ancestral y padre de la nación. Esta filiación parece ser indispensable en muchas culturas, incluida la nuestra, por supuesto. La plaza en 1991 dejó de llamarse plaza Lenin y pasó a ser plaza de la Independencia. Es muy curioso cómo el tema de la independencia se repite en tantos países y con diferentes significados. En Taskent se refiere a la independencia de la URSS en 1991. Cerca de la plaza se encuentra el memorial del terremoto de 1966, un motivo netamente soviético consistente en una piedra con la fecha, un reloj que marca la hora del suceso, y las grietas en el mármol, alrededor de las cuales unas figuras colosales, hombre, mujer y niño, demuestran su coraje para salvarse de la catástrofe. La URSS minimizó las víctimas, pero ayudó a la reconstrucción de la ciudad y a la creación de un instituto de sismología. Coraje y optimismo como política comunicacional pero, por lo menos, control de daños.

Durante el siglo xx Taskent fue habitada por una colonia rusa, en primer lugar porque Stalin envió trabajadores para las nuevas fábricas con la promesa de darles parte de las viviendas que serían construidas, y también porque provocó la emigración forzada de tártaros de Crimea, judíos de Ucrania y coreanos de Siberia oriental. Los descendientes en su mayoría volvieron a sus países de origen pero también hay segundas y terceras generaciones que continuaron viviendo en Uzbekistán. Recuerdo la sorpresa que nos produjo ver que la mayoría de los empleados de un restaurante eran étnicamente coreanos, lejanos descendientes de aquellos deportados. También se instalaron en Taskent rusos evacuados de la guerra y exiliados de los comunistas. Anna Ajmátova escribió «Poema sin héroe» en los años que vivió allí, de 1942 a 1944, y Aleksandr Solzhenitsyn estuvo internado en 1954 en un hospital oncológico en el que se inspira *Pabellón del cáncer* (1967). Otros muchos artistas que huían del poder soviético vinieron a parar a Uzbekistán, de eso hablaremos al final de este viaje, cuando llegemos a Nukus. En Taskent se conserva un barrio de antiguas casas rusas en las cercanías del Museo Estatal de Artes Aplicadas, originalmente una colección privada de un diplomático, etnógrafo e historiador de arte ruso que pertenecía a una riquísima familia y era hijo y nieto de grandes mecenas, Alexander Polotsev (1867-1944). Construyó una mansión en 1898 con artesanos y materiales locales en la que reunió una extraordinaria muestra del sentido del color y la forma de la artesanía uzbeka. La casa después fue nacionalizada y transformada en museo.

De Taskent viajamos al valle de Ferganá, es un trayecto de aproximadamente cinco horas. Esta región es el principal oasis de Uzbekistán y fue un centro cultural

y comercial importante, con cultivos ricos y variados de vegetales, frutas, algodón, moreras para el cultivo del gusano de seda. Quizás es oportuno adelantar de una vez el desastre ambiental, uno de los mayores del siglo xx, ocasionado por los experimentos agrícolas de los soviéticos, y un ejemplo de los riesgos del centralismo. En la medida en que Moscú se consideraba dueño de todas las repúblicas de la URSS y de las repúblicas aliadas, la puesta en práctica de la producción «especializada» repartida por regiones causó muchos problemas en la economía de estos países, sobre todo a partir de 1991, cuando las economías dejaron de formar parte de un plan general, pero en Uzbekistán —país esencialmente agrícola sin demasiadas industrias entonces, aunque ahora muestra importantes reservas gasíferas vinculadas a Gazprom—, fue devastador. Los soviéticos decidieron que su gran producción de algodón, en desmedro de otros cultivos, debía convertirse en el telar de la Unión Soviética, para lo cual era necesario construir un sistema de riego más eficiente que el tradicional usado por los campesinos, y procedieron a desviar el curso de los dos grandes ríos, Amu Daria y Sir Daria, que confluyen en el mar de Aral. El resultado fue la desecación del lago, la desertificación del clima y la contaminación del área por el uso de químicos. En esa zona que incluye parte de Kazakstán y el Karakalpakistán uzbeko, no hay esperanza, pero en el resto del país los ríos siguen allí y los agricultores llevan a cabo un complejo sistema de racionamiento de los canales compartidos, de modo que se respetan los días de regadío asignados para cada productor. La ley del agua se impone sobre los individuos. La solidaridad como supervivencia. Yolanda escribió este poema, «Amu daria (caballo loco)»\*,

\* Yolanda Pantin, *21 caballos*.  
La Cámara Escrita, 2011, p. 56.

Al dejar correr el chorro  
para mojar la grama  
y abrir cauces con una estaca  
sobre la tierra de esta colina dura,

pensé en lo mansa que es el agua  
cuando se conduce y van los hilos  
entre las parras, por las acequias,  
y al pueblo llega, adentro de las casas,  
la bondad de la sombra.

También en el nombre del río,  
según le dicen, a este cansado  
majestuoso caudal  
que cambia su curso como un caballo  
que ha perdido el juicio, destruye todo,

y no puede llegar.

Estuvimos dos días en Ferganá durante los que visitamos Kokand, Ristan, aldea célebre por sus talleres de cerámica, y Margilan por los talleres del bordado en seda. Confieso que me aburren un poco este tipo de exhibiciones, pero en los talleres de la seda más que aburrimiento experimenté una creciente incomodidad a medida

que se nos explicaba que las mujeres que trabajaban en los telares, muchas horas sentadas en el suelo, estaban muy satisfechas porque recibían además del sueldo la comida. Me pareció que algunas eran muy jóvenes, casi niñas, cuyo trabajo es muy apreciado porque se necesitan manos pequeñas y dedos muy finos para realizarlo. No es que quiera volver a la teoría de la plusvalía, pero al ver los precios ofrecidos en la exposición de las piezas no era difícil suponer la diferencia entre lo que les pagan y lo que resulta de la venta.

La ciudad más importante del valle de Ferganá es Kokand, históricamente uno de los más poderosos kanatos y centro cultural y comercial tanto por la agricultura como por ser la entrada de la ruta de la seda. Hoy en día sostiene la tradición con un buen número de institutos y liceos. En la visita a la madrasa Amin Beg fuimos espectadores de un grupo de jóvenes bailando frente a la fachada, que recordaban las escenas musicales del cine de India conocido como Bollywood. Aunque hoy el cine de Hollywood está permitido, durante mucho tiempo no lo fue, y la tradición del bollywoodiano —el único que podía disfrutarse en tiempos soviéticos— se mantiene viva. El monumento más importante de la ciudad es el palacio de Kudáyár, último kan y hombre instruido, que albergaba poetas y artistas. El palacio de Kudáyár, construido en 1873, fue sede del kanato por poco tiempo, ya que coincidió con la rusificación. Como parte de ella se construyeron las vías de ferrocarril que unieron la región con Rusia, y actualmente siguen siendo los puentes rusos los utilizados para la exportación de bienes a occidente. Como resultado de su anexión al Imperio zarista estas regiones entraron en la modernidad con la soviétización impuesta a sangre y fuego. Tanto en el valle de Ferganá, en el que



había una aristocracia y una clase comercial y agricultora importante, como en la región de Samarkanda, se sostuvo una resistencia armada en defensa de la lengua, la religión y la economía privada contra el ruso, el ateísmo y la colectivización, hasta que después de seis años de lucha fueron derrotados. En el palacio pudimos ver expuesta una modesta cartelera de fotografías de los nacionalistas uzbekos con el título «Recuerdo de las víctimas de la represión».

De regreso a la capital, después de pasar el embalse de Charvak, atravesamos un túnel fuertemente custodiado y más tarde nos detuvimos en el paso de Kamchik para admirar la vista entre las montañas. El punto más alto del paso es un mirador marcado por dos pequeñas torres de piedra sobre las que se posan una cabra y un águila, la visita es muy popular al punto de que hay instalados muchos tarantines de comida y venta de frutas. Aquí Yolanda no tuvo problemas para fotografiar, no solo a la gente no le importaba, sino que la llamaban para que lo hiciera, sobre todo las mujeres. Vestidas tradicionalmente mostraban a la cámara su sonrisa de dientes cubiertos de oro, signo de bienestar. También un grupo de jóvenes soldados posó para ella.

Al día siguiente nos esperaban varias horas de carretera hasta llegar a Samarkanda. En mi juventud, en los años sesenta, el nombre de Samarkanda, sin que supiera exactamente a qué país pertenecía, formaba parte de la ruta hippie. Ir a Samarkanda era un destino superior para aquellos jóvenes que, sin conocer muy bien la causa, sentían furor por el orientalismo. Recuerdo una vez, hace muchísimo tiempo, que le escuché a José Balza mencionarlo como el lugar más maravilloso del mundo. Había llegado la hora de conocerlo, aunque mis motivos para el viaje eran

ya muy distintos. Ciertamente es una visión que remite a los cuentos orientales, a los príncipes y las caravanas. Lo que quiero decir es que mantiene una fuerte atracción sobre el visitante que lo obliga a volver una y otra vez a la plaza de Registán para contemplar las madrasas y mezquitas en las distintas luces del día. Una sensación de que la visión no debe abandonarnos, como si algo fundamental residiera en ella. Balza tenía razón. Pero no quiero hacer de esta crónica un recuento de los lugares que todo visitante debe conocer porque están señalados en cualquier guía, y no tendría sentido copiar su complicada ortografía que rápidamente se olvida. Por otra parte, al igual que es imposible viajar por Europa sin perder de vista las catedrales y monasterios, aquí comienza a hacerse monótona la presencia de mezquitas y madrasas. Además, el arte islámico es siempre igual a sí mismo, se repite por los siglos de los siglos. Pienso ahora que escribo el recuento de este viaje, mi primer y único viaje a un país musulmán, que su cultura es muy poderosa precisamente porque no ha permitido que la penetren los modos occidentales, salvo en la tecnología, y eso no en todos los países. Es poderosa y muy antigua como su religión, idéntica a sí misma, de modo que los siglos pasan pero la *sharia* permanece.

Una compañera de viaje, una española muy simpática que vivía en Estados Unidos, se empeñó en que la acompañáramos porque necesitaba salir de la ciudad vieja para hacer unas compras, concretamente un uniforme del equipo de fútbol uzbeko para su hijo. Siempre que viajaba le llevaba uno del país que estuviera visitando. Le dieron unas indicaciones y nos dirigimos a la parte moderna de la ciudad, no demasiado atractiva. Allí nos dejó el taxi y comenzamos el recorrido de almacenes hasta dar con una tienda de ropa deportiva. Por suerte encontró lo que buscaba. Siempre





es interesante ver las dos ciudades, la de los viajeros y la de los residentes. Esta segunda podía recordar la zona comercial de Catia, en tiempos mejores, por supuesto.

Desde Samarkanda hicimos un viaje de ida y vuelta a Shakhrisabz, la tierra natal de Tamerlán, situada en el valle de las montañas Pamir que separan a Uzbekistán de Tayikistán. Yolanda insiste en que nos dijeron que podía verse el perfil de la cordillera de Afganistán. Yo conservo una vaga memoria de que Botir mencionó que estábamos cerca y que detrás quedaba Irán, pero no puedo dar fe de ello. Salimos de Samarkanda atravesando las estepas y las arenas rojas del Kyzyl Kum, que en total tiene una extensión de casi trescientos mil kilómetros cuadrados. Es el tipo de excursión en la que cabe preguntarse qué pasa si el vehículo tiene una falla.

Llegamos a un campamento que ofrece alojamiento en los *yurt* tipo mongol, la comida, y unos baños comunes en bastante buen estado. El *yurt* es muy caluroso, está revestido de alfombras y mantas y es necesario mantener bajada la cortina de la entrada para evitar que entre la polvareda. Acoge a unas seis personas, pero por suerte había pocos viajeros y pudimos tener uno para nosotras solas. Al día siguiente ofrecían paseos en camello y logré controlar el pánico para por lo menos tomarme una foto que quería enseñarle a mi nieto. Son camellos pequeños, no como esos animales altísimos en los que montaba Lawrence de Arabia, ¿o eran dromedarios? En cualquier caso hicimos la cabalgata conducidos por el baquiano, a quien con la ayuda de Botir le pregunté si, en el caso de que me sintiera demasiado incómoda, podía dar la vuelta y regresar al campamento; el muchacho por la misma vía me contestó que los camellos siguen su manada. Dimos un paseo como de media hora y recorrimos un buen trecho, los camellos pueden trotar bastante rápido, y me fui

acostumbrando, siempre con la idea de que nunca más. El momento de desmontar es aterrador. El animal de pronto se deja caer doblando las patas, de modo que desde esa altura el jinete pueda descender. Tampoco lo hubiera logrado si no me ayuda el baquiano. De los camellos pasamos al oasis del lago Aidarkul. No llevaba traje de baño, pero el calor era tan intenso que me metí con ropa interior. El agua también estaba caliente y era fangosa, pero supuso un momento divertido y sobre todo refrescante. Por la tarde, repuestas de tantas aventuras, llegamos a Bujará, otra de las tres ciudades mágicas, junto con Samarkanda y Jiva.

Es la más antigua y la que contiene mayor número de monumentos, pareciera la ciudad con más mezquitas y madrasas por metro cuadrado del mundo, de hecho, es considerada el segundo lugar de peregrinación después de la Meca y el principal centro cultural islámico. Fue también un importante centro del judaísmo antes de la llegada de los árabes y conserva una sinagoga activa que visitamos con Botir, situada en una de las tantas callejuelas del centro antiguo, tan escondida que hubiera sido casi imposible encontrarla por nuestra cuenta. Es una sinagoga extraña porque contiene arrumados muchos objetos de culto y memorabilia de la comunidad, en un conjunto que resulta abigarrado, casi como de desván de antigüedades, pero los visitantes son muy bien recibidos por un miembro de la comunidad que conduce la visita. Actualmente persisten unas tres mil personas.

Por razones que no sabría explicar con solvencia, Bujará es también un centro sufí de peregrinación. Puede verse la estatua de un monje sufí montado en un burro en una de las plazas de la ciudad. Botir nos comentó que había tenido varios clientes que viajaban con el único interés de peregrinar por los templos sufíes. Nos

habló de una familia latinoamericana, creo que brasileña, formada por el padre, la madre y dos hijos pequeños, que había venido con ese propósito. El primer día visitamos muchos minarettes, mezquitas y madrasas, cuyos nombres no me parece necesario copiar. El segundo día no teníamos visita programada y nos dirigimos a la plaza Liabi-Khauz (tiene varias grafías), que es el centro de la ciudad vieja. La plaza contiene un estanque rectangular con una superficie de 46 por 36 metros que fue, y pareciera seguir siendo, un foco de infección por la contaminación del agua utilizada para diferentes fines y sin el menor control. Aunque está prohibido bañarse todavía se ven algunos niños que lo hacen. La ciudad tenía varios estanques y aquí sí los soviéticos hicieron bien en cerrarlos.

Desde la plaza parten los corredores que unían las puertas de la ciudad con el centro, están cubiertos con cúpulas, una central y otras laterales más pequeñas. Estos corredores son el asiento de las tiendas de *souvenirs*, pero también una ventana a la riqueza artesanal de los uzbekos. Madera, metales, telas, son trabajados para crear instrumentos musicales, joyas, cuchillos, tapices, pañuelos de esmerada elaboración que a veces se mezclan con baratijas. Es divertido recorrer estos pasillos por un rato, pero cansa la continua solicitud. Cuando nos llevaron a visitar una fábrica de alfombras, por cuya fabricación la ciudad es famosa, en el camino la calle estaba repleta de tiendas. Muchas chicas solicitaban la atención de los turistas ofreciendo los «mejores» precios en los comercios que representaban. Pensando que era algo banal le dije a una de ellas que no iba a comprar en ese momento, que lo haría luego. Se me olvidó ese compromiso y en algún momento entré en un comercio donde me compré un gorro para el invierno, pensando en mis temporadas en Canadá cuando

visito a mis hijos, y Yolanda compró un chal. Pues bien, he aquí que la joven me vio y corrió detrás de mí para increparme por haber incumplido mi promesa.

Dejamos el zoco para descansar un rato con el aire acondicionado del hotel, el calor era asfixiante, y por la tarde emprendimos una visita a un lugar para tomar té y café que anunciaba algún folleto que encontramos en la recepción. Bujará tiene una segunda ciudad también, y quizás una tercera. La segunda es una sección no tan apegada a la ornamentación tradicional, que puede pasar hasta por ecléctica o contemporánea, en la que desde luego hay viajeros —son ciudades con la tradición de la caravana, del paso a través—, pero también puede verse la presencia de jóvenes locales. Volviendo al salón de té, efectivamente cambiamos de escenario por un rato, y luego acercándonos al hotel encontramos lo que podría ser la tercera ciudad, es decir, calles abandonadas, muy deterioradas, solitarias, con ventanas herrumbrosas y a veces tapiadas. Sin embargo, limpias. Botir nos explicó que para la mujer uzbeka la limpieza incluye no solo la de su casa sino la del pedazo de calle que le corresponde, porque es necesario mantener a raya el polvo que trae el viento del desierto. Cuando cae la tarde las mujeres salen a la puerta, barren con una escoba artesanal y luego arrojan un tobo de agua en la acera, que también es barrida hasta que el polvo parece desaparecer. La tarea corresponde a las muchachas desde que son púberes y el estado en que se encuentre el patio de la casa será un elemento a tomar en cuenta en la elección de futura esposa.

En el folleto turístico buscamos qué eventos culturales ofrecía la ciudad, a simple vista ninguno. Por supuesto, podría decirse que toda la ciudad es un evento cultural, pero lo es para el extranjero, para quien pasa y repasa por las mismas calles





Al final de la tarde. Jiva,  
Uzbekistán

toda la vida es su paisaje, y quizás el único paisaje. No vimos anunciado nada que llamara la atención, salvo una galería de arte, bastante cercana al hotel, en la que un grupo de jóvenes fotógrafos exponía sus obras en la Galería de Fotografía Conceptual. Fuimos hasta allí y vimos los trabajos que no eran demasiado importantes, pero sí lo eran en un sentido, y es que aquellos jóvenes querían hacer algo similar al resto del mundo, arte contemporáneo. Afuera había un jardín con mucha sombra y nos sentamos un rato. Lo mismo hacía una familia francesa con cuatro hijos, dos de ellos morochos. Viajaban en una autocaravana, lo que parecía meritorio con tantos niños, aunque observé que se portaban muy bien. Conversé un rato con el padre, un hombre joven. Me dijo que venían desde Polonia, vaya ruta, y ahora se dirigían a Grecia, luego regresarían a Francia y por el momento no viajarían más. Hacía casi un año que estaban en la carretera y en Uzbekistán habían tenido muchos problemas, las rutas estaban en muy mal estado y no eran adecuadas para las caravanas, además, no había campamentos para pernoctar y era peligroso estacionar en cualquier sitio. Habían parado allí porque nadie lo había impedido y era un lugar tranquilo. Además, querían regresar a su país porque los niños habían crecido y necesitaban ir a la escuela, aunque, añadió la madre, que se unió a la conversación, era más lo que habían aprendido viajando. Nosotras también.

De nuevo en el desierto, unas seis horas hasta Jiva por las arenas negras del Kara Kum. La ciudad perteneció al kanato de Korezm durante trescientos años, y fue un centro de mercadería de esclavos. Nos alojamos en un hotel establecido fuera del recinto de la ciudad amurallada, a muy pocos pasos de una de las cuatro entradas. La ciudad vieja, Itchan Kala, está encerrada toda dentro de las murallas. Es por

completo peatonal y no tiene agua corriente, de modo que los únicos alojamientos son algunas habitaciones de casas privadas y apenas hay expendios de comida. Vimos unos hombres que tomaban el agua de las tuberías perforadas situadas afuera de la ciudadela y luego la transportaban a pie. Adentro, las mujeres acudían a un pozo de la plaza y llenaban los tobos que luego trasvasaban a botellas de refrescos vacías. La ciudad está activa de diez a seis de la tarde, horas en las que los turistas llegan y se van, fuera de horas se vacía y se entrega a su tiempo ancestral. A simple vista no hay ninguna otra fuente de empleo que el turismo. Desde el hotel veíamos pasar de vez en cuando pastores con sus chivos. Si no fuera por unos niños vestidos con unas camisetas de fútbol pudiera confundirse con un tiempo anterior, detenido.

Al día siguiente continuamos hacia nuestro último destino, Nukus, la capital de la república autónoma de Karakalpakistán dentro de Uzbekistán. En la ruta hacia Nukus pudimos divisar la colina de Chilpyk en cuya cima se eleva una torre aplana, que debe ser bastante alta para verse desde esa distancia. Es un relicto del culto de Zoroastro, o Zaratrusta, allí se depositaban los cadáveres hasta que las aves dieran cuenta de los restos y luego se recogían los huesos para incinerarlos. Por lo demás, el mismo paisaje monótono. Era un día un tanto atropellado porque incluía la visita de dos museos, y por la tarde debíamos tomar el vuelo de regreso a Taskent para finalizar el circuito.

Karakalpakistán es una zona desértica muy pobre, que a consecuencia de la desecación del mar de Aral es ahora un lugar insalubre que recibe tormentas tóxicas, y para completar con focos activos del movimiento islámico. ¿Qué razón puede haber para viajar hasta allí? Una sola, conocer el Museo Estatal de Arte Igor Savitsky, único

en el mundo. Yolanda hubiese querido llegar hasta la orilla de lo que fue el mar de Aral, pero queda demasiado lejos, doscientos cincuenta kilómetros por carreteras solitarias que, además, hubieran significado una ampliación del circuito por nuestra propia cuenta, y al igual que en Chernobyl, es más prudente visitar el museo que exponerse a un área contaminada y, en este caso, francamente alejada de lo que para dos mujeres occidentales son mínimas seguridades. Por cierto, es curioso que sea en estos contextos donde se percibe con toda claridad la conciencia de ser occidental. La occidentalidad no es algo en lo que se piense cotidianamente, pero al encontrarse en el mundo de la orientalidad surge la conciencia de ser «otro», y sobre todo, «otra». De modo que nos conformamos con las imágenes de los barcos que quedaron varados en medio del mar y ahora se posan sobre la tierra seca, expuestas en el Museo Estatal de Historia Natural y Cultural de Karakalpakistán que recorrimos muy rápidamente.

Vayamos entonces al encuentro de Igor Vitalyevich Savitsky y su museo. Nacido en Kiev en 1915, su padre era abogado y su abuelo materno un eslavista profesor de la universidad de Kiev. La familia cayó en sospecha durante la revolución de Octubre, muchos amigos y familiares desaparecieron, y decidieron mudarse a Moscú. Igor se entrenó como electricista para confundirse con el proletariado, sin embargo, su verdadera vocación era el arte y estudió en el Instituto Poligráfico de Moscú y en la escuela de arte de Moscú. En 1950 participó en el gran proyecto del gobierno soviético de la expedición arqueológica y etnográfica de Khorezm, para la que hacía croquis y dibujos, y en el desierto pintó muchas obras que llevó a su maestro en Moscú, pero fueron duramente criticadas y, decepcionado del resultado, decidió regresar

a Nukus, donde vivió el resto de su vida. Comenzó por reunir una colección de joyas, monedas, ropa, alfombras, esculturas y otras piezas que estaban en peligro ya que la política cultural soviética estaba dirigida a destruir estos remanentes, así como derribar las mezquitas.

Una vez instalado en Nukus comenzó a recorrer el país en busca del arte escondido, tanto de pintores uzbekos desconocidos como de rusos refugiados que huían del poder soviético. Por qué elegían Uzbekistán como destino de exilio, lo ignoro. Savitsky realizó más de veinte viajes a Moscú para transportar clandestinamente a Nukus las obras que compraba a los artistas prohibidos, prometiendo pagarles después. En realidad Savitsky no tenía cómo pagar nada, sin embargo, gracias a que el ministerio de cultura de Uzbekistán le daba un subsidio y también recibía ayuda del ministerio de cultura de la URSS, lograba obtener algunos fondos para los artistas o sus familias. Su obsesión era salvar obras condenadas por el realismo socialista al olvido. Murió paupérrimo.

Cómo logró convencer a las autoridades de Karakalpakistán, y luego de Moscú, de la necesidad de un museo para albergar estas piezas, solo puede explicarse por el carácter magnético de su poder de persuasión, unido a la habilidad para disfrazar sus propósitos. Pedía ayuda para un museo folclórico y etnográfico, que también lo es, y ocultaba que pensaba conservar las obras de los artistas que habían sido execrados y en muchos casos perseguidos. Consiguió lo que era una suma impensable, tres millones de rublos, lo que entonces equivalía a casi tres millones de dólares, para construirlo. El museo, inaugurado en 1966, es de típico estilo soviético con lujosos pisos de mármol. Savitsky fue su director hasta que enfermó gravemente

a consecuencia de la inhalación de las materias tóxicas que utilizaba para limpiar las piezas de artesanía y tuvo que viajar a Moscú donde murió en 1984. Dejó en su lugar a Marinika Babanazarova, que estuvo al frente del museo hasta 2015.

El documental *The dessert of forbidden art* (Amanda Pope y Tchavdar Georgiev, 2010) expandió la fama de este museo que hasta entonces pocos conocían. La afluencia de visitantes inicialmente produjo suspicacia en las autoridades, pero progresivamente se mostraron satisfechos con su éxito, hasta que circunstancias de diferente naturaleza cambiaron el panorama. En 2015 la directora Babanazarova renunció bajo presiones que terminaron en graves acusaciones contra ella. No sabemos cuál ha sido el destino del museo, pero es evidente que la pasión de Savitsky siempre tuvo enemigos, primero el realismo socialista, al que enfrentó con astucia y venció, y luego tres situaciones impensables en su tiempo, la codicia de los especuladores del mercado del arte, el nacionalismo uzbeko en cuya narrativa no entra el arte ruso (al igual que la narrativa soviética no incluía las tradiciones uzbekas), y el islamismo radical que ya ha destruido varios conjuntos artísticos en Siria, Irak y Tombuctú.

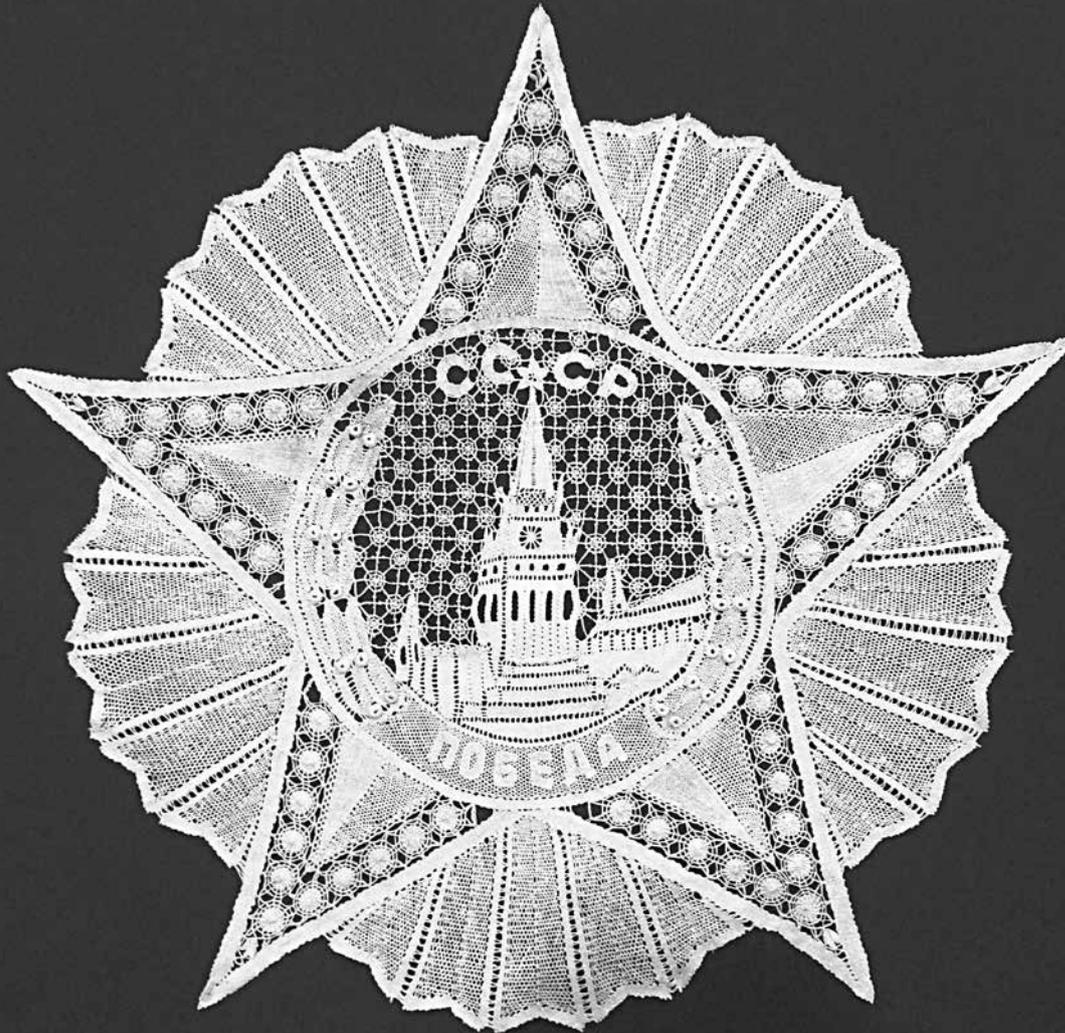
De aquella visita puedo decir que nos atendieron con mucha amabilidad e interés. En una de las fotografías sonrío la jefa de restauración, Shpade Alvina, que es una de las principales voces del documental. La colección reúne unas noventa mil piezas y pocas de ellas están expuestas por razones de espacio y también porque muchas requieren ser restauradas o enmarcadas, lo que no ha sido posible por falta de recursos. Gran parte de lo que vimos reposa en depósitos acondicionados modestamente, que los restauradores se tomaron el trabajo de mostrarnos. Además de

las obras era digno de admirarse el respeto y cuidado de aquellas personas por su legado. El cuadro emblema del museo es *Toro*, de Vladimir Lysenko (1903-1957), emigrado a Taskent en 1918; declarado culpable de fomentar la contrarrevolución con sus pinturas, murió en el Gulag en fecha ignorada. Destino similar tuvo Mikhail Kurzin (1888-1951), arrestado en 1936 por su actitud hostil contra el gobierno soviético, estuvo preso en Kolimá. Pudo volver a Uzbekistán y de nuevo fue arrestado en 1948 y sentenciado al exilio, donde murió. Muy representativo fue Aleksandr Volkov (1886-1957) que nació en Ferganá y fue fundador de la escuela de bellas artes y director del teatro de cultura proletaria. En el documental, uno de sus hijos admite que Volkov denunció a su amigo Kurzin. También es muy interesante Ural Tansybaev (1904-1974), uzbeko de origen kazako. Escondía cuidadosamente sus obras de primera época, influenciadas por el fauvismo y el expresionismo francés, para conservar su lugar como «artista del pueblo de la URSS» y pintor del realismo socialista, hasta que Savitsky logró persuadirlo para que donara al museo algunas de ellas.

Por la tarde volamos en Uzbekistán Airways a Taskent. Asistimos a un brindis de despedida y luego subimos a la habitación de aquel inmenso hotel (antes de Intourist) para cerrar el equipaje y descansar unas horas. A las cuatro de la mañana nos recogía el transporte para transportarnos al aeropuerto. El conductor nos llevó, nos dejó frente a su entrada principal y siguió adelante. Nos quedamos un tanto perplejas, delante nos esperaban unas enormes escaleras, sin pasillos para rodar el equipaje, solo las escaleras, nosotras, las maletas y montones de personas subiendo y bajando en la oscuridad. En el aeropuerto de Taskent nadie había pensado en la

accesibilidad para los pasajeros. En fin, superamos la prueba y después de unas cuantas vueltas en busca de los mostradores de Aeroflot, pudimos hacer el chequeo y sentarnos en la sala de espera. El vuelo estaba retrasado. Finalmente nos subimos al avión con destino a Moscú (Uzbekistán tiene muy poca conexión aérea con Europa), de donde seguiríamos al aeropuerto de París para viajar al día siguiente a Caracas.

Nuestro último recuerdo de Uzbekistán tiene poco que ver con sus maravillas: la imagen del avión completamente ocupado por trabajadores estacionales. Parece que los uzbekos no son bienvenidos en Rusia y deben permanecer en áreas restringidas de Moscú y sus alrededores.



Tejido del recuerdo

## EPÍLOGO A DOS VOCES

Han transcurrido siete años desde nuestro viaje a Uzbekistán y diecisiete de la primera visita a los países poscomunistas de Europa. Viajamos con el propósito de conocer los efectos del comunismo sin pretender convertirnos en las estudiosas de política internacional que distamos mucho de ser. Los territorios —los que visitamos y el nuestro— permanecen en sus frágiles fronteras, pero la geopolítica no deja de actuar y producir nuevas correlaciones, a veces sorprendentes. En Venezuela escuchamos durante estos años un discurso que más o menos explícitamente reivindicaba el tiempo soviético, y si bien las distancias entre el llamado socialismo real del siglo xx y el socialismo del siglo xxi son muy evidentes, con el tiempo la Rusia de los zares y la Rusia del gran Imperio soviético desembocaron en la Rusia autocrática de siempre. Venezuela, alineada antes con el bloque de Occidente, pasó a ser un peón en un nuevo tablero geopolítico que parece reanudar una guerra fría del siglo xxi, en la que el régimen dictatorial venezolano se apoya en factores tan distantes antes, como Irán, China o Turquía, y por supuesto, Rusia. ¿Qué sentido tendría hoy preguntarnos si eran camellos o dromedarios los que montamos en el desierto de Kyzil Kum? Ahora se habla de una nueva «ruta de la seda», que ya no tendrá como punto álgido Samarcanda, y que se extiende hasta Caracas, aunque no seamos ya prósperos vendedores de aceite sino deudores para siempre. La historia no se cansa de jugar con las paradojas.

Al revisar la crónica de estos viajes nos sentimos afortunadas de haberlos podido realizar; es tan fuerte esa certeza que a veces pareciera que recorrimos esos caminos en el quiebre del mundo conocido y otro impensable que se abre. Algunos de los países que visitamos atraviesan circunstancias que harían difíciles las condiciones para cualquier viajero y más para unas viajeras venezolanas. Ucrania, por ejemplo. Nuevas guerras imperialistas de la madre Rusia, nuevas atrocidades. El filme *Donbass* (Sergei Loznitsa, 2018) narra la situación de Ucrania oriental en la era de la posverdad, en la que la paz es la guerra, la propaganda es la verdad, y las *fake news* se hacen reales. Si hay que matar para demostrar que hay atacantes y víctimas, se mata. A partir de 2015 los vuelos directos de Rusia a Ucrania quedaron suspendidos. En Polonia y Hungría el paso del socialismo a la democracia ha desembocado en una deriva a la derecha que incluye la violación de los derechos humanos, en principio incompatible con los parámetros de la Unión Europea.

Nuestros viajes quedan en el pasado. Las nefastas secuelas del poscomunismo son ahora nuestro presente.

Septiembre 2019





PÁG 5

## **INTRODUCCIÓN AL VIAJE**

PÁG. 11

### **PRIMER VIAJE**

8 - 26 AGOSTO 2002

Varsovia - Cracovia (Polonia), Vilnius (Lituania), Riga (Letonia), Helsinki (Finlandia),  
San Petersburgo (Rusia)

PÁG. 51

### **SEGUNDO VIAJE**

27 DE MARZO - 13 DE ABRIL 2005

Tokaj (Hungria), Maramures - Suceava Sighișoara - Sibiu (Rumania)  
Eger - Budapest (Hungría), Viena (Austria), Praga (República Checa)

PÁG. 69

### **TERCER VIAJE**

23 DE AGOSTO - 7 DE SEPTIEMBRE 2008

Ruta transiberiana, 10.651 kilómetros

Moscú - Kazan - Ekaterinburgo - Novosibirsk - Irkutsk - Baikal - Irkutsk - Ulán-Udé (Rusia)  
Ulán Bator (Mongolia), Ulán-Ude - Vladivostok (Rusia)

PÁG. 105

### **CUARTO VIAJE**

12 - 26 DE JUNIO 2009

Ruta del Ártico ruso, 6.760 kilómetros

Moscú - San Petersburgo - Petrozavodsk - isla Kizhi - Múrmansk - Níkel - Kem,  
isla Solovetsky - Arcángel - Vólogda - Úglich - Moscú

PÁG. 133

**QUINTO VIAJE**

15 DE AGOSTO - 1 DE SEPTIEMBRE 2010

Minsk - Brest (Bielorrusia), Leópolis - Yalta - Kiev - Odesa (Ucrania)

Chisináu (Moldavia), Bucarest (Rumania)

PÁG. 191

**SEXTO VIAJE**

25 DE MAYO - 8 DE JUNIO 2012

Taskent - Ferganá - Samarcanda - Kyzyl Kum - Bujará - Jiva - Nukus (Uzbekistán)

PÁG. 219

**EPÍLOGO A DOS VOCES**

POESÍA (COLECCIÓN VITRALES DE ALEJANDRÍA)

*Vitralas de Alejandría*, antología poética  
*Sable* de Edda Armas (Premio Municipal de Poesía,  
1995)  
*Sultani* de Abraham Abraham  
*Kikalía* de Marcia Ottaviani (Cuba)  
*Sueño de un día* de Luis Gerardo Mármol  
*Cuira* de Carmen Verde Arocha  
*El sonido y el sentido* de Carmelo Chillida  
*En caso de que todo falle* de Graciela Bonnet  
*Cantos hiperrealistas* de José Luis Ochoa  
*Sesión de endodoncia* de Marha Kornblith  
*Que nadie me pida que lo ame* de Alexis Romero  
*El ojo de la orca* de Blanca Elena Pantin  
*Entre objetos respirando* de Gina Saraceni  
*Los trabajos interminables* de María Antonieta Flores  
*El atlas de la memoria* de Toni Montesinos (España)  
*El linchamiento de los caballos expósitos* de Rolando  
Jorge (Cuba)  
*Sed* de Eleonora Requena  
*Canción del difunto* de Alejandro Suárez  
*Día de San José* de Erika Reginato  
*Umbría* de Rafael Courtoisie (Uruguay)  
*La mudanza* de Gabriela Rosas  
*Tánger* de Pia Pedersen

*Memoria ovalada* de Enrique Moya Edición bilingüe./  
(Austria)

*La transparencia y el enigma* de Irma Huncal  
*Me muevo aparte de la noche* de Lilian Navarro  
*Vaivén* de Juan Liscano  
*Tatuaje* de Leonardo Padrón  
*Anochece por dentro* de Blanca de González  
*Enseres* de Julio César Rossitto  
*Desconocida* de María Auxiliadora Chirinos  
*Las tintas del escriba* de Ángel Galindo  
*La jaula de la sibila* de Moraima Guanipa  
*Linaje de ofrenda* de Miguel Márquez  
*El hueso pélvico* de Yolanda Pantin  
*Sangre* de Anabelle Aguilar  
*Plexo solar* de Rafael Arráiz Lucca  
*Submundos* de Vladimir Vera  
*Riesgo de cercanía* de Jesús Alberto León  
*Cuadernos de bitácora* de Tobías Burghardt Edición  
bilingüe./ (Alemania)  
*Pirómana* de Rafael del Castillo Matamoros (Colombia)  
*Altos de las yeguas* de Antonio Trujillo  
*El idioma de las hormigas* de Wolfgang Ratz (Austria)  
*Ceniza inicial* de Gabriel Saldivia  
*Hendidura de agua* de Celsa Acosta Seco  
*Poemas in festus* de Edmundo Ramos  
*Quemaduras* de María Ramírez Delgado  
*Esurana* de Beverly Pérez Rego

*La voz de mis hermanas* de María Antonieta Flores  
*Sin hábitos de pertenencias* de Gustavo Portella  
*A pie de la página* de Juan Carlos López Quintero  
*De-Lirio* de Mariela Casal  
*Soy el animal que creo, Antología* de Santos López  
*Entretejido* de Victoria Benarroch  
*Agosto interminable* de Gabriela Rosas  
*El país de los muertos* de Leonardo González-Alcalá  
*De cara al río* de Joaquín Ortega  
*Purgatorio* de Luis Gerardo Mármol  
*Gramática de piedras* de Ruth Hernández Boscán  
*Caballos hebreos* de Manuel Fihman  
*Talla de agua* de Douglas Gómez Barrueta  
*Madera de orilla* de María Antonieta Flores  
*Ruinias vivas* de José Luis Ochoa  
*Castañas de confianza* de Geraldine Gutiérrez-Wienken  
*Los roces domésticos* de Otoniel Medina  
*Rumores* de Jacobo Penzo  
*En el jardín de Kori* de Carmen Verde Arocha  
*Bellas ficciones* de Yolanda Pantin  
*Memorial de la caída* de Joaquín Marta Sosa  
*Los hilos subterráneos* de Alejandro Sebastiani Verlezza

COLECCIÓN FUEGOS BAJO EL AGUA (ENSAYO)

*Breve tratado de la noche* de Juan Carlos Santaella  
*Satisfacciones imaginarias I. Una indagación sobre lingüística y poética* de Francisco Javier Pérez  
*Vuelta(s) a la Patria* de Rafael Arráiz Lucca  
*Poética de la novela* de varios autores  
*Del realismo a la parodia* de María Celina Núñez  
*A beneficio de inventario* de Ana Teresa Torres  
*Satisfacciones imaginarias II. Indagaciones sobre lenguaje, literatura y música* de Francisco Javier Pérez  
*El Caribe tiene de nombre de mujer. Identidad cultural en la literatura del Caribe anglófono: Jean Rhys de Corina Yoris-Villasana*  
*La granja bella de la casa* de Elizabeth Schön  
*El coro de las voces solitarias* de Rafael Arráiz Lucca  
*Cuatro estaciones para Ungaretti* de Erika Reginato  
*Cómo editar y publicar un libro. El dilema del autor* de Carmen Verde Arocha

COLECCIÓN CATEDRAL SOLAR (ENTREVISTAS  
Y TESTIMONIOS)

*Acercamientos a Alfredo Silva Estrada* de Chefi  
Borzacchini  
*Rafael Arráiz Lucca: de la vocación al compromiso.*  
*Diálogo con Carmen Verde Arocha*

COLECCIÓN EL FALSO CUADERNO (NARRATIVA)

*Cuentos para gnomos* de Deyanira Díaz  
*Breviario del ocio* de Carmen Rosa Gómez  
*El mundo sin geometría* de Enrique Moya  
*Lucía* de Ligia Mujica de Tovar  
*Qué habrá sido de Herbert Marcuse* de Jacobo Penzo  
*Vieja Verde* de Alicia Freilich  
*Polifemo* de Erik Del Bufalo

COLECCIÓN EL PATIO DE LAS ANCIZAR  
(DRAMATURGIA)

*Lo escuché llorar en mi boca. Tríptico de Caracas* de  
Joaquín Ortega  
*Polvo de hormiga hembra* de Yoyiana Ahumada Licea

COLECCIÓN AUTORES EMERGENTES

*La memoria de los trenes* de Victoria Benarroch  
(POESÍA)  
*Bitácoras de mundos imposibles* de Saúl Rojas Blonval  
(NARRATIVA)  
*Ucronías. Ficciones filosóficas* de George Galo  
(NARRATIVA)  
*Casa de espejos* de María Consuelo Bianchi (POESÍA)  
*Gula* de Ángela Molina (POESÍA)  
*Canción de la encrucijada* de Alejandro Sebastiani  
Verlezza (POESÍA)  
*Mange Mil y sus historias de tierra caliente* de Alain  
Lawo-Sukam (NARRATIVA)  
*Los sitios constelados* de Hibráhim Alejo (POESÍA)  
*Cuatro letras* de Sofía Rodríguez Meza (POESÍA)  
*Confesiones de un átomo* de Jorge Cracco  
(NARRATIVA)  
*Gregor Mc Gregor. Rey de los Mosquitos y otras obras*  
de Lupe Gehrenbeck (DRAMATURGIA)  
*A fuego de Jazz* de Rodrigo Lares Bassa (POESÍA)  
*El amor sin rectitud* de José Graterón Namías  
(NARRATIVA)  
*Memorias del agua* de Jacinto Fombona (POESÍA)

SERIE LOS CUADERNOS DEL DESTIERRO

*El libro de la tribu* de Santos López  
*Martha Kornblith. Obra completa*

ECLEPSIDRA EN RED

*Cómo editar y publicar un libro. El dilema del autor*  
de Carmen Verde Arocha

*Bitácoras de mundos imposibles* de Saúl Rojas Blonval

*En el jardín de Kori* de Carmen Verde Arocha

*Ucronías. Ficciones Filosóficas* de George Galo

*Plexo solar* de Rafael Arráiz Lucca

*El hueso pélvico* de Yolanda Pantin

*Sable* de Edda Armas (Premio Municipal de Poesía, 1995)

*Bellas ficciones* de Yolanda Pantin

*Memorial de la caída* de Joaquín Marta Sosa

*Canción de la encrucijada* de Alejandro Sebastiani  
Verleza

*Gula* de Ángela Molina

*El libro de la Tribu* de Santos López

*Purgatorio* Luis Gerardo Mármol B.

*Madera de orilla* de María Antonieta Flores

*Mange Mil y sus historias de tierra caliente*  
de Alain Lawo-Sukam

*Los sitios constelados* de Hibrihim Alejo

*Cuatro letras* de Sofía Rodríguez Meza

*Confesiones de un átomo* de Jorge Cracco

*Gregor Mc Gregor. Rey de los Mosquitos y otras obras*  
de Lupe Gehrenbeck

*A fuego de Jazz* de Rodrigo Lares Bassa

*Polifemo* de Erik Del Bufalo

*Memorias del agua* de Jacinto Fombona



Esta primera edición de  
VIAJE AL POSCOMUNISMO  
editada y publicada  
por la Editorial Eclepsidra  
se terminó de imprimir  
en los Talleres de Gráfica Lauki C.A.,  
en el mes de mayo de 2020.  
Se utilizaron las familias tipográficas  
Minion Pro y Gotham Narrow.